

Visiones y revelaciones completas de la venerable Ana Catalina Emmerick



Tomo VIII

**Desde la segunda Pascua hasta el regreso de
la isla de Chipre**

La vida de Jesucristo y de su madre Santísima

**(Desde la segunda Pascua hasta el
regreso de la isla de Chipre)**

Según las visiones de la venerable Ana
Catalina Emmerick

Publicado por la Asociación para la difusión de los
relatos de A.C. Emmerick.

(www.anacatalinaemmerick.com)

EPOCA SÉPTIMA

**Desde la segunda Pascua hasta el regreso
de la isla de Chipre**

I

Jesús en Betania y en Jerusalén

Desde Bethzur fué andando Jesús en compañía de Lázaro y los discípulos por varias poblaciones, hasta Emaús, y de allí volvieron a Betania. Durante el camino enseñaba a uno y otro grupo de labradores que trabajaban en los cercos que empezaban a cubrirse de hojas verdes. A una distancia de una hora le salieron al encuentro Marta, Magdalena y una viuda Salomé que hacía algún tiempo vivía allí con Marta. Esta mujer es hija de uno de los hermanos de José, parienta de la Sagrada Familia y estuvo entre las mujeres cuando el descendimiento de la Cruz. Éstas se detuvieron en el albergue dispuesto por Lázaro y por la tarde volvieron a Betania.

Los cuatro apóstoles y discípulos que habían ido en misión en las cercanías del Tabor llegaron hoy a Betania y se enteraron, con grande tristeza, de la muerte de Juan Bautista. Ellos contaron cómo había enseñado y sanado a los enfermos de acuerdo al modo que les había dicho Jesús, y que en algún lugar los habían despachado arrojándoles piedras, aunque sin alcanzarlos. Por último fueron a Sarón, cerca de Lioda. Cuando todos estuvieron recogidos por la noche en casa de Lázaro, salió Jesús solo, se fué al Monte de los Olivos y se puso en oración en un lugar solitario. El lugar era muy verde, con muchos hermosos árboles y había en él espacios muy recogidos.

Magdalena vive en los aposentos estrechos donde había estado su hermana María la Silenciosa. Con frecuencia la veo en un ángulo en forma de torrecita, que es sitio de penitencia. Aún llora a menudo; ya no está enferma, pero sí decaída y demacrada por la penitencia y el arrepentimiento. Hubo dos días de ayuno y después del Sábado viene una fiesta que dura tres días. Debía haber tenido lugar antes, pero fué diferida. Es un día de acción de gracias a Dios por todos los beneficios recibidos desde que el pueblo fué sacado de Egipto. No es necesario celebrarlo en Jerusalén: se lo puede festejar en cualquier parte. Muchos de los principales fariseos y altos enemigos de Jesús están fuera de Jerusalén, porque Pilatos está ausente: ellos no tienen tanto

que hacer con él ni tanto que discutir y prevenirse contra sus planes. Al día siguiente entró Jesús en Jerusalén y fué a casa de Juana Chusa. No estaban allí ni Marta ni Magdalena. Hacia las diez he visto a Jesús en el templo en el sitio de la antesala de las mujeres, leyendo la ley y enseñando. Todos se admiraban de su sabiduría y nadie lo contradijo ni impidió la enseñanza. Los sacerdotes presentes o no lo conocían aún o no le eran contrarios. Los enemigos principales, los fariseos y saduceos, estaban casi todos ausentes.

II

Curación del hombre con treinta y ocho años de enfermedad

Hacia las tres de la tarde fué Jesús con algunos apóstoles a la piscina de Betesda. Se dirigió por la parte exterior a una de las puertas que ya no se usaba y estaba siempre cerrada. Allí estaban los más pobres y abandonados, y en un rincón de la puerta cerrada hallábase un hombre baldado y enfermo desde hacía treinta y ocho años; lo habían puesto en uno de los lugares de otros hombres enfermos. Cuando Jesús golpeó en la puerta cerrada, ésta se abrió. Pasó a través de los enfermos a los pasillos más cercanos y desde allí enseñó. Había toda clase de enfermos tendidos, echados y sentados. Los discípulos repartían a los más pobres vestidos, panes, mantas y telas, que habían recibido de las santas mujeres. A los que estaban abandonados de sus parientes y entregados al cuidado de los empleados, les conmovió mucho esta caridad de Jesús. Jesús enseñó en diversos grupos; a veces preguntaba si creían y tenían fe de que Dios los podía sanar, si deseaban ser sanos, si se arrepentían de sus pecados, si harían penitencia y se bautizarían. Como les adivinase a algunos sus pecados, decíanle: "Señor, Tú eres un profeta. Tú eres Juan Bautista". En muchos lugares se ignoraba su muerte, y habían hecho correr la voz de que estaba libre. Jesús habló en general de quién era Él y sanó a algunos enfermos. A los ciegos los hacía lavarse en las aguas de la piscina, mezclaba aceite y les mandaba que fuesen sin hacer ruido a sus casas y no dijese nada hasta después del Sábado. Los discípulos sanaban en otros lugares de la piscina. Todos los sanados tuvieron que lavarse en la piscina.

Como empezara a haber conmoción entre la gente que veían a tantos lavarse en la piscina, acercóse Jesús con sus discípulos

al rincón donde estaba el hombre enfermo desde 38 años. Era un jardinero que se ocupaba de podar los cercos y cultivaba y sacaba bálsamo de las plantas. Como hacía ya tanto tiempo enfermo, estaba allí como un pordiosero y se alimentaba de las sobras. Era conocido en todas partes como enfermo incurable. Jesús le preguntó si deseaba ser sano. Él, no sospechando siquiera que Jesús podía sanarle, y pensando que sólo preguntaba por preguntar, contestó que hacía mucho tiempo que no tenía ayuda, sin criado ni amigo que lo echase a la piscina cuando se movían las aguas; que cuando él se arrastraba al estanque ya otros habían ganado los escalones que llevan a las aguas. Jesús habló un rato con él; le afeó sus pecados, para despertar su dolor; le dijo que no viviese en la impureza y no blasfemase contra el templo, puesto que por ello le había venido la enfermedad. Le consoló luego diciéndole que Dios recibe a todos y ayuda cuando se vuelven a Él arrepentidos. El pobre hombre, a quien jamás habían llegado palabras de consuelo y de animación, y que siempre se quejaba de su abandono, estaba conmovido. Jesús le dijo: "Levántate, toma tu camilla y camina". Esto es lo principal de lo que le dijo. En realidad, le dijo que fuera a lavarse al estanque, y luego, a un discípulo, le mandó que llevase al hombre a uno de los albergues que tenían los amigos de Jesús para los pobres, junto al Cenáculo, en el monte Sión. Era una posesión del taller de piedras, de propiedad de José Arimatea. Este hombre, hasta entonces baldado, se fué tan apresurado a lavarse la cara que casi olvidaba de llevarse su camilla.

El Sábado había empezado y Jesús salió afuera por la puerta donde había estado tendido el pobre enfermo. El discípulo que tenía que presentar al hombre en el albergue iba delante y el hombre con su camilla detrás. Cuando hubo salido del recinto de Betesda y lo vieron algunos judíos, le dijeron, creyendo que había sanado por el movimiento de las aguas: "¿No sabes que es Sábado y que no puedes llevar tu camilla?" El hombre replicó: "Aquel hombre que me ha sanado me dijo: "Levántate, toma tu camilla y vete". Le preguntaron: "¿Quién es el hombre que te dijo: Toma tu camilla y vete?" No sabía decirlo porque no conocía a Jesús y no lo había visto nunca. Jesús ya se había alejado con sus discípulos. Lo que se encuentra escrito en el Evangelio, que este hombre encontró luego en el templo a Jesús y lo indicó a los demás diciendo que era Él que lo había sanado, y la disputa que se suscitó por parte de los fariseos por razón de lo que llamaban la profanación del Sábado, todo esto sucedió en otra

ocasión, en una fiesta en el templo, aunque el Evangelista lo pone como una continuación del hecho (Juan, 5, 15). Esto me ha sido declarado expresamente. Por esos judíos que le reprocharon llevar su camilla en Sábado, se propagó la fama de la curación de ese hombre, tenido por incurable. Cuando Jesús se hubo alejado de Jerusalén el hecho suscitó grandes comentarios. De los otros sanados no se hizo mucho caso porque se atribuía en parte a las propiedades curativas de las aguas. Tampoco hicieron cuenta de ello porque no había habido, según ellos, violación del Sábado. Por otra parte los guardianes de la piscina y los fariseos que solían estar en la entrada no lo habían visto entrar ni salir. En el interior de la piscina había, además de los enfermos en cuartuchos cavados en las murallas, pocos hombres, y los pudientes se habían hecho llevar a sus casas, porque en los últimos tiempos sucedía el movimiento de las aguas muy pocas veces y casi siempre al despuntar la aurora y los que tenían sirvientes se hacían traer a esa hora. Todo el edificio estaba casi en ruinas, especialmente las paredes. Había creyentes que iban a ese lugar como se va, entre nosotros, a lugares de peregrinaciones.

Este estanque de Betesda era aquél en el cual Nehemías escondió el fuego sagrado y un pedazo de la madera con que se tapó fué más tarde desprendido y formó una parte de la cruz de Cristo. La propiedad milagrosa de las aguas comenzó precisamente desde entonces. En los primeros tiempos, enfermos piadosos veían al ángel descender y mover las aguas. Más tarde lo veían muy pocos, y llegaron tales tiempos que hasta los pocos que lo veían no decían nada; se veía, en cambio, claramente moverse las aguas en todo tiempo; por lo menos, muchos lo veían. Después de la venida del Espíritu Santo fué éste el sitio de los bautismos. El descendimiento del ángel y el movimiento de las aguas era una figura del bautismo de regeneración, como el cordero pascual fué la figura de la última Cena, del santísimo Sacramento y de la muerte de Jesús.

III

Jesús sana muchos enfermos en Jerusalén y se mantiene oculto

Después de estas curaciones fué Jesús con los discípulos a una sinagoga, en una montaña del templo donde Nicodemo y otros amigos celebraban el Sábado. No enseñó allí. Escuchó la lectura del Sábado. Se leyó la salida de Egipto, el paso del Mar Rojo y la profetisa Débora. (II libro de Moisés, 13, 17, hasta 15,

27, y Jueces, 4-4, hasta 5, 32). Se cantó el pasaje del Mar Rojo, donde se enumeran todas las misericordias de Dios con el pueblo hebreo, especialmente en el templo y en el servicio de Dios. Se cantó sobre los vestidos y adornos que Dios ordenó en el Sinai y sobre la reina de Sabá y de Salomón. Este Sábado lo llaman Beschallah, y después de él viene una festividad de tres días, cuyo nombre suena como Ennorum que es como principio y final de todas las fiestas del año. Dan gracias cantando de todas las cosas que Dios les concedió desde el principio, de la salida de Egipto, paso del Mar Rojo, de la Ley, del Arca de la Alianza, de las vestiduras e institución del sacerdocio, del tiempo; de haberles dado al sabio rey Salomón, y pedían otro rey semejante. A esta fiesta está unida una serie de diversiones instituídas antes de Salomón por un profeta y que este rey confirmó en ocasión de la visita que le hizo la reina de Sabá, trayéndole los regalos de que se habla en la Escritura. De estos regalos hizo Salomón agasajo a los sacerdotes y al pueblo, y así se originó una fiesta de vacación en la cual cada uno se recrea. Como esta fiesta se puede celebrar en cualquier lugar, los sacerdotes y empleados, los fariseos y todos los que pueden hacerlo escapan de la ciudad y van a visitar a sus parientes y amigos: este descanso les sirve para los grandes preparativos de las cercanas fiestas del Purim y de la Pascua. Se hacen en estos días muchas limosnas. Hacen unos panecillos blancos muy delgados en recuerdo del maná del desierto y los reparten en cantidades a los pobres. Esta fiesta es como el *Amén* de todas las demás y como el principio de las que comienzan.

Después de la sinagoga fué Jesús al templo; había poca gente allí; los levitas andaban de un punto a otro limpiando, llenando de aceite las lámparas para mañana. Jesús se dirigió hacia ellos por caminos no acostumbrados y habló de varias cosas de significado misterioso. Llegó hasta la antesala del Santuario, donde está el gran sitio de enseñanza. Escucharon un tiempo, hasta que intervinieron otros, reprochándole su audacia, porque venía hasta los lugares reservados, por caminos no comunes y en tiempos no acostumbrados. Y acabaron por llamarlo con desprecio el Galileo. Jesús les respondió severamente, alegando su derecho, por ser casa de su Padre, y se alejó de allí. Se burlaban de Él, pero se sentían, sin embargo, temblorosos en su presencia. Jesús permaneció esta noche dentro de la ciudad. A la mañana siguiente sanaron muchos enfermos Jesús y los apóstoles, en las cercanías del Cenáculo, un sitio junto al monte Sión, rodeado de un

gran patio. José de Arimatea lo tiene alquilado para su taller de picapedreros. Las santas mujeres de Jerusalén estaban ocupadas en toda clase de ayuda a los enfermos, por los cuales había salido José de Arimatea de Jerusalén a Hebrón para invitar a Jesús a venir a verlos. Estos enfermos eran en la mayoría gentes buenas, creyentes, parientes o amigas de las santas mujeres y de Jesús, y habían sido traídos por la noche a este lugar del Cenáculo. Jesús pasó toda la mañana sanando a los enfermos, mientras enseñaba a un grupo de ellos. Eran baldados, ciegos, estropeados en las manos o en los pies y con llagas; había hombres, mujeres y niños. Entre ellos estaban muchos de los heridos en el derrumbe de las obras de Siloé, con las cabezas lastimadas, manos o pies y diversos miembros rotos. Se ven muchos trabajadores en Jerusalén removiendo los escombros del derrumbe. Cayeron paredes que ahora obstruyen el curso de las aguas. Hay hombres en los fosos que cavan y limpian. En otras partes echan árboles, piedras y otras cosas para hacer diques.

IV

Jesús enseña en el templo de Jerusalén

Después de haber tomado una frugal refección en el Cenáculo con sus discípulos, en la cual tomaron parte también los enfermos sanados antes, Jesús se dirigió al templo y se fué al sitio de enseñanza donde estaban los rollos de la Escritura; los pidió y enseñó sobre la lección de ese Sábado. La lectura versó sobre el pasaje del Mar Rojo y de Débora, y se cantó el himno de esta fiesta. Estaba escrito sobre él para cantarlo a la mañana temprano o a la víspera. Jesús enseñó con admiración de cuantos le escuchaban. Ninguno se atrevió a contradecir. Algunos fariseos le preguntaron dónde había estudiado, de dónde le venía el derecho de enseñar y cómo se tomaba la libertad de hacerlo. Jesús les respondió con tanta seriedad y justeza que no pudieron replicar palabra. Salió del templo y se dirigió con sus apóstoles y amigos a Betania. Su presencia no fué notada esta vez, porque sus principales enemigos estaban ausentes. Sólo cuando terminó su sermón sobre el gran sitio del templo se dió cuenta la mayoría de sus mismos amigos que estaba en Jerusalén y comentaban sobre el llamado Galileo.

La mayoría de las personas hablaban del derrumbe de la obra de Siloé, de la enemistad de Pilatos con Herodes y de la

partida de Pilatos a Roma. De la muerte de Juan se hablaba poco, porque era ignorada aún. De Jesús se habló poco esta vez. Pasa aquí como en otras grandes ciudades. Alguien decía: "Jesús de Galilea debe estar en la ciudad". Otros decían: "Si no viene con algunos miles de sus secuaces nada podrá hacer aquí". En Betania estuvo Jesús en casa de Simón el leproso, que no se muestra en público por su enfermedad; se le ven muchas manchas rojas, está envuelto en un gran manto y se mantiene en una cámara apartada. Jesús habló con él. Simón es uno de esos que no quieren que se le note su enfermedad; pero no la podrá disimular mucho tiempo. Se muestra con reserva y pocas veces. Por la noche, muy tarde, vinieron los discípulos de vuelta de Juta, que habían dejado después del Sábado, y contaron a Jesús cómo habían conducido el cuerpo de Juan desde Macherus y lo habían enterrado junto a su padre. Los dos soldados de Macherus estaban con ellos. Lázaro los ocultaba y quiere proveer a su subsistencia. Cuando Jesús les dijo: "Debemos ir a un lugar solitario donde descansar y llevar luto, no por la muerte de Juan, sino por lo que ha de venir aún", pensé yo: "¿Cómo podrá descansar, ya que los otros apóstoles partieron para Cafarnaúm donde se encuentra María?" Una gran muchedumbre de pueblo acude de todas partes, aun de Siria y de Basán; y cerca de Corazín está todo preparado: se llenó de tiendas y chozas con gentes que esperan la venida de Jesús.

V

Jesús en Lebona y en Thirza

A la mañana siguiente dejó Jesús a Betania con seis apóstoles y unos veinte discípulos; caminaron sin detenerse, evitando entrar en los pueblos, a unas once horas al Norte hasta Lebona, al Sur del monte Garizim. José había trabajado aquí antes de su desposorio con María, como carpintero, y tuvo amigos en esta localidad. En un resalto de la montaña se levanta un castillo al cual se llega desde Lebona caminando entre murallas y edificios por una senda empinada. En este lugar estuvo el taller de José, y Jesús fué allí con todos sus acompañantes. Aunque no esperado y algo tarde fué recibido con extraordinaria alegría por todos los de la casa. Paró en una casa de levitas. Arriba había una sinagoga. Desde Lebona marchó Jesús con pasos apresurados todo el día siguiente a través de Samaría, hacia el Jordán,

en dirección Noroeste. Llegaron a Aser-Michmethath; permanecieron algún tiempo en el albergue de Aser y fueron a Thirza como a una hora del Jordán y a dos de Abelmehola, que es una región muy hermosa. En Thirza, como en Jerusalén y en todas partes, se están celebrando las fiestas con mucha alegría. Se veían arcos de triunfo, había juegos públicos y corrían carreras con vallas para ganar premios. Grandes cantidades de trigo y de frutas estaban amontonados al aire libre para ser distribuidos a los pobres. Thirza está dividida en dos partes. Una alcanza con sus casas hasta a una media hora del Jordán: toda la región está tan poblada de árboles, casi ocultan la ciudad, que no se la ve sino cuando se está delante de ella. La otra parte de la ciudad está tan interrumpida por jardines y ruínas que más parece una sucesión de casas entre plantas que una ciudad; de modo que la parte que da hacia el Jordán es la mejor edificada y la más unida. Está edificada sobre el valle, a veces están las casas sobre empalizadas y corren calles debajo como bajo un puente. Desde este camino se ve el valle lleno de árboles verdes como a través de un fresco sótano al aire libre. Thirza, edificada sobre una ancha plataforma sobre la montaña, ofrece una espléndida vista hacia el Jordán y las montañas. Se ve al Norte y al otro lado del Jordán la ciudad de Jogbea, escondida entre los árboles, por la derecha, hasta Perea, y se contempla la superficie del Mar Muerto hasta descubrirse Macherus. Muchas vistas dan al Jordán, que se ve en largo trecho de su curso, unas veces escondido entre plantas, otras saliendo y serpenteando por el valle, brillando a los rayos del sol. Por el Oeste hay montañas que la separan de Dothan. Abelmehola está a dos horas al Noroeste, en un barranco mirando al Sur de aquel sitio donde fué vendido José por sus hermanos.

En derredor de estos lugares está Thirza, en medio de árboles y de jardines, con frutales y arbustos de bálsamo y manzanas llamadas del paraíso, que usan los judíos para adornar sus arcos y gallardetes de plantas y hojas. Estos árboles sólo crecen en lugares soleados y fértiles. Tienen allí caña de azúcar, una especie de lino amarillo y largo, que parece seda, algodón, y un trigo con tallo grueso con meollo. Los habitantes son agricultores y viven de sus huertas y frutales. Los mercaderes comercian con lino, caña de azúcar y algodón. La calle que pasa debajo de la ciudad es la principal, lleva a Tarichea y a Tiberíades; va a veces entre montañas y colinas, como aquí donde la ciudad está edificada en el camino sobre columnas. En el medio, es decir, en

lo que era el medio antes, hay un extenso edificio sobre una plataforma amplia, con gruesos murallones, varios patios y torres con piezas adentro. Es el antiguo castillo de los reyes de Israel; en parte está destruido, en parte sirve de morada a enfermos, y el resto es una prisión. Una parte está ya tan derruida que hay vegetación y huertas sobre sus ruinas. En ese lugar hay un pozo delante del edificio, cuyas aguas son ascendidas por una noria que hace girar una mula. De allí se reparte a cada lado de la ciudad en canales de cuero.

Junto a este pozo se juntaron cinco discípulos que venían del otro lado del Jordán, y se reunieron con Jesús y los demás. Dos de ellos eran aquellos jóvenes levemente endemoniados que libró Jesús, los dos endemoniados de Gerasa cuyos demonios entraron en los cerdos, y otro más. Estos cinco dieron cuenta de que habían predicado y hecho conocer las maravillas obradas con ellos en la Decápolis y en la región de los gerasenos: habían predicado y sanado en nombre de Jesús, y anunciado el reino de Dios. Abrazaron a los discípulos y se lavaron unos a otros los pies junto al pozo de la ciudad. Jesús venía en ese momento de la casa de la ciudad, donde había pasado la noche con sus discípulos. Estos cinco trajeron la noticia de que todos los discípulos que habían salido en misión para la Alta Galilea, habían vuelto a Cafarnaúm y que una gran multitud se ha reunido en los alrededores para escuchar nuevamente a Jesús. Jesús entró y se vió con el jefe del lugar, pidiendo ser llevado adonde estaban los enfermos. El jefe lo llevó. Jesús pasó por las galerías y rincones del edificio, consolando, animando y sanando a los enfermos y enseñando. Los discípulos hacían otro tanto en otras salas o rincones, sanando y preparando, mientras algunos de los apóstoles ayudaban a Jesús a sostener a los enfermos. En un patio había algunos endemoniados furiosos, atados a cadenas, que gritaban y se agitaban al ver a Jesús. Jesús les impuso silencio, los sanó y los libró de los demonios. Había allí también leprosos en un sitio apartado; a éstos también limpió y sanó. A ellos fué solo. Los sanados, que eran de Thirza, eran recibidos con fiestas por sus parientes. Jesús hizo que les dieran bebidas y alimentos, a los pobres les hizo dar mantas y telas, que habían traído los discípulos desde el albergue de Bezech a Thirza. Jesús fué luego adonde estaban las mujeres enfermas; éstas ocupaban un edificio redondo que parecía una torre en torno de un patio. Se subía al patio por escalones cavados por la parte de afuera de un piso a otro. En el interior había pequeñas escaleras como

entre nosotros. En los patios que miraban afuera había enfermas de todas clases. Jesús sanó a muchas de esas mujeres. En el interior estaban encerradas algunas mujeres, por viciosas y mal habladas, y algunas inocentes, por calumnias. Había también en estos cuartos muchos hombres presos, en parte por deudas, otros acusados de tumultos, otros por venganza de poderosos o por quitárselos del camino; estaban en dura prisión y algunos, ya olvidados, desfallecidos y acabados por el sufrimiento. De los enfermos sanados y de otras personas oía Jesús amargas quejas de este lugar. Bien lo sabía Jesús y había venido por eso.

Thirza tiene muchos fariseos y saduceos, entre ellos herodianos. La cárcel estaba custodiada por soldados romanos y tenía un jefe también romano. Delante de algunos presos había soldados y guardias. Jesús pasó entre éstos y pudo hablar con los presos que no estaban incomunicados. Jesús oyó las quejas de cada uno, los consoló, les dió una refección, los adoctrinó, y como algunos confesaran sus pecados, les perdonaba sus culpas. A muchos que estaban por deudas y a otros, les prometió libertad; a los demás alivió en sus penas. Después de esto fué al jefe romano, que no era mal hombre, le habló seria y tiernamente sobre la situación de los presos y se comprometió a pagar las deudas de unos y dar garantía de mejoramiento y de cambio de costumbres por los otros. Pidió también poder hablar con otros presos incomunicados y encerrados. El jefe oyó a Jesús respetuosamente, pero le dijo que todos esos presos eran judíos y estaban bajo las autoridades judías y que debía hablar del caso con las autoridades y con los fariseos antes de dar curso a su petición. Jesús le dijo que vendría con los jefes judíos después que hubiese hablado y enseñado en la sinagoga; y fué luego a las prisiones de las mujeres, consolando, exhortando y recibiendo la confesión de algunas, a las cuales perdonó sus pecados; les hizo dar regalos y les prometió interesarse por reconciliarlas con los suyos. De este modo Jesús pasó las horas desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde en esta casa de dolor llenándola de gozo y de consuelo, en un día en que afuera era todo diversión por ser el primer día de las fiestas instituídas por Salomón en memoria de la visita de la reina de Sabá, que llamaban Ennorum. El Sábado de este primer día lo había visto festejar ayer Jesús en Bezech, y hoy era todo alegría en la parte más poblada de la ciudad. También aquí se veían arcos de triunfo, cascadas, juegos públicos, carreras con premios y los montones de trigo y de frutas que debían repartirse a los pobres.

Como contraste, en casa de estos reclusos, presos y enfermos estaba todo en tristeza y silencio. Jesús sólo había pensado en ellos y les había traído la verdadera alegría. Después de esto tomó un alimento fuera de la ciudad, en compañía de los suyos, que consistió en pan, miel, frutas, y envió regalos de vestidos y alimentos para distribuirlos a los presos y enfermos de aquella casa. Con los demás se dirigió a la sinagoga.

VI

Jesús predica en la sinagoga de Thirza

Había corrido en toda la ciudad lo acontecido en la cárcel y en las casas de los enfermos. Muchos de éstos, sanos ahora, habían ido a la sinagoga; otros se juntaron con Jesús y los apóstoles, todavía ocupados en curar. En la sinagoga había fariseos, saduceos y ocultos herodianos; había también algunos fariseos de Jerusalén, que habían venido por recreación y descanso. Todos estaban llenos de veneno y de irritación por los hechos de Jesús, que ponía un contraste tan marcado con su poca caridad hacia los enfermos y los presos. Había muchas gentes de Bezech. Jesús habló de las fiestas y su significado, de la manera de recrearse y de recrear a los demás y consolarlos, y de las bienaventuranzas. Dijo: "Bienaventurados los misericordiosos" y explicó una parábola del hijo perdido, que había contado a los presos y enfermos; y luego habló de los presos y de los enfermos y del estado miserable en que se encuentran; cómo están abandonados y descuidados, mientras otros se enriquecen con las rosas que debían ser para el alivio de ellos. Habló severamente de los cuidadores del lugar, entre los cuales figuraban algunos fariseos presentes que escuchaban la reprimenda con reconcentrada ira. La parábola del hijo pródigo la aplicó a aquéllos que estaban allí por culpas y delitos de los cuales ya estaban arrepentidos y que querían reconciliarse con los suyos. Todo esto fué en extremo conmovedor. Contó la parábola del rey bondadoso que perdona al siervo una gran suma porque le rogó, y él no perdona las pequeñas deudas de sus compañeros; y la aplicó a los que dejan podrirse en la cárcel a aquéllos que deben una pequeña cantidad de dinero, mientras ellos a su vez tienen enormes deudas de pecado para con su Dios y Señor: los ocultos herodianos de aquí hacían poner en la cárcel a ciertos hombres por causas injustas. Jesús se refirió en general a ellos en su reprimenda.

menda a los fariseos, cuando dijo: "Habrá entre vosotros quienes quisieran saber cómo le va a Juan el Bautista". Los fariseos decían con desprecio de Jesús, entre otras cosas: "Él hace la guerra con las mujeres que le siguen por todas partes; no alcanzará a fundar ningún gran reino con semejante ejército".

Pidió Jesús al jefe que lo acompañase al jefe romano de la cárcel y exigió que se diese libertad a todos los presos mediante la paga de las deudas. Como esto se trató delante de todo el pueblo, no pudieron los fariseos negarse. Como Jesús fuese con los suyos al jefe romano, le siguió mucho pueblo alabando su buena acción. El jefe romano era mucho mejor que los fariseos, quienes por venganza ponían el rescate muy superior a lo justo; y así por algunos tuvo Jesús que pagar el cuádruplo. Como no tenía la suma de dinero consigo, dió en garantía una moneda triangular, en la cual colgaba un trozo de pergamino, sobre el cual escribió algunas palabras empeñando el castillo de Magdalum, que Lázaro estaba en esos días por vender. El precio del castillo ya lo habían destinado Magdalena y Lázaro para los pobres, deudores y pecadores y su rescate. El castillo de Magdalum era mucho mejor que la villa de Betania. Los lados de la moneda triangular eran de unas tres pulgadas; en el medio estaba la escritura asegurada y tenía señalada la cantidad prometida. Un extremo de la moneda estaba sujeto a un trozo movable de metal, como a una cadenilla de pocos eslabones, y así se aseguraba la escritura. Después de esta formalidad mandó el jefe sacar a los presos. Jesús y los discípulos ayudaban en esta tarea. Algunos eran sacados como de agujeros y pozos y estaban completamente deshechos, medio desnudos, con los cabellos crecidos. Los fariseos se apartaban asqueados de ellos. Otros estaban desfallecidos y enfermos; caían a los pies de Jesús, que los consolaba y los animaba. Los hizo vestir, bañar y lavar, les dió de comer y les procuró vivienda y libertad. Debía hacerse bajo vigilancia en las cercanías de la prisión y en la casa de los enfermos hasta que en pocos días estuviese pagada toda la caución. Lo mismo se hizo con las mujeres prisioneras. Todos fueron regocijados con alimentos, que Jesús y los apóstoles les servían. Jesús refería la parábola del hijo pródigo y de la bondad del padre. De este modo se llenó esta casa de alegría; fué como una semejanza de lo que sucedió con Juan, que llevó al lugar del limbo donde estaban los patriarcas, la noticia y el contento de su próxima liberación y rescate. Jesús y los suyos pernoctaron de nuevo en la casa delante de la ciudad.

Estos acontecimientos fueron referidos a Herodes, el cual pensó y dijo: “¿Ha resucitado acaso Juan de su tumba?” Y desde entonces deseó verlo. Había oído hablar a Juan y a otros de Él, pero no se había preocupado mayormente de Él. Ahora, que la conciencia le tenía atemorizado, ponía mayor atención a todos los rumores. Vivía en Hesebon y había reunido a sus soldados y a los romanos a quienes pagaba.

Desde Thirza a Cafarnaúm, adonde se dirigía Jesús con los suyos, había un camino como de diez y ocho horas. No fueron por el valle del Jordán, sino por los montes de Gelboé, atravesando el valle de Abez y dejando el Tabor a la izquierda. Entraron en un albergue, junto al mar de Betulia, y llegaron al otro día a Damna, donde estaba María Santísima con varias de las santas mujeres que los esperaban. Los seis apóstoles restantes habían llegado allí con los discípulos. En Azanoth se juntaron con ellos los dos soldados de Macherus que Lázaro había enviado a través de la Samaría.

VII

Jesús en Cafarnaúm y en los alrededores

A Cafarnaúm habían acudido no menos de sesenta y cuatro fariseos de todos los contornos. Durante el viaje habían averiguado los casos de las curaciones más resonantes. Habían hecho venir a la viuda de Naim con su hijo a Cafarnaúm como testigos, y al niño del jefe Achías, de Gischala. Habían citado también a Zorobabel y a su hijo, al centurión Cornelio con su siervo y criado, a Jairo y su hija, a varios ciegos y estropeados. Los habían interrogado e inquirido, y oído a testigos, formando proceso de todos estos casos. Como a pesar de toda su malicia no pudieron encontrar nada reprehensible, se irritaron aún más y atribuían todos los casos que no podían negar a intervención directa de un poderoso demonio que le ayudaba. Declararon: “Va con malas mujeres, subleva al pueblo, impide las limosnas a la sinagoga, profana el Sábado”, y decían que iban a poner término a todo este desorden. Asustados los parientes de Jesús por estas amenazas, por la cantidad de pueblo y por la decapitación de Juan, le pedían que no fuese a Cafarnaúm, sino que se retirase a otro lugar cualquiera, como Naim, Hebrón, o del otro lado del Jordán. Jesús los tranquilizó diciendo que iba a ir a Cafarnaúm, que allí sanaría y predicaría, que cuando enfrentase a los fariseos, ellos enmudecerían. A los discípulos que

preguntaron qué debían hacer en adelante les dijo que se lo diría más tarde y que les daría a los doce el don de cuidar de ellos como Él (Jesús) cuidaba de los doce. Cuando llegó la noche se separaron. Jesús se dirigió con María, las mujeres y parientes al Este, sobre la posesión de Zorobabel, al valle de Cafarnaúm, hasta la casa de María Santísima. Los apóstoles y discípulos tomaron otras direcciones.

De noche estuvo Jairo con Jesús y le contó las persecuciones de los fariseos. Jairo perdió su empleo y ahora está del todo de parte de Jesús. Cafarnaúm está lleno de extranjeros, de enfermos y sanos, judíos y paganos. Todos los lugares disponibles están llenos de tiendas, hasta las alturas de los montes. En todos los rincones se encuentran camellos y asnos pastando. Al otro lado del mar también se ven lugares llenos de tiendas de personas que esperan ver a Jesús. Hay gentes venidas de todas partes del país, y de Siria, Arabia, Fenicia y aun de Chipre. Jesús visitó a Cornelio, a Zorobabel y a Jairo. Su familia está totalmente convertida; la hija está más sana que nunca, y es buena y piadosa. Después fué a casa de Pedro, fuera de la ciudad; está llena de enfermos que le esperan. Hasta los paganos vinieron aquí, cosa que no habían hecho antes. La cantidad de enfermos era tan grande que los apóstoles tuvieron que hacer tablados para poner a unos más altos que otros. Como eran tantos no buscaban sólo a Jesús, sino también a sus discípulos. Preguntaban: “¿Eres tú un discípulo del profeta? Ten piedad de mí; ayúdame; llévame a Él”.

Jesús, los apóstoles y veinticuatro discípulos estuvieron toda la mañana enseñando, exhortando y sanando enfermos. Había algunos endemoniados que gritaban a Jesús, y fueron librados. Los fariseos no estaban presentes, pero sí algunos espías y otros mal intencionados. Después de haber sanado se fué Jesús a la sala donde enseñó; le siguieron los sanados y otras personas; algunos discípulos quedaron con Él y otros se apartaron para ir a sanar nuevos enfermos. Jesús enseñó sobre las bienaventuranzas y contó algunas parábolas. Entre otras cosas enseñó sobre la oración: que no debe dejarse de orar siempre. Contó y explicó la parábola del juez injusto, que hace justicia a la viuda por su importunidad. “Si esto hace un juez malo, cuánto más hará el Padre celestial”. Les dijo cómo debían rezar, diciendo las siete peticiones, una después de otra, y explicó el principio: “Padre nuestro que estás en los cielos”. Ya había explicado algo sobre esto a los discípulos en el camino; ahora decía el Padrenuestro

entero y las ocho bienaventuranzas que irá declarando en lo sucesivo. Los discípulos las repetirán. Hablando de la oración, dijo: "Si un hijo pide a su padre un pan no le dará ciertamente una piedra y si le pide un pescado no le dará por ventura una serpiente o un escorpión". Eran ya las tres de la tarde y María había preparado, con las santas mujeres y sobrinos de José, de Dabirath, de Nazaret y del valle de Zabulón, la comida para Jesús y los discípulos en un edificio cerca de la casa. Hacía ya varios días que no habían podido hacer una comida en forma debido a las continuas ocupaciones. La sala de la comida estaba separada de la sala donde Jesús enseñaba y del patio donde las gentes se amontonaban escuchando la predicación a través de las abiertas columnas del corredor. Como Jesús no terminaba de hablar se acercó María con otras mujeres para pedirle quisiera tomar algún alimento. No pudieron acercarse por la muchedumbre; pero llegó a oído de un hombre este deseo de María. Este hombre era de esos mal intencionados y espías de los fariseos. Como Jesús varias veces hablase de su Padre celestial, dijo el hombre malicioso: "Mira, tu madre y tus hermanos están allí afuera y desean hablar contigo". Jesús lo miró y le preguntó: "¿Quién es mi madre y mis hermanos?" Juntó a los apóstoles a su lado, e indicándolos, dijo: "Éstos son mi madre —y señalando a sus discípulos— y éstos son mis hermanos, los que oyen mi palabra y la siguen; quien hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre". No fué todavía a comer, sino que siguió enseñando; pero envió a sus discípulos que se turnaran para tomar alimento.

Cuando salió Jesús de la sinagoga le pidieron algunos enfermos que los sanase de sus dolencias, y los sanó. A la entrada de la sinagoga se presentó a Él un hombre con la mano torcida y estropeada, y le pidió que lo curase. El Sábado había ya empezado. Jesús le dijo que esperase hasta mañana. Gritaban detrás de Él unos hombres que traían a un endemoniado atado con sogas; era sordomudo y estaba furioso. Jesús le dijo que se echase junto a la sinagoga y estuviese allí quieto y esperase. El endemoniado se sentó cruzando las piernas, inclinó la cabeza hacia las rodillas y estuvo quieto durante la enseñanza; sólo miraba, de lado, hacia Jesús y temblaba de vez en cuando.

La lección del Sábado referíase a Jetró: cómo él aconsejó a Moisés, cómo llegaron al Sinaí, cómo éste subió al monte y recibió las tablas de la ley. Habló del profeta Isaías: cómo vió el trono de Dios y cómo el serafín le purifica la boca con la

brasa encendida. (2 Moís. 18-21; Isai. 6, 1-13). La sinagoga estaba llena y había muchos afuera escuchando. Todas las puertas se habían abierto y muchos escuchaban desde los lugares vecinos. Había muchos fariseos y herodianos llenos de enojo; los sanados estaban en la sinagoga, como también los discípulos y los parientes de Jesús. Los habitantes de Cafarnaúm y los extranjeros estaban llenos de entusiasmo por Jesús. No se atrevían los fariseos a molestar a Jesús. Estaban allí más bien por hacerse los valientes delante de los demás que porque en realidad tuvieran ánimo de contradecir a Jesús. No les gustaba contradecir, porque generalmente las respuestas de Jesús los ponían en ridículo delante del pueblo. Cuando Jesús se alejaba entonces trataban por todos los medios de desacreditarlo y apartar al pueblo de su enseñanza. Sabían que el hombre de la mano árida estaba presente y querían ver si sanaba en Sábado para acusarlo. Eran de los venidos de Jerusalén que querían llevar algo concreto al Sanedrín. Como no podían acusarle por ningún lado traían siempre la misma dificultad, que ya había resuelto tantas veces, lo del Sábado, y Jesús volvía cada vez a contestar.

Volvieron a preguntar: “¿Es lícito curar en Sábado?” Jesús, conociendo sus pensamientos secretos, llamó al de la mano árida y habiéndose éste acercado, lo puso en el medio, y dijo: “¿Es permitido en Sábado hacer bien o hacer el mal? ¿Es lícito salvar una vida o dejarla perder?” Ninguno contestó. Jesús les dijo lo que ya había dicho otras veces, una semejanza: “¿Quién de ustedes, si cae una oveja en un pozo, no la sacará en día Sábado? Mejor es un hombre que una oveja. Luego hacer el bien en Sábado, es lícito”. Jesús estaba realmente contristado por la obstinación de estos fariseos; los miró severamente, penetrando en su interior; luego tomó la mano del hombre con su izquierda, pasó su derecha sobre el brazo, enderezó los dedos torcidos, y le dijo: “Extiende tu mano”. Extendió el hombre la mano y la movió; estaba sana y buena como la otra. Todo fué en un momento. El hombre se echó a los pies de Jesús, el pueblo se entusiasmó y los fariseos, llenos de rencor, se retiraron, para juntarse a la entrada y hablar entre sí. Jesús, mientras tanto, echó el demonio del endemoniado, el cual pudo hablar y oír. El pueblo estaba lleno de júbilo. Los fariseos gritaron: “Tiene demonios; echa los demonios con el poder de otros”. Jesús se volvió a ellos y les dijo: “¿Quién de vosotros me puede acusar de alguna injusticia? Si el árbol es bueno, bueno es también

el fruto; si el árbol es malo, lo será también el fruto. Por el fruto se conoce el árbol. Vosotros, raza de víboras, ¿cómo podéis hablar bien si sois malos? La boca habla de lo que tiene en el corazón". Entonces levantaron una gritería los fariseos: "¡Que acabe de una vez; ya basta!" Uno fué tan audaz que dijo: "¿No sabe acaso que lo podemos echar fuera de aquí?".

Después de esto salieron Jesús y los suyos por diversas direcciones; Jesús con algunos a la casa de María, y otros a la casa de Pedro, junto al mar. En la casa de su Madre tomó Jesús algún alimento y luego con los doce pernoctó en casa de Pedro, que por estar más apartado les ofrecía más seguro refugio. Todo el día siguiente se mantuvo Jesús retirado en casa de Pedro. El pueblo lo buscaba por diversos lugares, pero Jesús no salió. Aquí, en la casa, hizo venir a su presencia a aquellos apóstoles y discípulos que habían salido de dos en dos, mandándoles contar todo lo que les había sucedido en su misión; resolvió las dificultades y dudas que les habían ocurrido en diversos lugares y les dijo cómo debían proceder en casos parecidos. Les dijo de nuevo que quería darles una misión particular. Los seis apóstoles que habían recorrido la Alta Galilea no habían encontrado grandes dificultades, y por eso habían podido bautizar a muchos. Los que fueron por la Judea, no habían logrado bautizar por encontrar más resistencia. Como por la conclusión del Sábado la multitud se iba engrosando en torno de la casa, salieron de noche bajo un cielo estrellado y por senderos extraviados fueron a la orilla del lago. Subió Jesús en la barca de Pedro y pasaron al otro lado, desembarcando entre la casa del publicano Mateo y la pequeña Corazín. Subieron a la montaña, junto al puesto de Mateo, porque Jesús quería estar sólo con sus apóstoles.

Pero el pueblo notó el viaje de Jesús y corrió la voz de tienda en tienda entre todos los que lo esperaban. Los que estaban cerca de Betsaida se embarcaron y los que no pudieron hacerlo subieron más arriba del Jordán y pasando el puente se dirigieron a la montaña, donde estaba Jesús con los suyos, que se vieron de nuevo rodeados de gran muchedumbre. Los discípulos ordenaron al pueblo y Jesús comenzó a enseñar sobre las Bienaventuranzas y la oración explicando de nuevo el principio del Padrenuestro. Después de algunas horas aumentó el gentío, viniendo gentes de todos los contornos, de Julias, Corazín, Gergesa, trayendo enfermos y endemoniados. Jesús sanó a muchos, con los discípulos que ayudaban. Cuando hubo terminado la pre-

dicación se despidió al pueblo citándolo para el día siguiente. Jesús subió más arriba en el monte y estuvo solo con sus discípulos en un lugar sombreado. Además de los doce estaban allí 72 discípulos, contándose entre ellos los dos soldados venidos de Macherus y otros que aún no habían recibido misión de tales. Los hijos del hermano de José estaban entre ellos. Les dijo aquí lo que les sucedería en su misión; les mandó que no llevaran bolsas ni dinero ni pan, sino un bastón y algunas suelas de repuesto; donde no fueren recibidos sacudieran el polvo de sus suelas contra ellos. Les dió instrucciones sobre el oficio de apóstol y de discípulo para el futuro; los llamó sal de la tierra; que la luz no se ponía debajo del celemín, y de la ciudad que está sobre la montaña; pero no les dijo nada de lo pesado de las persecuciones que les esperaban. Lo principal fué que realmente estableció a los apóstoles sobre los discípulos diciéndoles que los apóstoles debían llamar y hacerse ayudar de los discípulos, como Él se hacía ayudar de los apóstoles; como Él mandaba y llamaba a los apóstoles, ellos mandasen a los discípulos en fuerza de su propia misión. Entre los discípulos hizo distinción de los más antiguos e instruídos, que debían mandar a cuidar a los más jóvenes y recién venidos. Los puso en orden de este modo: Pedro y Juan estaban en primera fila, y luego los apóstoles, de dos en dos. Los discípulos estaban, los más antiguos en primera fila, y los más jóvenes y recién venidos detrás de ellos. Luego les habló seria y conmovedoramente. A los apóstoles les impuso las manos en el orden que los había dispuesto y a los discípulos les dió su bendición. Todo esto procedió con gran recogimiento y ternura. Ninguno sintió envidia o deseo de precedencia. Entretanto se hizo de noche y Jesús con Andrés, Juan, Felipe y Santiago el Menor se adentró más en la montaña, pasando la noche en oración.

VIII

Jesús multiplica los panes para cinco mil oyentes

Cuando a la mañana siguiente se dirigió Jesús al monte donde otras veces había explicado las Bienaventuranzas, se había reunido una gran muchedumbre en torno. Los apóstoles y discípulos habían ordenado a los enfermos en sitios apropiados. Jesús y los apóstoles comenzaron a sanar enfermos y a enseñar. Muchos que habían venido por primera vez a Cafarnaúm eran bautizados, hincados de rodillas en círculo, con agua que habían

traído en odres, procediendo de tres en tres a la vez. María Santísima había venido con las santas mujeres para ayudar a las enfermas y volvió luego a Cafarnaúm sin hablar a Jesús. Jesús habló de las Bienaventuranzas y explicó hasta la sexta. Repitió su enseñanza sobre la oración, explicando las peticiones del Padrenuestro. La enseñanza y las curaciones duraron hasta las cuatro de la tarde.

La mayoría de la gente no tenía nada que comer. Desde el día anterior lo habían seguido y su pequeña provisión se había concluido. Muchos entre ellos desfallecían de hambre. Los apóstoles que notaron esto se acercaron a Jesús y le rogaron terminase su predicación para que la gente pudiese retirarse antes que se hiciese noche y se procurasen alimento. Jesús les dijo: "No necesitan irse, dadle vosotros alimentos". Replicó Felipe: "¿Iremos a comprar panes por unos cientos de denarios para darles de comer?" Dijo esto con algún malhumor, pensando que Jesús les encargaría todavía buscar por los contornos, pan y alimento, para toda esa multitud. Jesús le replicó: "Mirad cuántos panes tenéis". Esto diciendo continuó su enseñanza. El criado de un hombre de allí había traído a los apóstoles, de regalo, cinco panes y dos peces. Esto se lo comunicó Andrés al Señor, diciendo: "¿Qué es esto para tantos?" Jesús dijo que trajesen esos panes y esos peces, y continuó enseñando al pueblo sentado sobre la hierba sobre la petición del pan de cada día. Muchas personas desfallecían de debilidad y los niños clamaban a sus padres por pan, y lloraban.

Entonces dijo Jesús a Felipe, para probar su fe: "¿Dónde compraremos pan para que estos puedan comer?" Contestó Felipe: "Doscientos denarios no alcanzan para dar a todos un pedazo de pan". Jesús dijo entonces: "Haced sentar al pueblo en la hierba, a los más necesitados y hambrientos en grupos de a cincuenta, los demás de a cien, y traedme los canastos que haya por allí". Trajeron una fila de canastos de juncos y esteras y los pusieron delante de Jesús, y distribuyeron al pueblo en grupos de a cincuenta y de a cien en las faldas de la montaña, cubierta de pasto abundante. Estaban más abajo del lugar que ocupaba Jesús. Alrededor del sitio de Jesús había una altura cortada en forma de escalones, cubierta de hierba. Sobre esa plataforma hizo Jesús extender una manta y sobre ella los cinco panes y los dos peces. Estos panes eran más largos que anchos y gruesos como dos pulgadas, amarillos, de corteza fina, no del todo blanco por dentro y estaban señalados los lugares por donde

podía cortarse o partir para hacer las partes. Los peces eran largos como de un codo abundante, tenían cabezas más salientes y nada parecidos a nuestros peces comunes. Estaban ya partidos, asados y preparados; se pusieron sobre grandes hojas. Otro hombre trajo unos panales de miel, que estaban sobre las hojas encima de la manta.

Mientras los discípulos disponían a las gentes de a cincuenta y de a cien y los contaban como les había encargado Jesús, cortó Jesús con un cuchillo de hueso esos cinco panes, y cortó los peces en pedazos; luego tomó uno de los panes en su mano, alzándolo, y oró, y lo mismo hizo con un trozo de pescado. No recuerdo que haya hecho lo mismo con el panal. Tres discípulos estaban al lado de Él. Jesús bendijo los panes, los peces y los panales de miel, y comenzó a romper los panes al través en pedazos, y cada pedazo era otra vez grande como el primero, con las mismas señales por donde partirlo nuevamente. Los pedazos eran lo suficientemente grandes para saciar a un hombre. Jesús entregaba esos panes y esos peces. Saturnino, que estaba al lado, ponía un trozo de pescado sobre el pan y un joven discípulo del Bautista, hijo de un pastor, ponía algo de miel encima. He visto que este joven fué más tarde obispo. Los peces no disminuían y los panales parecían crecer. Tadeo ponía estas porciones, preparadas en el canasto, que eran llevadas a los grupos de cincuenta, por ser los más hambrientos. Cuando volvían los canastillos vacíos, eran llenados de nuevo, durando este trabajo dos horas, hasta que todos estuvieron satisfechos. Aquellos hombres que tenían allí mujer e hijos, sentados aparte, encontraban su porción tan abundante que pudieron dar de su parte a sus mujeres e hijos. El agua la tomaban en odres de cuero que se llenaban, y la mayoría tenía consigo vasos de corizas, de zapallos de tronco vaciados y de otras materias en forma de cucuruchos. Toda esta faena procedió con máximo orden. Los apóstoles y discípulos estuvieron ocupados en traer y llevar alimentos y repartirlos. Todos estaban silenciosos y admirados de tanta abundancia, después de tanta penuria. Los panes eran de dos palmos en lo largo. Cada pan era grueso como tres dedos. Estaban divididos en veinte muescas, cinco a lo largo y cuatro a lo ancho, de modo que la sustancia de cada parte se multiplicó cincuenta veces para alimentar a las cinco mil personas. Los peces estaban divididos en dos partes a lo largo y Jesús los subdividió en muchas porciones, de modo que siempre quedaban peces para dividir de nuevo; así la sustancia

de ellos se multiplicó en innumerables partes. Cuando todos estuvieron satisfechos mandó Jesús a sus discípulos que recogiesen los sobrantes de los panes y juntaron de ellos doce canastos. Muchos pedían les dejasen llevar de ese pan milagroso para recuerdo. No había esta vez soldados, como suele ocurrir siempre en estas grandes reuniones; todos estaban reunidos con Herodes que moraba en Hesebón. Cuando los hombres se levantaron satisfechos se iban juntando entre ellos y comentaban diciendo: "Este es verdaderamente el profeta que debía venir al mundo. Él es el prometido".

Anocheceía cuando Jesús dijo a los apóstoles que se embarcaran hacia Betsaida y allá lo esperasen. Mientras tanto Él despedía al pueblo. Se dirigieron los apóstoles con los canastos de pan hacia las barcas para ir a Betsaida y a otras direcciones. Los panes los llevaron para repartirlos a los pobres. Los apóstoles y algunos discípulos más antiguos se detuvieron algún tiempo más; luego subieron en la barca de Pedro. Jesús despidió al pueblo, que estaba entusiasmado. No había apenas dejado Jesús su sitio cuando comenzaron a levantarse voces: "Él nos ha dado pan. Él es nuestro Rey. Queremos que sea nuestro Rey. Lo queremos hacer Rey". Jesús desapareció de entre la multitud y se retiró a la soledad.

IX

Jesús camina sobre las aguas

La barca de Pedro con los apóstoles que estaban adentro quedó detenida durante la noche por el fuerte viento. Remaban enérgicamente; sin embargo, eran arrastrados hacia el Mediodía. He visto que cada dos horas salían de un lado y de otro del mar pequeñas barcas con antorchas y hacían señales a las embarcaciones indicándoles en la oscuridad la meta, como si fueran faros. Como se cambiaban cada dos horas estos vigías, se llamaban guardias nocturnas. He visto que esta noche se cambiaron cuatro veces los vigías y la barca de Pedro iba hacia el Sur. Entonces caminó Jesús sobre las aguas desde el Noreste hacia el Suroeste. Resplandecía, había un brillo en torno de Él, de modo que se veía su persona reflejada al revés en las aguas del mar. Saliendo de Betsaida-Julias hacia Tiberíades, enfrente de la nave de Pedro, atravesó entre los botes de los vigías nocturnos que habían salido de Cafarnaúm y del otro lado y se

habían internado un tanto en el mar. Los hombres de estos botes vieron a Jesús caminando sobre las aguas. Levantaron un grito de espanto creyendo fuera un fantasma y tocaron el cuerno de caza. Los apóstoles, que estaban en la barca de Pedro y miraban a los botes que les indicaban la ruta perdida, vieron a Jesús acercarse hacia ellos; mas bien que caminar, parecía que se movía ligeramente sobre la superficie de las aguas. Cuando estuvo cerca, el mar se había calmado. Había neblina y lo vieron cuando estuvo bastante cerca. Aunque ya lo habían visto caminar así sobre las aguas, con todo les sobrevino un grande espanto, y comenzaron a clamar.

Cuando volvieron en si, y pensaron en la otra vez que lo habían visto andar sobre las aguas, Pedro quiso mostrar de nuevo su fe, y clamó en su entusiasmo: “Señor, si eres Tú, mándame ir a Ti”. Jesús le dijo: “Ven”. Esta vez Pedro caminó un trecho mucho mayor que la primera vez; con todo su fe no alcanzó más. Cuando estaba muy cerca de Jesús, se puso a pensar y a dudar en el peligro, y comenzó a hundirse de nuevo, aunque menos que la otra vez, y clamó: “¡Señor, sálvame!” Jesús le dijo: “Hombre de poca fe ¿por qué has dudado?” Jesús entró en la barca, los apóstoles se echaron a sus pies y dijeron: “En verdad, eres el Hijo de Dios”. Jesús les reprochó su poca fe y su pusilanimidad, les dió una reprimenda y enseñó aún sobre el Padrenuestro. Les mandó navegar hacia el Mediodía. Tenían el viento favorable; navegaron con ligereza, y durmieron algún tanto en los cajones que había en torno del mástil y de los remos. No fué esta vez la tormenta tan grave como la vez pasada, pero habían caído en la corriente central del lago, que es muy fuerte, y no podían salir. Jesús hizo venir a Pedro sobre las aguas, para darle una lección de humildad, sabiendo bien que iba a hundirse. Pedro es pronto, ama a Jesús, es creyente, pero tiene la manía de querer mostrar a Jesús y a los demás apóstoles ese amor. Al hundirse, se hace reflexivo y se humilla. Los otros no se atreven a tanto; se admiran de la fe de Pedro, pero reconocen que no es aún suficiente, aunque tiene más fe que todos ellos.

Al amanecer llegaron a la ribera oriental del mar, entre Magdala y Dalmanutha, a un par de casas que pertenecen a la ciudad. Este es el lugar mencionado en el Evangelio por la región de Dalmanutha. (Marc. 8-10). Los habitantes de este lugar habían traído a todos sus enfermos disponiéndolos en orden, y salieron al encuentro de Jesús al desembarcar. Sanó allí Él y

sus discípulos, y luego se retiró detrás de la ciudad, a una colina, donde se reunieron todos los habitantes, judíos y paganos. Allí predicó las Bienaventuranzas y el Padrenuestro, y sanó a todos los enfermos que le trajeron. Era un lugar de pasaje del Jordán y de publicanos para el pago de impuestos. Comercian en hierro, que venía de Ephron, en Basán, desde donde lo despachaban para las otras ciudades de la Galilea. Desde la montaña se puede ver Ephron.

Luego se embarcó para Tarichea, a tres o cuatro horas al Sur de Tiberíades, sobre una altura, y a un cuarto de hora de la orilla del mar. Las casas llegan hasta la costa. Desde aquí hasta la salida del Jordán está la orilla fortificada por una muralla oscura sobre la cual corre un camino. La ciudad está bien edificada al modo de los paganos, con arcadas en las calles, debajo de las casas y en el mercado hay un pozo cubierto, muy hermoso, con columnas. Jesús se dirigió al pozo y el pueblo se reunió con sus enfermos, a los cuales sanó. Muchas mujeres estaban detrás de los hombres, cubiertas con velos y teniendo a sus criaturas. Había fariseos, saduceos y herodianos. Enseñó sobre las Bienaventuranzas y el Padrenuestro. Los fariseos hicieron toda clase de interrupciones, siempre las mismas: que andaba con publicanos, pecadores y mujeres de mala vida, que sus discípulos no se lavaban las manos al comer, que sanaba en Sábado. Jesús terminó pronto y llamando a los niños en derredor suyo, los sanó, enseñó y bendijo, presentándolos como modelos a los fariseos. Tarichea está más abajo que Tiberíades. Veo que salan aquí muchos pescados y los secan; y se ven muchas maderas delante de la ciudad sobre las cuales ponen a secar los peces salados. El país es muy fértil y las alturas de la ciudad están cubiertas de terrazas y las faldas de las colinas llenas de frutales y viñedos. Toda esta región hasta el Tabor y los baños de Betulia es sobre toda ponderación fértil y amena; se llama la región de Genesaret. A la tarde navegó Jesús con los apóstoles hacia el Noreste y enseñó en la barca acerca del Padrenuestro y de la cuarta petición. Los prepara así para la mayor explicación cuando tenga a los discípulos y apóstoles solos.

X

Jesús habla del Pan de vida

Pasó Jesús la noche sobre la barca anclada entre la oficina de Mateo y Betsaida-Julias. A la mañana siguiente enseñó a un centenar de personas sobre el Padrenuestro, y al medio día navegó hacia Cafarnaúm, donde desembarcaron sin ser vistos y se fueron a la casa de Pedro. Aquí se encontró con Lázaro que había venido con el hijo de la Verónica y algunas personas de Hebrón. Cuando Jesús tomó, detrás de la casa de Pedro, el camino más corto entre Cafarnaúm y Betsaida, la muchedumbre, que estaba estacionada por los alrededores, lo siguió. Algunos que habían estado en la multiplicación de los panes y le habían estado buscando le dijeron: "Maestro ¿cuándo has venido? Te hemos buscado aquí y en el otro lado". Jesús respondió, empezando su enseñanza: "En verdad, en verdad os digo: Vosotros no me buscáis porque habéis visto milagros, sino porque habéis sido saciados de pan. No os preocupéis del alimento perecedero, sino del alimento que llega hasta la vida eterna, que os dará el Hijo del Hombre, pues a Él le ha hecho el Padre acreedor de la fe". Dijo estas cosas más extensamente; en el Evangelio está solo el resumen. Los hombres se decían unos a otros: "¿Qué dice ahora con esto del Hijo del Hombre? También nosotros somos hijos del hombre".

Como les mandara que hicieran obras buenas, preguntaron qué debían hacer para hacer obras de Dios. Jesús les contestó: "Creer en Aquél que Él ha enviado". Continuó enseñando sobre la fe. Ellos preguntaron de nuevo qué milagro iba a hacer para que ellos creyesen. "A nuestros padres, dijeron, dió Moisés el pan del cielo para que creyesen en él, el maná. ¿Qué nos darás a nosotros?" Respondió Jesús: "Yo os digo que no fué vuestro Moisés quien os dió el pan del cielo, sino mi Padre os da el verdadero pan del cielo; puesto que el pan de Dios es Éste que ha venido del cielo y da la vida al mundo". Sobre esto enseñó luego más claramente, y algunos dijeron: "Señor, dadnos siempre de este pan". Otros decían: "Su Padre nos da pan del cielo... ¿Qué es esto? Su padre José está muerto..." Jesús lo explicó más claramente, en diversas formas; pero muy pocos lo entendieron, porque se creían prudentes y entendidos. Dejó de hablar de esto y pasó a las Bienaventuranzas y al Padrenuestro, sin decir aún que Él era el pan de la vida. Los apóstoles y los más antiguos

discípulos no preguntaron nada y estuvieron reflexionando; algunos entendieron, otros pidieron explicaciones entre ellos mismos. Al día siguiente continuó Jesús su predicación en la altura detrás de la casa de Pedro. Había algunos miles de personas que se iban turnando, pasando los de atrás adelante para oír mejor. Jesús a veces cambiaba de sitio, yendo de un grupo a otro, repitiendo la explicación con gran paciencia y amor. Entre los oyentes había muchas mujeres algo apartadas y con velo. Los fariseos iban y venían y se soplaban unos a otros sus dudas y sus malignas insinuaciones.

Hoy dijo Jesús claramente: "Yo soy el Pan de vida; el que viene a Mi no tendrá hambre y quien está en Mi no tendrá sed. Aquél a quien el Padre le envía, vendrá a Él, y Él no lo desechará. Él ha venido del cielo, no para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre. Es voluntad de mi Padre que Yo no pierda a los que me ha dado, sino que los resucite en el último día. Es voluntad de mi Padre que quien ve al Hijo y cree en Él, tenga la vida eterna y Él lo resucitará en el último día". Había muchos que no entendieron y decían: "¿Cómo puede Él decir que ha venido del cielo, si es el hijo del carpintero José? Su Madre y sus parientes están entre nosotros y conocemos a los padres de su padre José. Él dice que Dios es su Padre y luego dice que es el Hijo del hombre". Así murmuraban entre ellos. Jesús les dijo que no murmurasen; por sí mismos no podrían venir a Él; el Padre que lo ha enviado a Él, es el que debe traerlos a Él. Esto tampoco pudieron entenderlo y preguntaron qué significaba eso de que el Padre tenía que traerlos; pensaban en un sentido material. Jesús les respondió: "Está escrito en los profetas: serán todos enseñados por Dios. Quien oye al Padre y lo entiende, vendrá a Mi". Dijeron otros: "¿No estamos acaso con Él? Y con todo no lo hemos oído ni aprendido del Padre". Explicó Jesús: "Nadie ha visto al Padre, sino aquél que es de Dios. Quien cree en Mi tiene la vida eterna. Yo soy el Pan bajado del cielo, el Pan de la vida". Replicaron: "No conocemos otro pan del cielo que el maná". Les respondió: "Éste no es el pan de la vida, porque vuestros padres, que lo comieron, murieron todos, a pesar de haberlo comido. Aquí está el Pan que vino del cielo y el que come de este Pan no morirá. Yo soy el Pan vivo y el que come de él vivirá eternamente". Todas estas enseñanzas fueron con explicaciones y exhortaciones y con pruebas de los profetas y de la ley; pero la mayoría no lo admitía; todo lo tomaban en sentido material, y preguntaban: "¿Có-

mo se entiende eso de comer de Él para vivir eternamente? ¿Quién puede vivir eternamente y quién podrá comerlo a Él? Enoch y Elías fueron sacados de la tierra y decimos que no murieron; también de Malaquías no se sabe donde reposa y no se sabe de su muerte; pero fuera de éstos, todos los hombres han de morir". Jesús les preguntó si sabían donde estaban Enoch, Elías y Malaquías. Él sabía donde estaban. Y añadió si sabían lo que Enoch había creído y lo que Elías y Malaquías habían profetizado. Luego les explicó muchas cosas de estos dos profetas.

Había entre los oyentes un murmullo de disputas y de preguntas. Muchos de los discípulos nuevos y discípulos de Juan recién venidos erraban ya en sus pensamientos. Eran de los que habían completado el número de los 72, pues antes Jesús no tenía más que treinta y seis discípulos. Las mujeres eran ahora treinta y cuatro; pero luego, contando otras que estaban al servicio de éstas, como sirvientas o guardianas de las posadas, eran unas 70. Jesús enseñó de nuevo al pueblo delante de la ciudad, pero no habló del pan de vida sino de las Bienaventuranzas y del Padrenuestro. La multitud era muy grande. Como la mayoría de los enfermos ya habían sido curados, no había tanta confusión y tumulto; el traer y llevar los enfermos era lo que siempre causaba desorden y movimiento, porque deseaban siempre ser los primeros para poder retirarse primero. Todos, especialmente algunos discípulos de Juan, están ahora alterados, en expectativa, ante la conclusión de la enseñanza sobre el Pan de la vida.

XI

Jesús habla en la sinagoga del Pan de la vida

Como Jesús en el Sábado enseñase en la sinagoga la lección del día, comenzaron a preguntarle sobre el pan de la vida: ¿Cómo podía Él llamarse el Pan de la vida que viene del cielo, siendo que todos sabían de donde era Él? Jesús volvió a repetir lo que había dicho. Los fariseos traían siempre las mismas objeciones; y como hablando se decían hijos de Abrahán y de Moisés, preguntaban cómo podía Él llamar a Dios su Padre? Él les preguntó cómo podían ellos llamarse hijos de Abrahán y a Moisés su maestro siendo que ellos no observaban ni los mandatos ni la vida de Abrahán ni de Moisés. Les mostró claramente su mala vida y su proceder lleno de hipocrecía, de modo que quedaron avergonzados e irritados. Después continuó hablando

del Pan de la vida y dijo: "El pan que yo os daré es mi carne, que entregaré para la vida del mundo". Entonces se levantó un murmullo. Decían: ¿Cómo puede Él darnos su carne para comida? Jesús continuó mucho más extensamente de lo que está en el Evangelio: "Quien no come mi carne y no bebe mi sangre, ése no tendrá vida en sí mismo. Quien lo hace tendrá la vida eterna y lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí y Yo en él. Como mi Padre me ha mandado y como Yo vivo por mi Padre, así quien me come vivirá por Mí. Aquí está el Pan venido del cielo: no un pan como el maná que vuestros padres comieron y murieron. Quien come de este Pan, vivirá eternamente".

Todo lo explicaba con los profetas, especialmente sobre Malaquías, y mostró el cumplimiento de ellos en Juan el Bautista, del cual habló largamente. Como preguntaran cuándo les daría de ese pan de vida, les señaló el tiempo, diciendo: "A su tiempo", y dió un tiempo en semanas con una manera particular de expresarse. Yo hice la cuenta, según eso y resultó un año, seis semanas y algunos días. Todos estaban muy excitados y los fariseos trataban de aumentar la rebelión latente. Jesús volvió a hablar de lo mismo en la sinagoga y luego enseñó sobre la sexta y séptima petición del Padrenuestro, y el sentido de: "Dichosos los pobres de espíritu". Declaró: los que son sabios, que no lo sepan, y los ricos sean como si no lo fuesen. Murmuraron de nuevo diciendo: "Si uno no lo sabe, no lo puede usar". Él volvió a decir: "Dichosos los pobres de espíritu: que se sientan pobres y sean humildes delante de Dios, del cual viene toda sabiduría y fuera del cual toda ciencia es una calamidad". Como volvieron sobre lo dicho: del pan de vida, de comer su carne y beber su sangre, preguntaban nuevamente. Jesús repitió su enseñanza más terminantemente. Murmuraron muchos de sus discípulos y dijeron: "Duro es este hablar ¿y quién lo puede oír?" Él les dijo que no se escandalizaran, que aún verían otras cosas más graves, y les dijo claramente que lo perseguirían y que aún los más fieles lo abandonarían. Entonces se entregaría en las manos de sus enemigos, que lo matarían; pero que Él no abandonaría a los que habrían huído, sino que su espíritu estaría con ellos. Esto de entregarse en los brazos de sus enemigos, era como decir abrazar a esos enemigos o ser estrechado por ellos; no alcanzo a dar ahora el sentido verdadero. Se refería al beso de Judas y a su traición.

Como ellos se escandalizaran aún más, les dijo: “¿Qué será entonces cuando veáis al Hijo del Hombre subir allá de donde ha venido? El espíritu es el que vivifica, la carne no aprovecha nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Hay entre vosotros algunos que no quieren creer; por eso os dije: ninguno puede venir a Mi si no le es dado por mi Padre”. Después de estas palabras se produjo en la sinagoga un murmullo y unos treinta de los discípulos más nuevos y de los venidos del Bautista se pasaron al lado de los fariseos y murmuraron con ellos. Los apóstoles y discípulos más antiguos se acercaron más a Jesús. Jesús dijo en alta voz: “Es bueno que éstos muestren de qué espíritu son, antes que puedan causar mayores daños”. Cuando Jesús abandonó la sinagoga, quisieron los fariseos y los discípulos apóstatas detenerlo y disputar con Él sobre esas cosas; se habían entendido en ese sentido y pretendían pedirle explicaciones. Los apóstoles, sus discípulos fieles y sus amigos lo rodearon, y así pudo librarse de esa molestia, entre el clamoreo de los contrarios: “He ahí lo que es... Ya no necesitamos saber nada con Él; se ha mostrado para todo hombre inteligente que es un loco. Pretender que se coma su carne... que se beba su sangre... Decir que viene del cielo... que subirá al cielo...”.

Jesús anduvo con los suyos, que se separaron en diversas direcciones, hacia la vivienda de Zorobabel y de Cornelio, en la altura norte de la ciudad y a través del valle, y cuando se encontraron juntos en un determinado punto, siguió enseñando. Como preguntara Jesús si también ellos lo querían dejar, habló Pedro por todos diciendo: “Señor ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y conocemos que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. Jesús contestó, entre otras cosas: “Yo os he elegido a vosotros doce, y entre vosotros uno es diablo”.

María había estado con otras mujeres en el último sermón de la montaña y en la sinagoga. De todo lo que había oído en estos últimos días había tenido interior luz para conocer el significado de todas estas cosas; pero como la Segunda Persona de la Santísima Trinidad había tomado carne en Ella y hecho Niño, del mismo modo estas cosas estaban como ocultas en la humildad y reverencia de su amor maternal a Jesús. Cuando Jesús habló más claramente que nunca, para escándalo de estos ciegos fariseos, he visto a María rezando en su cámara y en la contemplación silenciosa del saludo del ángel y del nacimiento y las maravillas de su maternidad y de la niñez de Jesús-Dios. Veía a su

Hijo como Hijo de Dios y le sobrevino tanta humildad y confusión que se deshacía en lágrimas de ternura. Todas estas contemplaciones se ocultaban de nuevo en el sentimiento de su amor maternal hacia su divino Hijo, como las apariencias del pan ocultan al Dios vivo en el Santísimo Sacramento.

Cuando se separaron esos discípulos de Jesús he visto en cuadro los dos reinos: el reino de Cristo y el de Satanás. He visto la ciudad de Satanás y la prostituta de Babilonia, sus profetas y profetisas, sus obradores de portentos y apóstoles, todo en mayor esplendor y mayor riqueza y aparato que el reino de Cristo. Reyes y emperadores y aún muchos sacerdotes se encaminaban hacia Satanás en carros y caballos. Satanás tenía un espléndido trono.

El reino de Cristo sobre la tierra lo he visto pobre e insignificante, lleno de sufrimientos y de penas, y a María como Iglesia, y a Cristo en la cruz, también como Iglesia, y que se entraba en ella a través de las llagas de su sagrado Costado.

XII

Jesús en Dan y en Ornitópolis

Cuando Jesús caminaba desde Cafarnaúm hacia Caná y Cydessa con sus apóstoles y discípulos he visto que en las cercanías de Gischala reunió a los doce en tres hileras y a cada uno le fué diciendo su temperamento natural y sus inclinaciones. En la primera fila estaban Pedro, Andrés, Juan, Santiago el Mayor y Mateo; en la segunda, Tadeo, Bartolomé, Santiago el Menor y el discípulo Judas Barsabás, y en la tercera, Tomás, Simón, Felipe y Judas Iscariote. Cada uno oyó de Jesús lo que pensaba en su interior y esperaba, y todos quedaron muy conmovidos. Jesús tuvo luego un largo discurso sobre las penas y los sufrimientos de su misión y repitió: "Entre vosotros hay un diablo". Estas hileras no fueron sometidas unas a otras, sino sólo ordenadas según carácter y dotes personales. Judas Barsabás, discípulo, estuvo entre los apóstoles, y así habló Jesús de él y de su modo de ser, puesto en la segunda hilera.

Yendo adelante les instruyó como debían hacer en las curaciones y echar los demonios, para que lo imitaran en el modo de proceder que Él tenía en esos casos. Les dió la fuerza y la potestad de hacer con la imposición de las manos y ungir precisamente lo que Él hacía. Esta entrega del poder fué sin imposición de las manos, pero fué verdadera entrega de una potestad. Estaban

en derredor de Él y he visto rayos de diversos colores salir de Él e ir a los apóstoles y discípulos según la potestad recibida y las disposiciones particulares de ellos mismos. Ellos dijeron: "Señor, sentimos una fuerza en nosotros; **tus** palabras son **verdad y vida**". Desde ese momento sabía **cada** uno como debía proceder en las curaciones sin pensarlo ni deliberarlo cada vez.

Jesús llegó con todos los suyos a Elkese, a una hora y media de Cafarnaúm y celebró el Sábado en la sinagoga, donde ocurrió la lectura de la construcción del templo de Salomón. Recuerdo que dijo que los apóstoles y discípulos eran como los maestros de obra que deben, sobre los montes, aserrar y cortar cedros y maderas. Habló de los adornos interiores del templo. Después de la sinagoga, donde había muchos fariseos, **fué** invitado a una comida. Se comió en una sala abierta. Muchas personas estaban alrededor para oír lo que se conversaba y muchos pobres fueron obsequiados con alimentos. Como observaran los fariseos que los discípulos se pusieron a la mesa sin lavarse las manos, se lo reprocharon a Jesús, porque sus discípulos no observaban las tradiciones de sus mayores y no cumplían con esas purificaciones. Jesús les preguntó por qué ellos no cumplían los mandamientos y, contra sus tradiciones, no honraban al padre y a la madre. Les reprochó su hipocrecía con sus lavajes exteriores. Con estas disputas terminó la comida, pero Jesús habló aún al pueblo que se había amontonado: "Oíd y entended; nada de lo que entra por la boca del hombre desde afuera mancha al hombre; lo mancha lo que sale del interior del hombre. Quien tiene oídos para oír, oiga". Llegados al albergue y estando solos dijeron los discípulos que estas palabras habían escandalizado a los fariseos. Jesús les dijo: "Toda planta que mi Padre no ha plantado será arrancada de raíz. Dejadlos, son ciegos y guía de ciegos; cuando un ciego guía a otro ciego, ambos caen en la fosa". Cuando Jesús en la tarde siguiente terminó su enseñanza en la sinagoga, levantaron los fariseos de nuevo sus observaciones porque los discípulos no observaban los ayunos. Jesús les reprochó su falta de caridad y su egoismo, diciendo: "Los discípulos comen después de mucho trabajo cuando otros les dan; cuando los otros no tienen, ellos dan lo suyo y Dios lo bendice". Trajo a colación la multiplicación de los panes diciendo que allí los discípulos dieron lo que necesitaban ellos y preguntó si ellos hubieran hecho lo mismo que los apóstoles, que dieron sus panes y sus peces a los hambrientos.

De aquí partió Jesús con sus apóstoles y discípulos a través de la fortaleza y ciudad levítica de Kades-Neftalí, edificada de piedras negras y brillantes hacia la ciudad de Dan, llamada también Lais y Leschem. Durante el camino les habló de la oración. Les explicó el Padrenuestro y les dijo que hasta ahora no habían orado dignamente, que sólo habían pedido, como Esaú, sobre la grosura de la tierra; que debían pedir, como Jacob, el rocío del cielo, dones celestiales, la bendición de la inteligencia, el reino según la voluntad de Dios, y no como se imaginaban ellos ese reino. Aún los paganos no hacen su oración por bienes materiales solos, sino por riquezas espirituales. La ciudad de Dan, al pie de una montaña alta, es muy extensa, debido a los jardines de que está provista casi cada casa; todos trabajan en sus huertas; cosechan hierbas y frutas de toda clase, kalmus, mirra, bálsamo, algodón y muchas especias olorosas, con las cuales comercian con los tirios y sidonios. Los paganos viven aquí más mezclados que en otros lugares. Aunque es una región tan hermosa y fértil, había muchos enfermos. Jesús enseñó con los discípulos en un albergue en medio de la ciudad. Los apóstoles y discípulos habían estado aquí en su última misión, habían contratado este albergue y lo habían arreglado para este fin. Entre apóstoles y discípulos eran aquí treinta personas. Los que habían estado antes y a quienes se dirigían los hombres por ayuda, llevaban a Jesús a diversas casas de enfermos; los demás se esparcieron por los alrededores. Pedro, Juan y Santiago quedaron con Jesús. Sanó enfermos de varias clases: hidrópicos, melancólicos, endemoniados, leprosos, e tropeados, muchos ciegos y otros con hinchazones en la cara y miembros. Ciegos y baldados había muchos, especialmente entre los trabajadores. Esta ceguera provenía de la picadura de un pequeño insecto que volaba en grandes cantidades. Jesús les indicó una hierba con cuyo jugo debían untarse, que entonces no les picarían esos insectos y les explicó una moraleja sobre el asunto. La hinchazones que solían degenerar en dolorosas quemaduras y llagas, de las cuales morían los atacados, provenían también de un pequeño insecto que se nutría de los árboles, y descendía de ellos por el aire como nubes densas; estos insectos, como hollín de las fábricas, se metían en la piel del hombre y producían una hinchazón. Jesús les mostró otro insecto, como remedio: debían ponerlo, aplastado, sobre la hinchazón y desapa-

recía la enfermedad; este insecto era un gusano blanco como una lombriz de sótanos, con quince puntitos sobre el lomo, del tamaño de un huevo de hormiga y podía enrollarse sobre sí mismo.

XIII

La Sirofenisa

Mientras duraban estas curaciones una señora de edad, algo encorvada, rengueando de una pierna y pagana, iba de una casa a otra buscando ocasión de ver a Jesús; pero no se atrevía por humildad, y desde cierta distancia pedía ayuda; era de Ornitópolis. Jesús evitaba, al parecer, su encuentro, pues ahora sanaba sólo a los judíos enfermos. La acompañaba un criado con un paquete en la mano. Esta señora estaba vestida como extranjera, con ataduras en los brazos y en el cuello de su vestido; sobre la cabeza llevaba una especie de mitra puntiaguda rodeada de una tela de color y estaba cubierta con el velo. Esta señora tenía en casa una hija enferma y endemoniada y esperaba desde hacía tiempo a Jesús. Había venido aquí cuando andaban los apóstoles en estos lugares y ellos se lo recordaban a Jesús. Él contestaba que aún no era el momento, que no quería dar motivo de queja a los judíos, que no quería mostrar preferencia a los paganos sobre los judíos. Por la tarde fué Jesús con Pedro, Juan y Santiago a la casa de un anciano judío, bien intencionado, amigo de Lázaro y de Nicodemo y discípulo secreto de Jesús. Daba mucho de lo suyo para la comunidad, para los albergues; tenía dos hijos y dos hijas de cierta edad, y era un hombre débil por la edad. Los hijos no estaban casados, eran nasireos, llevaban cabellos largos partidos y no se cortaban la barba. Las hijas tenían cabellos largos partidos que se veían debajo del velo. Todos vestían de blanco. El anciano padre, de larga barba blanca, fué llevado por sus hijos a la presencia de Jesús ya que no podía caminar solo. El buen viejo lloraba de emoción, lleno de veneración y alegría. Los hijos lavaron los pies de Jesús y sus apóstoles y le ofrecieron una refección de frutas y pequeños panes. Jesús se mostró con ellos muy familiar y confiado; habló de sus jiras próximas y dijo que no aparecería públicamente en Jerusalén para esta Pascua. No permaneció mucho en la casa. El pueblo había espiado su estadía allí y se había reunido una multitud en el patio. Jesús salió al patio y al jardín y sanó y enseñó entre las paredes que defendían el recinto durante varias horas.

La mujer pagana hacía mucho que estaba allí esperando, a cierta distancia. No se atrevía a acercarse y Jesús tampoco se aproximaba. Ella se contentaba con clamar, como otras veces: "Señor, hijo de David, ten misericordia de mí. Mi hija está atormentada por un demonio impuro". Los discípulos le rogaron consolase a la mujer. Jesús dijo: "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel". La mujer se acercó finalmente, y echándose a los pies de Jesús, exclamó: "Señor, ayúdame". Jesús dijo: "Deja primero que los hijos se sacien. No es conveniente quitar el pan de los hijos y darlo a los perros". La mujer contestó: "Señor, también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de su señor". Dijo entonces el Señor: "Mujer, grande es tu fe; hágase como tú deseas". A la pregunta de si no deseaba ella misma ser sana, pues estaba inclinada hacia un lado, contestó que se creía indigna de ser sanada y pedía sólo por su hija; pero Jesús puso una mano sobre su cabeza y la otra al lado baldado y le dijo: "Enderézate y se cumpla como tú lo deseas; tu hija está libre del demonio". Se levantó la mujer en pie derecha y esbelta, y quedó un instante inmóvil; luego exclamó con las manos levantadas: "Señor, veo a mi hija sana y buena tendida en la cama". Estaba fuera de sí de contenta. Tuviron luego una comida en la casa de los nasireos; estaban presentes alguns levitas de Kades y todos los apóstoles y discípulos que se habían reunido de nuevo en el albergue. Fué una comida abundante, como hacía tiempo que no tenían los discípulos y fueron provistos los pobres del lugar. Jesús volvió muy tarde al albergue. Ayer y hoy se hace la fiesta del novilunio.

Cuando a la mañana siguiente Jesús enseñaba y sanaba bajo las columnatas del mercado, vino la Sirofenisa trayendo a un pariente venido de Ornitópolis: estaba estropeado este hombre del brazo derecho y además era sordomudo. La mujer pidió ayuda para él y le rogó fuese a su ciudad para poder agradecerle allí los favores recibidos. Jesús tomó al hombre a un lado, puso su mano sobre el brazo enfermo, oró, y aquél extendió su brazo sano y bueno. Luego tomó un poco de su saliva, le tocó los oídos, y llevóle la mano sanada a la lengua, miró al cielo y oró; el hombre se levantó al punto, habló y agradeció. Jesús se adelantó al pueblo con el hombre, el cual empezó a hablar perfectamente y en tono profético. Se echó primero a los pies de Jesús y dió gracias; luego se volvió hacia los judíos y los gentiles pronunciando amenazas contra los judíos; nombraba los lugares de las maravillas de Jesús y sus milagros y repro-

chaba la obstinación de los judíos, y añadió: "El alimento que vosotros, hijos de la casa, despreciáis y echáis, lo juntamos nosotros los desheredados, y con ese alimento viviremos y daremos gracias. Con el fruto de las migajas que nosotros juntamos se compensa lo que vosotros dejáis perderse del pan del cielo". En esta forma habló de modo tan maravilloso que todo el pueblo estaba conmovido.

Abandonó Jesús la ciudad y subió con los discípulos y apóstoles a una altura muy apartada de una montaña al oeste de Leschem, donde había una cueva amplia con bancos y asientos. Eran estas cavernas lugares de descanso para viajeros. Caminaron un par de horas y pasaron la noche allí, donde enseñó Jesús de las diversas maneras de sanar, según los casos. Le habían preguntado, en efecto, por qué al mudo le había hecho poner su propia mano en la boca y lo había apartado de los demás. Él los instruyó sobre esto, enseñó sobre la oración y alabó a la mujer pagana que pedía conocimiento de la verdad y no bienes materiales. También les prescribió varias cosas: que salieran de a dos en dos y que enseñasen las mismas verdades que Él les había enseñado. Les dijo que de tanto en tanto se reuniesen y se comunicasen los resultados de la misión y cómo les había ido en ella; que los apóstoles dijeran a los discípulos la parte de la misión que debían cumplir; que durante el camino lo pasaran rezando y hablando de las cosas que iban a enseñar. Haciendo camino llegaron a la ciudad de Hamator que está situada en una altura y tuvieron que fatigarse mucho para llegar, hasta que ascendieron a una altiplanicie desde donde se podía ver el Mediterráneo. Luego descendieron por varias horas y llegaron a un río, que desde el norte de Tiro se echa en el mar y entraron en un albergue del camino a tres o cuatro horas de Ornitópolis.

XIV

Jesús en la ciudad de la Sirofenisa

La Sirofenisa era una mujer respetable en su propia ciudad. Se había ausentado a su casa y preparado para Jesús y sus acompañantes una muy buena recepción. Los paganos acudieron humildes al encuentro de Jesús y de los suyos, los llevaron aparte y les hicieron todos los servicios con mucha humildad y reverencia, teniendo a Jesús por un gran profeta. Al día siguiente subió Jesús con los suyos a una altura, cerca de una pequeña

ciudad pagana, donde había un sitio de enseñanza desde los antiguos tiempos en que algunos profetas habían enseñado. Los mismos paganos tenían este lugar por respetable y lo habían cubierto con una hermosa tienda en el sitio de enseñanza. Había muchos enfermos que se mantenían a distancia, reverentes, esperando que Jesús se acercara a ellos con sus discípulos. Jesús sanó a muchos con llagas, estropeaduras en los miembros, hombres con manos áridas, melancólicos, algo endemoniados, los cuales, librados, salían como de un sueño en que estaban sumergidos. A los que tenían llagas e hinchazones muy graves Jesús les ponía la mano y desaparecía el mal. Hizo traer por los discípulos una planta que crecía allí sobre las desnudas rocas, con hojas gruesas y grasosas; un poco del agua que tenía en un frasco lo hacía poner por los discípulos sobre las llagas sanadas y tenerlo algún tiempo sobre el lugar de la parte enferma. Después de estas curaciones Jesús pronunció un hermoso sermón sobre el llamamiento de los paganos, explicó varios pasajes de los profetas y les dijo que sus ídolos eran vanos como su culto. Después fué con sus discípulos al Noroeste, hacia Ornitópolis, distante unos tres cuartos de hora del mar. Esta ciudad no es grande, pero tiene hermosos edificios; al Este, sobre una altura, se ve el templo de los ídolos. Jesús fué recibido con extraordinario amor. La Sirofenisa hizo arreglar todo ricamente; por humildad y reverencia hizo hacer estos preparativos por las pocas y pobres familias de judíos que viven en el lugar. Toda la región estaba llena de la fama de los hechos acontecidos; de la salud y liberación de la hija, de la salud recuperada de la madre, y especialmente de haber recuperado el habla y el oído el pariente de la Sirofenisa que luego habló proféticamente de Jesús y de las amenazas contra los obstinados. Todos estaban reunidos cerca de la casa: los paganos, por humildad y reverencia, se mantenían a cierta distancia llevando ramas y palmas en la mano; los judíos, en cambio, unos veinte, con algunos muy ancianos que debían ser sostenidos, precedían a los que venían al encuentro de Jesús; el maestro del lugar venía con sus alumnos; las mujeres y las doncellas seguían el cortejo cubiertas con el velo. Para Jesús y sus discípulos se había desocupado una casa cerca de la escuela y la Sirofenisa la había hecho arreglar con hermosos tapices, alfombras, menaje y lámparas. Se les lavó los pies con mucha humildad por los judíos del lugar y se les dió otros vestidos y suelas para los pies, mientras se

les arreglaba, sacudía y limpiaba los propios vestidos. Después estuvo Jesús con el maestro y enseñó en la escuela.

Se preparó una espléndida comida en honor de Jesús en una sala abierta. Fué preparada por la Sirofenisa: esto se veía en todos los detalles del menaje, de los vasos, de la clase de comidas, de las mesas y su disposición, que eran todos del modo que usaban los paganos. Había tres mesas, mucho más altas de lo que acostumbraban los paganos; asimismo eran diferentes los divanes y asientos. Los alimentos estaban preparados en forma de artísticos animales, aves, plantas, árboles, colinas y pirámides; eran en realidad otros de lo que aparecían; así, formas de peces eran en realidad carne, y formas de aves eran peces; corderos compuestos de hierbas y frutas, de harina o de miel. No faltaban corderos asados y toda clase de confituras. En una mesa estaba Jesús con sus apóstoles y algunos judíos ancianos; en otra los discípulos con otros judíos, y las mujeres con los niños comían en otra mesa separada por una cortina. Durante la comida entró la mujer sirofenisa con su hija y sus parientes para dar las gracias. Los criados venían detrás trayendo hermosos regalos en lindos canastillos. La hija se adelantó con un recipiente de ungüento muy apreciado y, cubierta con el velo, lo derramó sobre la cabeza de Jesús, por detrás. Luego retrocedió modestamente hacia su madre. Los criados entregaron los regalos a los discípulos; eran dones de la hija. Jesús agradeció estos regalos. La mujer le dió la bienvenida a su tierra y declaró que sería una alegría para ella si pudiera mostrar no fuera más que su buena voluntad en su indignidad para compensar en algo los muchos disgustos que recibía de las gentes de su nación. Esto lo hacía con gran humildad y desde cierta distancia, como reputándose indigna de acercarse más. Del dinero que venía con los regalos hizo repartir a los pobres del lugar, como también de los alimentos presentados en la mesa.

Esta mujer sirofenisa era una viuda muy rica; su marido había muerto cinco años atrás; había sido propietario de varios buques grandes y tenía mucha gente de mar a su servicio; poseía muchos campos y hasta pequeñas villas. Cerca de aquí hay un resalto dentro del mar donde vive mucha gente formando una población y que pertenece a esta mujer. El marido fue un rico mercader y la senora es muy estimada en la región. Los judíos pobres del lugar casi todos vivían a expensas de esta mujer caritativa. Era muy prudente y bienhechora y dentro de

su paganismo tenía cierta iluminación en su religión pagana. Su hija tendría 24 años de edad y era de hermosa presencia y muy agraciada y crecida. Su vestido era de color variado con collares al cuello y brazaletes en los brazos; había tenido por razón de sus riquezas a muchos pretendientes, pero estaba poseída de un temible demonio; cuando le venían las convulsiones saltaba de su lecho y quería huir, de modo que era necesario vigilarla de continuo y a veces atarla. Cuando le pasaban esos accesos era buena y virtuosa. Era esta situación una espantosa prueba para la madre e hija tan distinguidas, y por eso tenían que tenerla oculta. Ya hacía muchos años que soportaba esta prueba. Cuando la madre volvió a su casa, le salió al encuentro la hija, ya librada, y le dijo la hora en que había sido sanada: la misma en que Jesús le había dicho. Grande fué la alegría de la madre al ver a su hija sana y grande; y la de la hija al ver a su madre derecha y esbelta. Aumentó la alegría de ambas al oír y ver sanado al pariente mudo y sordo y oírse saludar. Estaban por eso llenos de gratitud hacia Jesús y habían preparado esta magnífica recepción. Los regalos eran todos de la hija, los que había recibido en diversas ocasiones desde su niñez de su madre, de sus parientes y especialmente de su padre cuando volvía de sus viajes: era la única hija de este matrimonio. Se trataba de alhajas y preciosidades que suelen regalarse a hijos de familias ricas; había algunos objetos valiosos que habían tenido ya sus antepasados; entre otros, idolillos de piedras preciosas con perlas y adornos de oro; piedras preciosas de mucho valor; vasos de materia preciosa, y pequeñas figuras diversas cuyos ojos eran piedras preciosas refulgentes, como también la boca. Había materias olorosas como ámbar y arbolillos de oro con frutos de piedras preciosas. Era un verdadero tesoro. Algunas joyas yo las calculaba de un valor como de mil táleros (escudos). Jesús dijo que todo se repartiese a los pobres y necesitados, que su Padre celestial lo recompensaría.

El Sábado visitó Jesús a algunas familias judías: daba limosnas, consolaba y exhortaba. Había algunas familias muy pobres y desamparadas. Los reunió a todos en la sinagoga y les habló con mucho cariño y amor, porque ellos se tenían despreciados por los judíos de Judea. Preparó a muchos para el bautismo, y se bautizaron unos veinte hombres en el baño de un jardín; entre ellos estaba el pariente curado de la sirofenisa.

Jesús se dirigió con sus discípulos a la casa de la sirofenisa, que tenía una hermosa vivienda rodeada de jardines y patios.

Fué recibido con mucha solemnidad. Los criados estaban con vestiduras de fiesta y ponían costosas alfombras por donde pasaba Jesús. En el vestíbulo sostenido por columnas se adelantaron la madre y la hija cubiertas con el velo, y se echaron a sus pies, dándole gracias; igualmente el hombre sanado de su mudéz y sordera. En la sala había preparados admirables trabajos de pastelería y frutas sobre preciosas fuentes. Los recipientes eran de vidrio de variados colores y vetas, al parecer fundidos de varias clases en uno. Entre los judíos más ricos había visto alguno que otro de estos vasos preciosos; pero aquí los había en abundancia. En los ángulos y cavidades de las paredes había, cubiertos por cortinas, cierta cantidad de estos vasos. Los alimentos estaban sobre mesitas redondas y de otras formas, que podían unirse y formar una mesa grande. Entre los alimentos vi grandes racimos de uva seca que aún colgaban de sus tallos y estaban en aquellos vasos preciosos; otros frutos parecían colgar de ramas como si fuesen arbolillos. Había una composición en forma de caños con hojas y frutos como uvas, blancos: quizás eran azucarados y parecían coliflores; se desgajaban de su tallo y tenían un gusto exquisito. La planta que servía para formar esta confitura crecía cerca del mar en una posesión de la señora y abundaba en lugares húmedos y pantanosos.

En otro lado de la casa se reunían las criadas, los servidores, amigas de la hija y otros trabajadores. Jesús habló brevemente con ellos. La mujer pidió con humilde insistencia que Jesús visitara a los pobres de Sarepta, como también otros lugares de esta región. Tenía esta mujer mucha prudencia y arte en expresar y exponer sus necesidades. Dijo más o menos: "Sarepta, cuya pobre viuda compartió con Elías todo lo que tenía, es ahora una pobre viuda ella misma y está pobre y hambrienta. Ahora Tú, como el mayor de los profetas, compadécete de esta pobre ciudad. Y a mí, pobre viuda, a quien Tú has consolado y dado todo lo que tengo, perdónale que ella, pobre viuda, te pida por esa otra viuda desamparada". Jesús le prometió ir allá. Le dijo también la sirofenisa que quería edificar una sinagoga y que Jesús le indicase el lugar. No recuerdo que respuesta le dió. Esta mujer tenía talleres muy grandes de tejeduría y tinturería; en lugares cerca del mar, como a distancia de su casa, tenía tiendas donde se veían extendidas muchas clases de tejidos de diversos colores. Tienen allí en mucho aprecio los objetos de ámbar y de esto he visto que eran muchos de

los regalos que recibió Jesús de la hija de la Sirofenisa. La conclusión del Sábado la hizo Jesús en la sinagoga de los judíos, que estaba adornada. Para consuelo de los pobres judíos les dijo que ya no se realizaba lo dicho por el profeta: "Vuestros padres comieron uvas acerbadas y sus hijos tienen ahora sus dientes gastados". El que escucha ahora su voz, hace penitencia y se arrepiente y se hace bautizar, ya no lleva las consecuencias de los pecados de sus padres. Esto consoló en gran manera a los pobres judíos.

Por la tarde del día siguiente Jesús se despidió de la Sirofenisa, la cual con la hija y el pariente sanado le regalaron formas alargadas de oro con provisiones de pan, frutas, bálsamo, miel en canastillos y recipientes con bebidas para el viaje, y enviaron al albergue de Sarepta regalos para los pobres que encontraran. Jesús exhortó a toda la familia, les recomendó a los judíos pobres del lugar y su propia salud y se despidió entre las lágrimas de todos los de la casa que se mostraron muy humildes. Esta mujer está muy iluminada y ya no va al templo de los paganos con su hija, sino que hace según las enseñanzas de Jesús; se une a los judíos en su religión y trata de atraer a otros paganos a su modo de ser. Jesús instruyó a los discípulos en varias cosas referentes a su misión, al orden y deberes a cumplir y donde debían ir. Tomás, Tadeo y Santiago el Menor partieron con los discípulos que no quedaron con Jesús hacia la tribu de Aser. No debían llevar nada consigo. Jesús fué con los otros nueve apóstoles y con Saturnino, Judas Barsabas y otro más y con los judíos del lugar y muchos paganos que le acompañaron a Sarepta. Diez y seis judíos le acompañaban hasta Sarepta. Jesús no entró en la ciudad, que está a dos horas y media al Norte, sino que se dirigió a un grupo de casas donde la viuda de Sarepta habido juntado ramitas cuando llegó Elías. Habitaban este lugar judíos más pobres aún que los de Ornitópolis, que gozaban del favor de la Sirofenisa. Jesús y los suyos tuvieron el albergue pronto por la solicitud de la Sirofenisa y estaban allí también los regalos que Jesús debía distribuir a los pobres. La gente le salía al encuentro con indecible amor y reverencia, y le lavaron los pies. Jesús consoló a hombres, mujeres y niños, y después de haber enseñado se dirigió con diez y seis hombres de Ornitópolis y otros de Sarepta a un lugar distante un par de horas de camino subiendo al Este. Sobre una colina, junto a un poblado de paganos, enseñó a las gentes que lo esperaban; siguió su camino, mientras los hombres de Ornitópolis se vol-

vían a su ciudad. Así andando llegó Jesús al Hermón, que parece la cúspide de las montañas que encierra Galilea. Pasó el Hermón por un alto valle y entró en Rechob, al pie del Hermón, hacia el Sudoeste, debajo de Baal-Hermón, gran ciudad y con sus templos de ídolos, cuyos edificios miran hacia la pequeña Rechob, al pie de la montaña.

XV

Jesús en la ciudad de Gessur

Desde Rechob se dirigió Jesús, unas siete horas al Noreste, a la ciudad de Gessur, donde se albergó entre los publicanos, de los cuales hay muchos en esta ciudad, o, mejor dicho, en el camino que lleva a Damasco. Gessur es una ciudad grande y hermosa. Veo muchos soldados romanos. Los paganos y judíos viven separados en la misma ciudad, aunque en el trato común se llevan bien unos y otros, razón por la cual estos judíos son despreciados por los de otras regiones. De Gessur habían ido muchos judíos y paganos al sermón del monte y oído las Bienaventuranzas. Algunos enfermos habían sido ya curados por los apóstoles enviados por Jesús. Se encontraba aquí un ciego que había recobrado la vista durante la enseñanza de Jesús en la multiplicación de los panes. El marido de María Sufanitis era de aquí; ahora vive con ella en Ainón. Absalón había vivido aquí algún tiempo cuando huyó de su padre David; pues su madre Maacha era hija de un rey de este lugar de nombre Tolmai.

El apóstol Bartolomé, que vino a esta misión, es descendiente de esta familia real. Su padre tuvo mucho tiempo los baños de Betulia; después se trasladó a Caná y de allí a las posesiones que compró en el valle de Zabulón. Por eso se hizo Bartolomé ciudadano de este lugar. En Gessur tenía todavía, por parte de la madre, a un tío muy anciano, que era pagano y poseía muchas riquezas. Este anciano vivía en una gran casa en medio de la ciudad y se hizo llevar al albergue donde estaba Jesús con los publicanos. Allí enseñaba Jesús sobre una terraza donde estaban amontonadas las mercaderías, que aquí eran controladas y pagaban los impuestos. Este anciano habló con los apóstoles, especialmente con su sobrino, e invitó a Jesús a una comida. Todo el pueblo oyó la predicación de Jesús, hombres, mujeres y niños; mezclados los paganos con los judíos del lugar. Comió con los publicanos en compañía de otros muchos. Fue una maravilla ver a estos publicanos ordenar sus riquezas

para repartir parte de ellas a los pobres. Cuando Jesús fué a la casa del tío de Bartolomé fué recibido solemnemente, con alfombras a sus pies, se le preparó una gran comida al estilo pagano en los alimentos y en el modo de presentarlos. Los paganos adoraban aquí a un ídolo de varios brazos con un canastillo de espigas sobre la cabeza. Muchos, en cambio, seguían la religión de los judíos y otros las enseñanzas de Jesús; algunos de ellos habían sido bautizados por Juan y otros por los discípulos y apóstoles en Cafarnaúm. Los publicanos repartían ahora parte de sus riquezas a los pobres; en la plaza donde Jesús enseñaba había grandes montones de trigo que daban a los pobres; repartían también algunos campos a pobres trabajadores y esclavos y reparaban todas las injusticias que habían cometido.

Cuando Jesús volvió a la casa del publicano y enseñaba delante de judíos y paganos, acudieron algunos fariseos de otras partes y reprocharon a Jesús que viviera y tratara con los publicanos e infieles. El anciano tío de Bartolomé con otros diez y seis hombres fueron bautizados en una fuente de un jardín. Las aguas procedían de un pozo de la ciudad situado muy alto, por canales dirigidos hasta el jardín. Judas Barsabás bautizaba. El jardín estaba muy bien adornado; todo se hizo con mucha solemnidad; se repartió mucho a los pobres, y el anciano tío de Bartolomé dió grandes limosnas. Jesús enseñó por la conclusión del Sábado en la sinagoga, se despidió de todo el pueblo delante de la oficina del publicano, repartió limosnas a los pobres, y acompañado de mucho pueblo se dirigió, a cinco horas de allí, a un lugar de pescadores en el lago Phiala, situado en la montaña a unas tres horas de camino al este de Paneas. Llegó muy tarde y se hospedó con el maestro de la escuela, la mayoría eran judíos. El lago Phiala mide una hora de camino, tiene riberas playas, aguas claras y se pierde en una montaña. Se ven canoas sobre sus aguas. La comarca tiene campos de trigos y hermosas praderas, donde pacen camellos, asnos y ganado; veo árboles de castañas. De este y del otro lado hay varias aldeas de pescadores judíos, cada una con su escuelita. Jesús enseñó en estas escuelas y fué luego a visitar algunas casas y chozas de pastores. Juan Bautista estuvo también aquí algún tiempo.

I N D I C E

Cuarta Parte

VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTISIMA

EPOCA QUINTA

*Desde la segunda fiesta de los Tabernáculos
hasta la primera conversión de la Magdalena*

	<i>Pag</i>
Capítulo	
I. - Jesús en Ainón. María de Suphan	9
„ II. - La fiesta de los Tabernáculos	11
„ III. - Las confesiones judaicas	12
„ IV. - Conversión de una adúltera	15
„ V. - Jesús en Akrabis y en Sillo	18
„ VI. - Jesús en Korea	20
„ VII. - Jesús en Ophra	24
„ VIII. - Jesús en Salem y en Aruma	26
„ IX. - La fiesta de la dedicación del templo de Sa- lomón	29
„ X. - Jesús entre los pobres y humildes	31
„ XI. - Jesús en Aser-Michmethath	34
„ XII. - Jesús es casa de Obed	35
„ XIII. - Jesús en Meroz	39
„ XIV. - Judas Iscariote se une a los discípulos	41
„ XV. - Jesús sana enfermos en Meroz	44
„ XVI. - Judas Iscariote es presentado a Jesús	45
„ XVII. - Enseñanza de Jesús en el monte de Meroz ..	46
„ XVIII. - La viuda de Lais y sus hijas	47
„ XIX. - Jesús en el poblado de Iscariot	50
„ XX. - Jesús en Dothan	52
„ XXI. - Comida en casa de Isacar. El apóstol Tomás ..	55
„ XXII. - Mensajeros de Juan Bautista	56
„ XXIII. - Los fariseos y saduceos se irritan contra Je- sús	58
„ XXIV. - Jesús se dirige desde Dothan a Endor	59
„ XXV. - Jesús en Abez y en Dabrath, junto al Tabor .	63
„ XXVI. - Saúl y la pitonisa de Endor	64
„ XXVII. - Dabrath. Conversión de una adúltera	66
„ XXVIII. - Juegos a la conclusión del Sábado	69
„ XXIX. - El pagano Cyrino, de Chipre	71
„ XXX. - Jesús se dirige a Gischala, lugar de naci- miento de Pablo	73
„ XXXI. - Curación del hijo de un capitán pagano	75
„ XXXII. - Primera conversión de Magdalena	77

		<u>Pág.</u>
Capítulo	XXXIII. - La predicación de Jesús en la montaña de Gabara	80
„	XXXIV. - Sentimientos de Magdalena	82
„	XXXV. - Comida en casa de Simón Zabulón	84
„	XXXVI. - Magdalena recae en su vida desordenada ..	86

EPOCA SEXTA

Desde la conversión definitiva de la Magdalena hasta la degollación de Juan Bautista

Capítulo	I. - El centurión Cornelio	91
„	II. - Carácter de las curaciones de Jesús	93
„	III. - Jesús enseña por medio de parábolas	97
„	IV. - Resurrección del hijo de la viuda de Naím ..	98
„	V. - Jesús en Megiddo	103
„	VI. - Jesús responde a los mensajeros del Bautista	106
„	VII. - Jesús abandona Megiddo. Curación de un leproso	107
„	VIII. - En la sinagoga de Cafarnaúm	111
„	IX. - Resurrección de la hija de Jairo	114
„	X. - Bautismo de varios paganos	116
„	XI. - Jesús enseña por primera vez desde la barca de Pedro	117
„	XII. - Postrer llamado de Pedro, Andrés, Santiago y Juan	120
„	XIII. - La tempestad calmada	121
„	XIV. - Jesús sana muchos enfermos en Cafarnaúm	123
„	XV. - Mensaje de Juan a la sinagoga	125
„	XVI. - Jesús enseña en la sinagoga de Cafarnaúm	127
„	XVII. - La pesca milagrosa	128
„	XVIII. - El Sermón de la Montaña	131
„	XIX. - Curación del hombre enfermo de gota	133
„	XX. - Segunda curación de la hija de Jairo	134
„	XXI. - Jesús da la vista a dos ciegos y sana a un fariseo	137
„	XXII. - “Bienaventurados los puros de corazón”	139
„	XXIII. - Jesús en Gergesa	142
„	XIV. - Jesús echa los demonios en los cerdos	145
„	XXV. - Jesús en la sinagoga de Gergesa	149
„	XXVI. - El endemoniado mudo y ciego	151
„	XXVII. - Jesús visita a Jairo	154
„	XXVIII. - Misión de los apóstoles y discípulos	156
„	XXIX. - Jesús en Bethanat-Gálgala	159
„	XXX. - Jesús en Elkese y en Saphet	161
„	XXXI. - Jesús en Kirjathaim y Abram	165
„	XXXII. - Jesús en las bodas de Abram	171
„	XXXIII. - Jesús enseña en Azanoth. Marta y Magdalena	173

	<i>Pag</i>
Capítulo XXXIV. - Sermón de Jesús y conversión definitiva de Magdalena	175
„ XXXV. - Jesús en Gatepher	179
„ XXXVI. - Jesús en Kisloth y Nazaret	180
„ XXXVII. - Jesús no sana a los enfermos de Nazaret por culpa de los fariseos	182
„ XXXVIII. - Jesús en una colina junto al Tabor	183
„ XXXIX. - Jesús en Sunem	185
„ XL. - Decapitación de Juan Bautista	187
„ XLI. - Jesús es Thenat-Silo y en Antipatris	192
„ XLII. - Jesús en Bethorón y en Betania	197
„ XLIII. - Jesús llora sobre Jerusalén	199
„ XLIV. - Jesús en Juta. Da a conocer la muerte de Juan Bautista	201
„ XLV. - El bosque de Mambre con la cueva de Machpelah	203
„ XLVI. - Jesús predica en la sinagoga de Hebrón	205
„ XLVII. - Jesús habla de Juan Bautista	206
„ XLVIII. - Jesús en Libna y en Bethzur	209
„ XLIX. - Rescate y sepultura del cuerpo de Juan	211
„ L. - Noticias de los esenios y sus creencias	214
„ LI. - Buscan y encuentran la cabeza de Juan Bautista	215

EPOCA SEPTIMA

Desde la segunda Pascua hasta el regreso de la isla de Chipre

Capítulo I. - Jesús en Betania y en Jerusalén	219
„ II. - Curación del hombre con 38 años de enfermedad	220
„ III. - Jesús sana a muchos enfermos en Jerusalén	222
„ IV. - Jesús enseña en el templo de Jerusalén	224
„ V. - Jesús en Lebona y en Thirza	225
„ VI. - Jesús predica en la sinagoga de Thirza	229
„ VII. - Jesús en Cafarnaúm y en los alrededores ..	231
„ VIII. - Jesús multiplica los panes para cinco mil oyentes	236
„ IX. - Jesús camina sobre las aguas	239
„ X. - Jesús habla del Pan de la vida	242
„ XI. - Jesús habla en la sinagoga del Pan de la vida	244
„ XII. - Jesús en Dan y en Ornitópolis	247
„ XIII. - La Sirofenisa	250
„ XIV. - Jesús en la ciudad de la Sirofenisa	252
„ XV. - Jesús en la ciudad de Gessur	258

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

**SEGUN LAS ANOTACIONES DE CLEMENTE BRENTANO,
BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER**

**Versión castellana del
R. P. José FUCHS, S. D. B.**

**TOMO TERCERO
LIBRO II**

***VISIONES DE LA VIDA DE JESUCRISTO
Y DE SU MADRE SANTISIMA***

(CONTINUACION)

México, D. F.

E P O C A S E P T I M A

**Desde la segunda Pascua hasta el regreso
de la isla de Chipre**

XVI

Jesús va a la ciudad de Nobach

Desde aquí se dirigió Jesús con Juan, Bartolomé y otros discípulos al Sur, a tres horas de camino, a la ciudad de Nobach, una de la Decápolis. Judíos y paganos viven en las dos partes de la ciudad que tienen distintos nombres. Estas ciudades de los alrededores están edificadas con piedras negras y brillantes. Jesús enseñó en Nobach y en otras aldeas cercanas. Estaban con Él, Juan y Bartolomé, mientras los demás apóstoles y discípulos se habían desparramado, evangelizando los alrededores. Jesús preparó a algunos mientras Bartolomé bautizaba. En este lugar había agua negruzca y poco limpia; la hacían correr a otros recipientes de piedra donde la aclaraban y luego a otros cubiertos, donde la conservaban. Los apóstoles echaban el agua que traían consigo y Jesús bendijo esas aguas antes del bautismo. Los catecúmenos se hincaban de rodillas inclinando la cabeza hacia la fuente.

Los paganos recibieron a Jesús en Nobach con mucha solemnidad. Le salieron al encuentro con palmas y ramas verdes, ponían tapetes y alfombras bajo sus pies y corrían delante de Él para volver a poner las alfombras que había pisado. En la ciudad de los judíos lo recibieron los rabinos, que eran fariseos. Jesús enseñó en la sinagoga. Era el Sábado de la fiesta del Purim. Luego hubo una comida en la sala de fiestas, donde los fariseos volvieron a discutir y a reprochar que los apóstoles recogían algunas frutas en el camino para comerlas y arrancaban espigas de trigo de los campos. Jesús contó la parábola de los trabajadores de la viña y la del rico Epulón y el pobre Lázaro. Jesús echó en cara a los fariseos que no invitaban a los pobres como era costumbre y ellos se excusaron diciendo que sus entradas eran muy exiguas. Preguntó si habían preparado esta comida para Él y en su honor, y como dijese que sí, Jesús depositó ante sus ojos cinco placas gruesas de formas triangulares, unidas por una cadenita, que eran monedas de oro, y dijo que repartiesen su valor a los pobres. Mandó buscar por medio de los discípulos a muchos pobres, los hizo sentar a la mesa y les dió alimentos. Jesús enseñaba, consolaba y repartía alimentos a los pobres. Ese dinero era quizás el que se acostumbraba dar al templo o algún regalo de los que se hacían en estos días de Purim. También aquí había la costumbre de regalarse unos

a otros frutas, panes, trigo y vestidos. En este día se leía en rollos escritos especiales de la historia de Ester y se leía a los enfermos que estaban en sus casas. Jesús fué dando vueltas por las casas de enfermos y ancianos leyendo el libro de Ester y sanando algunos.

He visto en este día fiestas y representaciones hechas por las doncellas y mujeres que en esta fecha adquirirían grandes derechos en la ciudad. He visto como vinieron en corporación ante el recinto de la sinagoga, teniendo entre ellas a una coronada como reina y regalaban a los sacerdotes hermosas vestiduras sacerdotales y objetos del culto. En el jardín también tuvieron sus fiestas y elegían de entre ellas, ya a una, ya a otra, como reina y la deponían luego. Tenían una figura, un muñeco, que maltrataban y ahorcaban luego, mientras los niños golpeaban con martillos sobre tablas y le gritaban imprecaciones y maldiciones.

XVII

Jesús se dirige a Gaulón y a Recaba

Desde Naboch se dirigió Jesús hacia Gaulón; el camino llevaba por el Oeste a una altura y duró cuatro horas. La ciudad de Gaulón está a un par de horas del Jordán y la habitan judíos y paganos. Jesús se detuvo pocas horas aquí enseñando y sanando enfermos, y se encaminó, por la ciudad de Argos, sobre una altura, hacia la fortaleza de Recaba adonde llegó ya entrada la noche. Descansó con sus acompañantes fuera de la ciudad y esperó la llegada de los otros apóstoles y discípulos, unos quince en total, y entró con ellos en el albergue preparado. Recaba pertenecía a la comarca de los gergesenos y era el punto más septentrional del país y sus habitantes los mejores de ellos. Gaulón era un límite con la región del tetrarca Felipe. La mayor parte de los pobladores habían sido ya bautizados, tanto los judíos como los paganos y sus enfermos habían sido sanados durante el sermón de la montaña. Durante todo el día Jesús estuvo enseñando, consolando y fortificando en la fe. Se había reunido una gran multitud de todas partes por la fiesta del Sábado y además llegó una caravana desde Arabia. Estas gentes traían enfermos, estropeados, ciegos, mudos, sordos, y se empujaban de tal modo que Jesús salió de la sinagoga después del sermón y se retiró con seis discípulos a una montaña. Algu-

nos apóstoles quedaron allí y se esforzaron en poner orden en esa confusión.

Muchos del pueblo siguieron a Jesús y Él enseñó el Padrenuestro, acerca de la manera de orar, de no decir muchas palabras, de no hacerlo en público para ser vistos, de que serían oídos en la oración. Sanó a muchos enfermos allí y volvió más tarde a la sinagoga. En los últimos tiempos había enseñado mucho sobre la oración, tanto en los caminos como en las escuelas. Había algunos discípulos que no habían estado en toda la explicación de las peticiones del Padrenuestro. Habíanle pedido: "Enséñanos a orar, como lo has enseñado a los demás". Les explicó de nuevo estas peticiones previniéndolos contra el rezo de los hipócritas. La ciudad de Recaba está muy alta y tiene una espléndida vista hacia el lago, sobre Genesaret hasta el Tabor. Más alto que la ciudad hay un edificio cuadrado, sobre una roca, con grandes murallas de piedra, y lleno de cámaras y subterráneos: es la fortaleza y se ven soldados allí. Arriba en la planicie se ven también árboles. Desde aquí al lago habrá ~~cinco~~ ~~horas~~ de camino, al Sudoeste; dos o tres horas hacia el monte de las Bienaventuranzas, hacia el Oeste, y unas cinco horas hacia Betsaida-Julias. Habrá siete u ocho horas hasta el lugar donde entraron los demonios en los cerdos. Hacia Cesarea de ~~Filipo~~ ~~nabrá~~ cinco horas de camino; éste pasa por aquí ~~subiendo~~ la montaña para terminar en esa ciudad. Jesús habla mucho en estos días sobre el futuro doloroso que le espera; dice que lo perseguirán en todas partes y lo querrán matar. Una vez dijo que se acercaba su ascensión. Desde la última vez ~~de~~ Cafarnaúm no habló más en público sobre el pan de vida, ~~ni~~ de comer su carne y beber su sangre. Habló esa vez para probar a sus discípulos y apartar a los malos de entre ellos y no tener que llevarlos de un lado a otro.

Las alturas de Recaba son muy hermosas, aunque un tanto salvajes; el Noreste es rocoso y sin vegetación. No hay buena fruta como en Genesaret, pero hay mucho trigo, y sobre las colinas y montañas, excelentes pastos. Veo aquí grandes rebaños de asnos y vacas con gruesas astas y trompas negras levantadas; otras de cabezas más inclinadas y cuernos adelante; y muchas con los cuernos quebrados. Veo también muchos camellos, que parecen pequeños a distancia; duermen de pie, apoyados contra un árbol o una roca. Veo también piaras de cerdos en un monte de árboles parecidos a hayas. Nunca he visto que los judíos o los paganos ahumaran la carne; en cambio, veo

secar al sol y salar pescados. Arriba escasea el agua; recogen la de la lluvia en cisternas y la llevan de un lado a otro por medio de odres y canales.

XVIII

Jesús en Cesarea de Filipo

Desde Recaba se dirigió Jesús con sus acompañantes hacia Cesarea de Filipo adonde llegó a eso del mediodía. El camino hasta allá va siempre en ascenso y es bastante áspero y difícil. Cesarea es muy hermosa; está situada entre cinco colinas; mira de un lado a la montaña; está rodeada de plantaciones, y edificada al estilo pagano, con columnas y pórticos en las calles. Veo aquí siete grandes palacios y muchos templos de ídolos; con todo, los paganos viven separados de los judíos. Delante de la ciudad hay un estanque muy grande y en medio de él una casa, a cuyo alrededor se puede caminar. Brota el agua, llena el estanque y corre al Jordán. En la parte pagana hay un pozo muy bien hecho y un hermoso edificio. Se puede ver la profundidad en el agua clara; creo que viene a través de la montaña, hasta las fuentes de Phiala. Delante de la ciudad veo arcos y pórticos y al agua correr bajo puentes. Jesús fué recibido bien; se lo esperaba, porque las caravanas que pasaron lo habían anunciado. Los parientes de la curada de flujo de sangre le salieron al encuentro hasta el estanque, y Jesús se albergó cerca de la sinagoga, en casa de un fariseo. Acudieron muy pronto enfermos y mucho pueblo.

Los apóstoles sanaron a varios enfermos. Están aquí algunos de los fariseos malintencionados que formaban la comisión que estuvo en Cafarnaúm. Jesús enseñó y sanó en una colina fuera de la ciudad. Traían muchos enfermos de varios lugares, los cuales clamaban a veces: "Señor, manda a alguno de tus apóstoles que nos ayuden". Los fariseos murmuraban porque iba siempre con personas de poca estimación en lugar de rodearse de gente ilustrada. Se repartieron muchas cosas a los pobres, dinero, vestidos, alimentos que proveía Enué, la mujer curada de flujo de sangre que vivía aquí. También el tío de Enué, todavía pagano, daba mucha limosna. Se juntaron de nuevo tres apóstoles y los discípulos que habían sido enviados por Jesús desde Ornitópolis a Tiro, a Chabul y a Aser. Los encuentros son siempre muy tiernos: se dan la mano, se abrazan. Jesús los había citado para reunirse en este lugar. Se les lavó

los pies y tomaron parte en la distribución de alimentos y limosnas a los pobres y en la curación de enfermos.

Jesús se dirigió con sus discípulos, unos sesenta, a casa del tío de Enué, que los recibió solemnemente, al modo pagano, con ramas, palmas y coronas poniendo alfombras a su paso. Este tío vino con Enué y sus hijas que se echaron a los pies de Jesús. Habían venido hasta Cesarea de Filipo por causa de este anciano que quería y deseaba con otros hombres dejar el paganismo, pero no se resolvían por causa de la circuncisión. Habló a solas con Jesús, el cual nunca lo hizo en público contra esta práctica. Tampoco nunca mandó la circuncisión a los paganos convertidos, aunque no decía abiertamente que se dejase. Cuando encontraba con deseos de abandonar el paganismo, les decía que si no se sentían con ganas de incorporarse a los judíos, se hiciesen bautizar y creyesen y practicasen lo que Él enseñaba; así éstos vivían apartados de los paganos sin tomar las costumbres judías, sino que vivían como cristianos, orando, dando limosna y practicando lo que Él les había enseñado. Ni aun con los apóstoles habló Jesús jamás de que dejaran la circuncisión, para no escandalizarlos, y así no recuerdo que en algún momento pudieron los fariseos, que espiaban sus palabras, reprocharle que desechaba la circuncisión, ni aun en el tiempo de su Pasión trajeron esta acusación. En el hermoso interior de la casa, en un patio de árboles, adornado de coronas y guirnaldas, habían tendido telas blancas, a modo de tienda, en cuya abertura superior había una corona de flores. Bajo esta tienda se hizo la ceremonia de los bautismos de estos paganos. Jesús los había adoctrinado antes. Habló en particular con cada uno de ellos, que le abrieron su corazón, confesaron sus pecados, y su fe. Jesús les perdonaba sus pecados y fueron bautizados por Saturnino con el agua de una fuente que Jesús había bendecido antes.

Hubo una gran comida en la cual tomaron parte todos los discípulos y amigos de la casa. Esta comida fué al modo pagano: las mesas eran más altas que entre los judíos; estaban echados sobre altas poltronas, con los pies hacia afuera y con un brazo se apoyaban sobre un rodete de la poltrona. La mesa tenía hendiduras y muescas y cada uno, platos delante. En el centro de la mesa estaban las fuentes grandes con los alimentos. Enué, curada de su mal, aparece ahora muy cambiada, de hermoso aspecto y llena de salud; estaba al lado de su tío, con su hija de veintiún años; se alejaron de la mesa durante la comida

y aparecieron después. A cierto punto de la comida apareció la hija cubierta con el velo, con la madre; se colocaron algo distantes de Jesús. La hija avanzó detrás de Jesús llevando un precioso recipiente blanco con esencias olorosas, lo quebró sobre la cabeza de Jesús. y lo derramó con sus manos sobre los cabellos, a derecha e izquierda, y detrás de las orejas; luego tomó su hermoso velo y formando un bulto con el extremo lo pasó suavemente, secando los cabellos y se alejó. A los pobres se les repartió gran cantidad de alimentos. La casa que habitaba ahora el tío de Enué no era la misma de antes, sino que se había retirado a esta casa, más apartada, para no vivir en medio de los paganos y del culto de los dioses, aunque no estaba la vivienda tampoco dentro del cuartel de los judíos. Enué era hija de un hermano o de una hermana que se habían hecho judíos para casarse con un hombre judío que había muerto ya. Todas sus riquezas las habían heredado de sus padres paganos. Desde el momento que vinieron a habitar aquí los pobres fueron muy favorecidos con el reparto que hizo el anciano de trigo, ropas, mantas y limosnas de todo género.

XIX

Jesús disputa con los fariseos

Cesarea de Filipo está a cuatro horas de distancia de Leshem o Lais de donde vino la Sirofenisa hasta Jesús, más al Este, y no es la misma ciudad. Mientras estaba Jesús en Cesarea tenían los paganos de aquí una fiesta que se refería a la bondad de las aguas junto al pozo. Ofrecían incienso sobre trípodes, delante de un ídolo rodeado de muchachas coronadas de flores. Este ídolo parecía como si estuviesen sentadas tres o cuatro figuras unidas por las espaldas. Tenía cabezas, manos y pies; los codos estaban pegados al cuerpo y las manos extendidas. El pozo derramaba agua hacia todos los lados de una fuente, y de un lado corría hacia un lugar cerrado con galerías donde había cisternas para baños. Cuando terminó la fiesta Jesús preparó a varios judíos para el bautismo, que llevaron a cabo los discípulos. Después, con varios discípulos, se dirigió Jesús a la casa de Enué y de su anciano tío; se despidió de esta buena gente que derramaba lágrimas de gratitud y humildad mientras mandaban cantidad de regalos, panes, trigo, vestidos y mantas fuera de la puerta de la ciudad, donde Jesús se detuvo enseñando

a los viajeros de las caravanas y repartiendo estos regalos entre los necesitados y los pobres. Este ejemplo de caridad siguieron otros piadosos judíos y los recién bautizados, los cuales medían trigo para repartir a los pobres, como también telas, mantas y panes. De este modo fué este un día de alegría para los pobres. Fué invitado Jesús por los fariseos, con modos muy corteses, a ir a la sinagoga y aclararles varios puntos doctrinarios. Mucho pueblo los siguió.

Los fariseos habían pensado toda clase de preguntas capciosas sobre el divorcio. Aquí se practicaba mucho el negocio de los divorcios. Jesús había reprochado a unos, y a otros los había reconciliado. Empezaron a discutir en mala forma con Jesús y le echaron en cara de que permitiese a sus apóstoles tales o cuales cosas. Se había presentado un joven a ellos acusando a Jesús. Este joven era rico y se había ofrecido varias veces como discípulo a Jesús, siendo rechazado siempre. Otras veces le impuso Jesús ciertas condiciones: que dejase padre y madre, diera sus riquezas a los pobres, y otras cosas más. Se había presentado de nuevo a Jesús, pero quería conservar sus riquezas y administrarlas. Jesús nuevamente lo había rechazado. Los fariseos reprochaban a Jesús que imponía cosas imposibles, demasiado difíciles. Este joven dijo además varias cosas que decía haber oído predicar a Jesús y hasta tuvo la osadía de llamar a algunos apóstoles como testigos de lo que decía y que ellos también habían oído. Los apóstoles se encontraron apurados, no sabiendo qué decir porque no estaban prevenidos. Los fariseos decían por esto que Jesús iba con gente ignorante y que como este joven era más instruído no lo quería precisamente porque deseaba tener gente ignorante. Jesús les respondió severamente, y salió con sus discípulos fuera de la ciudad.

XX

Jesús en Argob y en dirección de Betsaida-Julias

Delante de la ciudad Jesús instruyó a sus apóstoles y los envió al Este y al Noreste a diversas comarcas lejanas. Tenían que ir a ciudades cerca de Damasco y a la Arabia, donde aún no habían estado nunca. Él, con dos discípulos, se dirigió, dejando el lago Phiala a la izquierda, a la ciudad de Argob, en una altura y a cuatro horas de camino desde Cesarea, y se hospedó con los levitas junto a la sinagoga. Argob está habitada

por mayoría de judíos, mientras los pocos paganos son gente pobre que trabaja para los judíos. Los habitantes se ocupan de trabajar el algodón: hombres, mujeres y niños tejen e hilan. Escasea el agua que es traída en canales y odres y guardada en cisternas. Jesús enseñó en un lugar abierto, sanó a algunos enfermos y visitó, enseñó y curó a ancianos y enfermos. La mayoría ya estaban bautizados; no había fariseos aquí. De aquí se disfruta una vista extensa hasta el otro lado de la alta Galilea, el monte de las Bienaventuranzas y Betsaida-Julias. Acompañado de pobladores del lugar y los dos discípulos se fué Jesús en dirección de Recaba, permaneciendo unas dos horas en un albergue, donde solían detenerse las caravanas que tres veces al año pasan por allí. Llegaron cuatro de los discípulos más jóvenes trayendo alimentos. Venían de Jerusalén a través de Cafarnaúm. Desde este albergue se dirigió Jesús hacia la población de la fortaleza de Recaba, donde se había reunido ya una gran cantidad de pueblo y de viajeros de las caravanas. La fortaleza parece cavada en la roca viva. En torno de ella había unas cuantas casas y una sinagoga. Diez y seis discípulos se juntaron aquí con Jesús, de los que desde Cesarea se habían dirigido a diversos poblados; los demás habían ido a lugares más distantes. Estaban aquí Pedro, Andrés, Juan, Santiago el Mayor, Felipe y Santiago el Menor y muchos fariseos. La sinagoga estaba tan llena que tuvieron que permanecer en torno de pie.

Jesús habló de Jeremías. Dijo que ahora todos le buscaban y le apretaban, pero que muy pronto todos le abandonarían y le dejarían solo, le burlarían y le maltratarían. Los fariseos comenzaron a disputar violentamente con Él diciendo, como otras veces, que echaba los demonios por virtud de Beelzebub. Jesús los llamó hijos del padre de la mentira, y dijo que el Padre celestial ya no quería ofrendas y sacrificios de sangre. Le oí hablar de la sangre del Cordero, de la sangre inocente que ellos iban a derramar, de la cual eran figura los sacrificios de animales de su rito. Con el sacrificio del Cordero cesaría para siempre el culto de ellos. Todos los que creyeran en el sacrificio del Cordero serían salvos y reconciliados; ellos, en cambio, como matadores del Cordero, serían condenados. Previno a sus discípulos de las maquinaciones de los fariseos en su misma presencia, de modo que éstos se irritaron de tal manera que Jesús y los suyos salieron y se dirigieron al desierto. He visto que habían apostado gentes con bastones y palos que debían esperarlo.

Nunca hasta entonces había reprochado tan severamente a los fariseos como esta vez. Jesús permaneció con los suyos durante la noche en el desierto, y al día siguiente fueron a Corazín. De nuevo se juntó mucha gente aquí, y le ponían los enfermos en el camino. Sanó a estropeados, hidrópicos y ciegos, mientras iba a la sinagoga.

Aquí habló de nuevo Jesús proféticamente de sus futuros padecimientos y persecuciones, entre vivas disputas y contradicciones de los fariseos. Habló de su sacrificio y ofrenda perpetuos, a pesar de lo cual ellos quedaban siempre llenos de pecados y de maldad. Habló del cabrón emisario que ellos suelen cargar con los pecados de todos en Jerusalén y echar al desierto; a propósito de esto les dijo, de modo que no lo pudieron entender, que ellos pronto echarían afuera a un inocente que lleva las culpas de todos y lo matarían a pesar de haber ese inocente hecho tanto por ellos y amarlos tiernamente.

Con esto se produjo un gran tumulto y griterío entre los fariseos, y como Jesús se encaminara fuera de la ciudad le siguieron, exigiéndole una explicación. Jesús les dijo sólo que, por ahora, ellos no podían entenderlo. Mientras tanto le habían traído a un sordomudo para que lo sanase: era un pastor de la comarca y buen hombre. Los suyos lo llevaron allí y pedían a Jesús que pusiera sus manos sobre él. Mandó Jesús que lo apartasen de la turba, pero los fariseos lo siguieron. Lo sanó en presencia de ellos, para que vieran que sanaba por la oración y por la fe, con la ayuda de su Padre, y no por obra de Beelzebub. Puso los dedos en sus oídos y con saliva en los dedos tocó la lengua del mudo; miró al cielo, orando, y dijo al hombre: "Abrete". De pronto habló el hombre y oía perfectamente, y dió gracias lleno de alegría. Jesús le mandó no hablase ni hiciese ruido con esa su curación. Cada vez acudía mayor gentío, porque había una caravana de viajeros, y por eso Jesús se dirigió con los suyos a la oficina de Mateo, a dos o tres horas. Como también aquí acudiera la gente, dejó algunos discípulos, y se embarcó en dirección de Betsaida-Julias. Desembarcaron durante la noche y quedaron en soledad al pie del monte de las Bienaventuranzas.

Antes de rayar el alba navegaron desde Betsaida hacia la orilla oriental, donde Jesús impartió una enseñanza junto a un peñasco que estaba sobre la oficina de Mateo. Estaban presentes algunos paganos de la Decápolis y turbas de gentes de la caravana.

Jesús enseñó sobre la oración, cómo y dónde debían orar, y sobre la perseverancia en la oración. Dijo: "Si un hijo pide un pan, no le dará el padre una piedra, y si pide pescado no le dará un reptil, y si un huevo no le dará un escorpión". Dijo que conocía a algunos paganos, por ejemplo, que tenían tal confianza en Dios, que no pedían nada y sólo se ocupaban de dar gracias por lo que recibían, y añadió: "Si los extraños y siervos tienen semejante fe y confianza, ¡cuánta deberían tener los hijos del Padre!" Habló del deber de dar gracias por la salud recibida, y la mejora de la vida, y también del castigo de los que volvían a sus vicios y que estaban en peor estado que antes.

Los oyentes aumentaron de nuevo de tal manera que se alejó de allí, no sin anunciar para el día siguiente un gran sermón en el monte cercano. Estaba éste al Este de la montaña de las Bienaventuranzas. El pueblo acudió de todos lados al monte. Estaban ocupando todas las alturas y todos los valles y esperaban impacientes por qué lado aparecería Jesús, y adónde se había retirado. Habló allí de la séptima y octava bienaventuranzas. Después, para escapar del tumulto de la turba, se dirigió con los apóstoles y discípulos a la barca de Pedro.

Navegaron por las orillas del lago, pero no desembarcaron, porque muchos habían subido a las barcas que allí estaban y seguían a la de Pedro.

XXI

Conclusión del Sermón de la Montaña

Da de comer a cuatro mil. Los fariseos piden señales

Al día siguiente desembarcó Jesús con los suyos junto a la pequeña Corazín, a una hora al Noreste de la montaña donde había multiplicado los panes la primera vez y subiendo más al monte. A la derecha estaba el desierto de Corazín y a dos horas y media al Oeste de Recaba, que está en una altura. Arriba, donde Jesús enseñaba, había un lugar extenso, y no lejos se veía el camino por el cual había venido desde Cesarea de Filipo hacia Recaba. El lugar era frecuentado: servía de descanso, con restos de cercos y bancos de piedra sobre los cuales solían los viajeros hacer su comida. Por lo demás, era desierto. Abajo había vallecitos y matorrales donde pastaban los asnos y otros animales de carga. Las gentes estaban arriba y seguían acudiendo allí en gran cantidad.

Aquí terminó Jesús su gran sermón de las Bienaventuranzas, llamado el Sermón de la Montaña. Hablaba con fuerza conmovedora. Habían acudido muchos extranjeros y paganos, la mayoría sin mujeres ni niños; serían unas cuatro mil personas. Hacia la tarde se detuvo. Dijo a Juan que la gente hacía tres días que le seguía y que ahora pensaba despedirlos; pero que no se las debía dejar desfallecer de hambre. Juan observó: “Estamos en un lugar desierto y para procurar pan la distancia es demasiado grande. ¿No convendría que les juntemos bayas y frutas que aún han quedado colgadas de los árboles?” Jesús le dijo que preguntara cuántos panes tenían. Contestaron: “Siete panes y siete peces pequeños”; aunque en realidad vi que los peces eran largos como un brazo.

Jesús mandó traer los canastos vacíos, y que pusieran sobre el banco de piedra los panes y los peces, y continuó hablando durante media hora. Dijo claramente que Él era el Mesías: anunció que sería perseguido y quitado del mundo. Dijo que ese día se conmoverían estos montes y este bloque de piedra se partiría, y señaló el banco de piedra junto al cual estaba predicando la verdad, que no recibirían. Luego expresó ayes sobre Cafarnaúm, Corazín y varios lugares de los contornos. Añadió que ellos mismos sentirían, en el día en que Él sería quitado, que habían despreciado la salud. Habló de la dicha de los que ahora recibían de Él el pan de la verdad y de la vida; y agregó, refiriéndose a los judíos: “Los extranjeros reciben la salud y los hijos de la casa tiran el pan debajo de la mesa; y los extranjeros, los cachorrillos, como había dicho la sirofenisa, juntan las migajas y con estas migajas de verdad entusiasman y alimentan comarcas enteras de sus países”.

Se despidió de los oyentes, los exhortó a la penitencia y a la conversión, acentuó sus amenazas contra los obstinados y dijo que éste era el final de su enseñanza. Muchos lloraban y estaban conmovidos, aunque no entendían todo el sentido de lo que decía. Les mandó sentarse en las faldas del monte, y los apóstoles y discípulos tuvieron, como la vez pasada, que mantener el orden. Jesús obró, como la otra vez, con los panes y los peces; los discípulos llevaban los panes y los peces en canastos a los que estaban sentados. Después se juntaron siete canastos de las sobras y se repartieron a los viajeros.

Durante la predicación había estado entre los oyentes cierta cantidad de fariseos: algunos se habían alejado antes de terminar el sermón; los otros habían oído las amenazas y fueron

testigos de la multiplicación de los panes. Antes que el pueblo se dispersara, habían bajado del monte para consultar con los otros cómo atacarían a Jesús cuando descendiera. Eran como veinte. Con el pretexto de hacer visitas a diversas sinagogas, habían seguido a Jesús en pequeños grupos para espiar sus palabras y hechos, en Cesarea de Filipo, en Robah, en Recaba y en Corazín. Daban luego los informes personalmente o por medio de mensajeros a los fariseos de Cafarnaúm y de Jerusalén. Jesús despachó al pueblo. Lloraban, daban gracias y cantaban en voz alta alabanzas. Con mucho trabajo pudo sustraerse del pueblo y dirigirse, con sus discípulos, al lago para embarcarse, por la orilla Sudeste a los confines de Magdala y Dalmanutha.

Pero antes de que pudiera embarcarse en las cercanías de la oficina de Mateo, vinieron los fariseos hacia Él, al pie del monte donde había tenido lugar la primera multiplicación de los panes, pretendiendo que hiciera algún prodigio celeste, ya que había hablado y amenazado con terremotos y señales de la naturaleza. Les contestó como está en el Evangelio. Oí también que les dió una señal consistente en un número de semanas al término de las cuales tendrían la señal de Jonás. Este cálculo de semanas caía justamente el día de su Crucifixión y de su Resurrección. Con esto los dejó y se dirigió con los discípulos hacia la barca de Pedro, que habían preparado los discípulos que se habían adelantado. Navegaban por el medio del lago, donde la corriente del Jordán es poderosa; por eso la barca iba sola, bastando gobernar el timón por la corriente. Quedaron durante la noche en las barcas y en cierto tiempo rezaron allí mismo; así llegaron a los confines de Magdala y Dalmanutha. A la mañana siguiente navegaron por la parte Oeste, saliendo de la corriente. En esto vieron que no tenían consigo sino un solo pan.

El viaje se prolongaba y Jesús enseñó muchas cosas a los apóstoles y discípulos. Habló de su próxima separación, de su pasión y de las persecuciones que sufrirían; les dijo más claramente que otras veces que Él era el Mesías, el Cristo. Ellos lo creían, pero como no lo podían concertar con las ideas simplistas que se habían formado y con lo que veían exteriormente, pensaron que eso era parte de su hablar profético misterioso, y así quedó sin producir fruto. Les habló de la ida a Jerusalén y de la persecución que allí les esperaba: que se escandalizarían de Él y que se llegaría al punto de arrojar piedras contra Él.

Habló también diciendo que quien no abandona todo lo suyo, y no le sigue, creyendo en Él, aún en las persecuciones, no puede

ser su discípulo. Habló de los caminos que había que hacer antes de su partida y de otros trabajos, y que muchos que se habían apartado de Él, volverían de nuevo. Preguntaron entonces si volvería aquél que había pedido enterrar a su padre: si no lo recibiría, ya que les parecía un buen sujeto. Jesús les mostró el carácter de ese hombre, muy apegado al dinero. Oí que decir "enterrar a su padre" era una manera de expresar que esperaba el reparto de la herencia, y así asegurarse la parte que le tocaría a él. Como hablara Jesús del apego a las cosas de la tierra, Pedro expresó la idea suya, diciendo: "Gracias a Dios, que no tuve estas ideas cuando me resolví a seguirte". Jesús le reprendió diciendo que mejor hubiera callado eso, y esperara que Él lo reconociera.

Como llegaron a Betsaida, entraron en la casa de Andrés para descansar. Aquí estuvieron sin molestias de la gente, pues no habiendo sabido donde Jesús pararía, se habían dispersado. Había en Betsaida un hombre ciego de nacimiento al cual Jesús no había sanado. Ahora volvieron a traerlo y como Jesús estaba a punto de embarcarse, el ciego clamó tras Él. Jesús lo tomó de la mano sacándolo del lugar y, luego, entre los apóstoles y discípulos, le tocó los ojos con saliva, le puso las manos y preguntó si veía algo. El hombre contestó: "Veo a los hombres caminar como gruesos árboles". Volvió a poner sus dedos en los ojos y luego vió perfectamente. Jesús lo mandó a su casa, y diera gracias a Dios, y que no fuera por la ciudad pregonando su curación.

Hacia la tarde navegó Jesús con los apóstoles por la otra orilla del lago y al desembarcar tomó el camino al Este del Jordán, hacia Betsaida-Julias. En este camino le salieron al encuentro los discípulos que habían sido enviados desde Cesarea de Filipo hacia el Este y se juntaron con Jesús y los suyos siguiendo hacia Betsaida-Julias. Jesús habló en el camino de su cercana partida y de los peligros que les aguardaban. Los apóstoles le rogaron entonces que no los enviara a otras partes, para que pudieran estar a su lado en todo peligro.

En Betsaida-Julias había un albergue especial para ellos. Cuando se acercaron a la ciudad, habiéndose ya sabido la venida de Jesús, le salieron al encuentro y le ofrecieron el lavado de pies y una refección. Vivían aquí muchos paganos que saludaban desde distancia. Jesús enseñó en la sinagoga donde había muchos fariseos y escribas venidos de Saphet, que tenía una escuela de formación cultural, religiosa y civil.

Todos estaban muy contentos de que Jesús hubiese venido aquí por primera vez, inesperadamente. Los sencillos se alegraron de corazón y los escribas más por vanidad, pues pensaban, como sabios que eran, poder apreciar y juzgar la doctrina de Aquél cuya fama corría por todas partes, en especial en Cafarnaúm. Se mostraron muy corteses, pero fríos y engreídos, como profesores, y quisieron disputar con Él, proponiéndole cuestiones de la ley y de los profetas, no precisamente con malicia, sino con esa vanidad de quienes quieren mostrar al pueblo la propia ciencia. Jesús llegó y comentó la lección del Sábado y habló del cuarto Mandamiento: "Honrar padre y madre", para vivir largo tiempo sobre la tierra. Esto lo declaró con hondo sentir diciendo que un torrente se ha de secar si el mismo destruye la fuente de donde nace. Después hubo una comida muy solemne en la cual los niños de la escuela estaban en sus mesas. Jesús narró y comentó la parábola de los trabajadores de la viña. La ciudad de Julias es una población nueva, aún no terminada, muy hermosa, edificada al estilo de los paganos con arcos y columnatas. Toca casi el Jordán y del otro lado de la montaña se ven muchas habitaciones cavadas en la roca. Cuando Jesús, después de haber enseñado de nuevo en la sinagoga, caminaba alrededor de la ciudad, le siguieron los habitantes preguntándole cuál era la verdadera enseñanza y qué debían hacer. Él les dijo que no seguirían su enseñanza aun cuando la declarase: que sólo preguntaban por curiosidad, y que si su doctrina ya la habían oído en los lugares donde predicaba, ¿querían, acaso, una nueva doctrina? Su doctrina ya la había declarado en la sinagoga. Caminaron con Él hacia sus posesiones y jardines, donde estaban edificando con piedras y maderas, y hablaban ponderando las nuevas construcciones. Jesús les enseñaba en parábolas, de los que edificaban sobre arena y luego sobre piedras y de la piedra angular que desechan los edificadores, y cómo después sus construcciones se derrumban.

Sanó en este camino a muchos enfermos, baldados e hidrópicos y a algunos mentecatos. Desde Betsaida-Julias caminó Jesús con los doce y unos treinta discípulos, acompañado de gente de la ciudad, hasta el lugar donde el Jordán se echa en el lago Merom, a la población llamada Sogame, a una hora y media de Cesarea: allí enseñó y curó a varios enfermos. Las gentes se agolpaban y pedían ser adoctrinados. Jesús enseñó y sanó algunos enfermos hasta la tarde, y luego con sus apóstoles y discípulos desanduvo el camino por una hora hasta una altura, donde pasó la noche en oración.

XXII

Pedro recibe las llaves del reino de los cielos

Durante el camino hacia la altura y hasta que Jesús no se apartó de ellos para entregarse a la oración, se entretuvieron los apóstoles y discípulos, mandados a misionar, en relatar todo lo que habían enseñado, hecho y podido comprobar. Jesús los escuchó y les recomendó orar y estar preparados para lo que iba a comunicar.

Cuando al rayar el alba se juntaron otra vez, estaban los doce reunidos en torno de Jesús. A su derecha estaban Juan, Santiago el Mayor y Pedro. Los discípulos estaban fuera del círculo y los más cercanos, en orden de antigüedad. Ahora preguntó Jesús, relacionándolo con la conversación de la noche pasada: “¿Quién, dicen los hombres, que soy Yo?” Los apóstoles y los discípulos más antiguos hablaban de los diversos pareceres que habían oído sobre Jesús: que unos le tenían por el Bautista, otros por Elías, otros por Jeremías resucitado de entre los muertos. Contaban todo lo que habían oído y estaban en expectativa de su respuesta. Hubo una pausa breve. Jesús estaba muy serio y los discípulos le miraban al rostro llenos de expectación. Él al fin preguntó: “¿Y vosotros, por quién me tenéis?” Ninguno se sintió movido a responder; sólo Pedro, lleno de fuerza y de fuego, adelantó un paso en medio del círculo, y levantando su mano, con ademán solemne, como lengua de todos, dijo con voz vibrante: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. Jesús respondió con gran seriedad; su voz era fuerte y animada; estaba como en un ser solemne y profético, y su persona resplandecía como levantada del suelo. “Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás: porque la carne y la sangre no te han revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo a ti: Tú eres Piedra y sobre esta Piedra quiero edificar mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y Yo te daré las llaves del reino de los cielos: lo que tú atares sobre la tierra, será atado en el cielo; y lo que tú desatares sobre la tierra, será desatado también en el cielo”.

Pedro recibió estas palabras proféticas de Jesús en toda su grandeza y con el mismo espíritu con que había pronunciado la profesión de fe en la Divinidad de Jesucristo. Estaba en ese momento como transformado. Los demás apóstoles parecían asustados; miraban con cierto miedo a Jesús y a Pedro, al ver el ardor con que había dicho: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios”.

El mismo Juan se mostró tan extrañado de todo esto, que Jesús después le hizo una reconvención caminando a solas con él por el camino.

Esta escena con Pedro tuvo lugar al levantarse el sol. Fué una escena tanto más solemne y grave, puesto que Jesús antes les había dicho que orasen y Él mismo se había retirado a la montaña para entregarse a la oración. Los otros apóstoles no entendieron todo el significado de esas palabras. Pedro había penetrado el sentido íntimo de las mismas. Los otros seguían forjándose ilusiones terrenas y pensaban que Jesús daría a Pedro el Sumo Pontificado en el reino nuevo que iba a inaugurar; Santiago dijo a Juan, yendo de camino, que en todo caso ellos tendrían los primeros puestos después de Pedro.

Jesús les dijo después claramente que Él era el Mesías prometido; aplicó todos los pasos de los profetas a su Persona y les dijo que ahora pensaba ir a Jerusalén para las fiestas. Luego torcieron el camino al Sudoeste, hacia el puente del Jordán.

Pedro, lleno aún de las palabras oídas respecto al poder de las llaves, se acercó a Jesús en el camino para pedir aclaraciones de cosas que no comprendía; era tan amante y ardoroso en su obrar que pensó que su oficio comenzaba de inmediato, pues no pensaba ni sabía aún lo que tenía que padecer Jesucristo, ni la venida del Espíritu Santo sobre ellos. Preguntaba por eso si en este o aquel caso podía perdonar los pecados; habló de la situación de los publicanos y de los adúlteros. Jesús lo tranquilizó, diciéndole que entendería todo más tarde; que las cosas serían diferentes de lo que pensaba él; que vendría otra ley. Durante el camino Jesús les iba diciendo lo que estaba por suceder: que irían ahora a Jerusalén; que comerían la Pascua en casa de Lázaro, y que aún les esperaban muchos trabajos, fatigas y persecuciones. Les anunció muchas cosas futuras en general: como resucitaría a uno de sus mejores amigos; que este hecho suscitaría tanto escándalo que Él tendría que huír y ocultarse; que después de un año volverían a ir a la fiesta; que uno de ellos le había de traicionar; que lo maltratarían, azotarían, burlarían y le darían muerte ignominiosa; que Él debía morir por los pecados de los hombres, y que al tercer día resucitaría. Les dijo todas estas cosas con claridad; las atestiguó con los profetas; les habló con gran seriedad, pero lleno de bondad.

Pedro se contristó tanto de oír que le habrían de maltratar y matar, que, lleno de celo, le siguió, y hablando aparte con Él,

manifestó su oposición, diciendo: "Esto no debe suceder; esto no lo podré tolerar; antes habré de morir que permitir semejante cosa. Que esto esté lejos de Ti, Señor: que esto no te suceda nunca". Se volvió Jesús seriamente y le dijo con viveza: "Aléjate de mí, Satanás; tú me eres ocasión de escándalo: no comprendes las cosas que son de Dios, sino sólo lo que es de las gentes". Diciendo esto marchó hacia adelante. Pedro, lleno de susto, comenzó a pensar lo que Jesús antes había dicho, que su profesión de fe no venía de la carne y ni de la sangre, sino por revelación de Dios, con la cual le confesó por Cristo, y que ahora le llamaba Satanás, y que no hablaba ahora de parte de Dios sino según los sentidos y la carne, queriendo estorbar su Pasión. Comparó estas dos cosas, fué más humilde y miró al Señor con sentimiento de mayor admiración y fe. Pero estuvo muy triste al comprobar que lo de la pasión de Cristo sería verdad.

Jesús, los apóstoles y los discípulos caminaban en grupos: alguno se turnaba para acompañar a Jesús. Caminaron apurados, sin entrar en ninguna población, hasta la noche, cuando entraron en el albergue junto a los baños de Betulia, donde los esperaba Lázaro con algunos discípulos de Jerusalén.

Lázaro ya sabía que Jesús quería comer el cordero pascual con sus discípulos en su casa y le había salido al encuentro para prevenir a Jesús de los peligros que le esperaban. Había peligro de un levantamiento en esta festividad. En efecto, Pilatos exigía un nuevo tributo del templo para erigir una estatua al emperador. Exigía también se le tributaran ciertos honores dándole nombres sacros, y que los judíos disgustados de todo esto preparaban un levantamiento. Que un cierto galileo, de nombre Judas el Gaulonita, estaba al frente de unos galileos: que éste tenía mucho crédito entre los galileos y hablaba públicamente contra la servidumbre que los ataba a los romanos y contra los tributos. Le decía a Jesús que se mantuviera alejado de la fiesta, porque había probabilidad de graves desórdenes. Jesús respondió a Lázaro que su tiempo aún no había llegado y que nada malo le sucedería por ahora. Que este desorden sería sólo un preludio de otro mayor que sucedería de allí a un año, cuando su tiempo hubiera llegado y cuando sería entregado en las manos de los pecadores. Jesús envió a los apóstoles y discípulos en diversos caminos, por grupos, y conservó consigo a Simón, Tadeo, Natanael Chased y Judas Barsabas. Los demás debían misionar, unos al Norte del Jordán, otros al Oeste de

Garizím, a través de Efraím; quedarse para la fiesta y luego recorrer los lugares que aún no habían visitado. Lázaro partió también con los discípulos. Les dijo no entrasen en las ciudades de los samaritanos y les dió diversas reglas de conducta. Jesús caminó hasta Ginnim, posesión de Lázaro, donde pernoctó. De aquí salió al día siguiente a través de Lebona-Korea y del desierto, hacia Betania.

XXIII

Jesús en Betania y en Jerusalén

A unas tres horas del camino a Betania, casi en el desierto, se encuentra una choza de pastores que viven mantenidos por Lázaro. Hasta este lugar había venido la Magdalena, acompañada de María Salomé, pariente de José, para encontrarse con Jesús. Le había preparado una refección: al llegar Jesús le salió al encuentro y se echó a sus pies, estrechándolos. Jesús descansó aquí poco tiempo y continuó su camino hacia el albergue de Lázaro, a una hora de Betania. Las dos mujeres volvieron por otro camino a sus casas. En el albergue encontró Jesús a algunos de los discípulos que había mandado a misionar; otros iban llegando de a poco y se juntaron en la casa de Lázaro en Betania. Jesús no entró en Betania, sino que, haciendo un rodeo, llegó a la casa de Lázaro. Al llegar le salieron al encuentro en el patio y Lázaro le lavó los pies. Después pasaron por el jardín. Las mujeres lo saludaron cubiertas con el velo. Su llegada fué muy tierna y conmovedora: se habían traído cuatro corderos separados de la majada y encerrados en un lugar de pastos. María Santísima, que estaba también allí, y Magdalena habían hecho unas coronas que pusieron en el cuello de los corderitos. Jesús había llegado antes de la festividad del Sábado, que celebraron en una sala. Estaba serio. Leyó la lección del Sábado e hizo el comentario. En la tarde en la cena habló del Cordero pascual y de sus futuros padecimientos.

En Jerusalén había estallado el levantamiento poco antes del Sábado; pero aún sin consecuencias. Pilatos estaba sobre un lugar elevado, en la fortaleza Antonia, rodeado de muchos soldados. Todo el pueblo estaba reunido en la plaza de la ciudad.

La fortaleza Antonia está situada al Noroeste del templo, sobre una roca sobresaliente. Si uno camina desde el palacio de Pilatos a la izquierda, a través del porticado, al recinto de los azotes, se tiene esa fortaleza a la izquierda. Se leyó al pueblo

las nuevas ordenanzas de Pilatos referentes a los nuevos impuestos sobre el templo. Estos impuestos eran para cubrir los gastos de una obra que debía traer el agua hasta el templo y el gran mercado. Se hablaba también de ciertos títulos, nombres, honores y sacrificios que debían hacerse al emperador. Se levantó entonces un gran tumulto y un griterío entre el pueblo, especialmente donde se encontraban reunidos los galileos: con todo no pasó de allí el tumulto. Pilatos les propuso que pensaran sobre lo dicho por cierto tiempo: el pueblo se dispersó entre murmullos. Los herodianos eran los instigadores a la rebelión, pero ocultaban sus manejos y no se podía probar su culpabilidad. Tenían en sus manos a Judas el Gaulonita, jefe de una secta de galileos, que siempre protestaba contra los tributos al César y la pérdida de su independencia, pretextando motivos de religión. Era entonces, como ahora con los masones y otras sociedades secretas, que levantan al pueblo ignorante que no sabe siquiera quién los guía y luego suele pagar con su sangre tales revueltas.

El día de Sábado enseñó Jesús en casa de Lázaro y pasearon por los jardines. Jesús habló de su Pasión y dijo más claramente que Él era el Mesías. Un cierto aumento de temor reverencial y de admiración se despertó en todos. En Magdalena el arrepentimiento y el amor creció en medida extraordinaria. Sigue a Jesús por todas partes; se sienta a sus pies, se levanta y siempre y en todas partes le espera y le busca. Sólo en Jesús piensa, mira sólo a Jesús y no quiere saber más que de su Salvador y del recuerdo de sus culpas y extravíos. Jesús le dice con frecuencia palabras de consuelo. Magdalena está totalmente cambiada. Su rostro y sus facciones son nobles y hermosos, pero caídos por las lágrimas y la penitencia. Con frecuencia está en su pequeño cuarto de penitencia; el resto del tiempo lo emplea en los trabajos más bajos con los enfermos y los pobres.

Por la tarde hubo una gran comida. Los amigos y las mujeres de Jerusalén estaban allí; entre ellos Helí de Hebrón, un hombre viudo hermano de Isabel, que en la última Cena servía en la mesa, con su hijo, un levita que habita la casa paterna del Bautista y cinco hijas de él, esenias y vírgenes. Lázaro y los de la casa tienen gran confianza con Jesús y los suyos, pues son con sus bienes e influencia el sostén y el refugio de Jesús y sus discípulos en toda necesidad, tiempo y circunstancia.

Al día siguiente salió Jesús hacia las 10, con sus apóstoles y discípulos, en número de unos treinta, dirigiéndose al templo de Jerusalén a través del huerto de los Olivos y Ophel. Todos ves-

tían de color castaño oscuro, de algodón ordinario, como era costumbre entre los galileos. Jesús llevaba una ancha faja con letras. No llamaba la atención, pues era frecuente ver grupos de galileos ir en esa forma al templo. Está cercana la fiesta y hay grandes instalaciones de chozas y tiendas en torno de la ciudad y se ven llegar multitudes de todos lados del país. Jesús habló en el templo a sus discípulos y a mucho pueblo por espacio de una hora. Había diversos sitios instalados desde los cuales se solía enseñar. Todos estaban tan preocupados con las nuevas imposiciones de Pilatos y el arreglo de la cercana fiesta, que ningún sacerdote o fariseo molestó a Jesús, por lo menos de los principales: sólo algunos de menor categoría se aproximaron a Jesús y con malicia le dijeron cómo se atrevía a acercarse al templo y cuánto tiempo aún seguiría... que pronto le echarían manos y terminarían con su predicación. Jesús les dijo algunas cosas que los avergonzó y continuó enseñando; luego volvió a Betania, y por la noche al Huerto de los Olivos, a rezar.

En este día se verá otra gran multitud reunida en el mercado delante de la fortaleza Antonia para hablar con Pilatos. Pero éste ya sabía a que venían, pues tenía espías y soldados suyos disfrazados entre la turba. Los herodianos habían azuzado a Judas el Gaulonita y a los de su secta a una rebelión. Éstos se presentaron muy atrevidos a decir a Pilatos que abandonase su idea de imponer tributos al templo. Como hablaban con descaro y atrevimiento, Pilatos mandó cercarlos y tomar presos a unos cincuenta de ellos, pero el pueblo se amotinó y los libertó, y más tarde se dispersó. En esta refriega murieron algunos judíos inocentes y algún soldado romano. La situación se fué empeorando. Herodes se encontraba en Jerusalén.

A la mañana siguiente fué de nuevo Jesús con todos sus discípulos al templo. Su venida era conocida y le esperaban en el atrio, donde tendrían que pasar algunas gentes con sus enfermos. En el camino de subida al templo le trajeron a un hidrópico tendido en su camilla. Jesús sanó a éste y a otros en el camino al templo: por eso le siguieron muchos. Cuando iba entrando al templo, donde estaban en preparativos para el sacrificio de la mañana siguiente, llegó a pasar junto al hombre sanado en el estanque de Bethesda. Éste trabajaba aquí como obrero. Jesús se volvió a él y le dijo: "Has sido sanado; cuida que no peques para que no te suceda algo peor". Le habían preguntado muchos quién lo había sanado en Sábado. El hombre no conocía a Jesús y ahora lo veía. Entonces, lo primero que hizo fué ir

a los fariseos, que venían en ese momento, a decirles que había sido Jesús el que le había sanado, el mismo que ahora acababa de sanar a otros. Como esa curación había despertado mucha admiración y sido motivo de enojo para los fariseos por haber sido hecha en Sábado, encontraron nuevo motivo de rencor contra Jesús y se reunieron muchos de ellos en torno del sitio donde hablaba y le objetaron la profanación del Sábado. No pasó el tumulto a mayores consecuencias, aunque los fariseos se mostraron muy agresivos.

Jesús enseñó en el templo sobre los sacrificios por espacio de dos horas. Les dijo que su Padre celestial no quería ya sacrificios de sangre, sino un corazón contrito. Habló del Cordero pascual como figura de otro Sacrificio mucho más perfecto que pronto tendría lugar. Llegaron entre tanto algunos de sus peores enemigos, que se burlaban y disputaban con Él, preguntando entre otras cosas si el profeta les quería hacer el honor de comer el Cordero pascual en su compañía. Él les contestó: "El Hijo del Hombre es, Él mismo, un sacrificio por vuestros pecados".

Estaba aquel joven que había dicho a Jesús que le dejase enterrar primero a su padre y al cual Jesús le había respondido: "Deja que los muertos entierren a sus muertos". Este joven había contado estas palabras a los fariseos y ellos ahora preguntaban qué es lo que Jesús entendía. Decían: "¿Acaso un muerto puede enterrar a otros muertos?" Jesús les contestó: "Quien no sigue mi enseñanza, no hace penitencia y no cree en mi venida, no tiene vida en sí mismo, y es un muerto. Quien ama más sus bienes y sus posesiones que su salvación, éste no sigue mi enseñanza y no cree en Mí, no tiene vida en sí y está muerto. Estos son los sentimientos de ese joven, pues él quiso primero entenderse con su anciano padre, reclamando herencia y pensión: de este modo está atado a muertas riquezas y no puede ser heredero de mi reino ni de la vida". Por este motivo le había dicho que dejase a los que son muertos entenderse con los muertos y enterrarlos, y que él buscara la vida. Con esta ocasión Jesús continuó reprochándoles su avaricia y apego a las riquezas. Cuando luego dijo a los suyos que se guardasen de la levadura de los fariseos y les contó la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro, se levantó entre los fariseos un gran tumulto, y Jesús tuvo que desaparecer entre las turbas y salir: de otro modo lo hubiesen tomado preso.

Los cuatro corderitos que debían ser comidos por cuatro grupos de convidados en la casa de Lázaro, en Betania, que eran todos los días lavados y adornados con coronas nuevas, fueron esta tarde llevados a Jerusalén. Cada uno tenía una tarjeta con el nombre y señal del dueño de la casa en la corona, en torno del pescuezo. Eran de nuevo lavados y llevados a unos prados con cerco, no lejos del templo. Todos los convidados de Lázaro hacían hoy sus purificaciones. El mismo Lázaro traía el agua que se necesitaba para preparar los panes dulces, e iba con un sirviente a las habitaciones de sus convidados. El sirviente le hacía luz y él barría los rincones cumpliendo una ceremonia, mientras los criados y criadas lavaban, limpiaban y preparaban los cacharros y recipientes para los panes dulces. Esto era el barrido de la levadura. Simón, el fariseo de Betania, ya estaba con Jesús: parecía que la lepra le invadía; ahora está más limpio. Sigue a Jesús, pero no está resuelto. El hombre sanado en Bethesda corrió también a Betania para verse con Jesús. Contaba en todas partes a los fariseos que el que le había sanado era Jesús. Los fariseos se reunieron y determinaron tomar preso a Jesús y terminar de una vez con Él.

He visto a Jesús con frecuencia caminar por el Huerto de los Olivos con los suyos, y a María con Magdalena y otras mujeres seguirles a cierta distancia. He visto a los apóstoles sacar algunos granos de trigo para comerlos, como también frutas y bayas de los árboles. Jesús les habló de la oración: que se guardasen de la vanidad e hipocresía en la oración y repitió varias enseñanzas. Les dijo que debían estar siempre, sin interrupción, en la presencia de Dios, su Padre, y Padre de ellos, en la oración.

XXIV

Cena pascual en casa de Lázaro

En esta fiesta no se inmoló el cordero pascual en el templo tan temprano como en la crucifixión de Jesús, cuando se comenzó a las doce y media, hora en que Jesús estaba clavado en la cruz. Entonces era el Viernes y se empezaba antes por razón de entrar ya el Sábado. Hoy empezó a eso de las tres de la tarde. Se tocaron muchas trompetas, todos se dispusieron y la gente se dirigía en grupos al templo.

La ligereza y el orden con que se procedía era admirable: todos estaban agrupados unos junto a los otros y nadie se mo-

lestaba; cada uno tenía su camino para ir y venir, para sacrificar y cumplir su deber. Los cuatro corderos para la casa de Lázaro fueron sacrificados por los cuatro que hacían como jefes de casa: Lázaro, Helí de Hebrón, Judas de Barsabas y Heliachim, hijo de María Helí y hermano de María Cleofás. Los corderos eran sujetos a un asador de leño con otro atravesado como una cruz y colocados parados en el horno para asarlos. Las entrañas, corazón e hígado se ponían dentro del mismo cordero sacrificado; en otros se ponían delante junto a la cabeza. Betfagé y Betania eran considerados como partes de Jerusalén y se podía comer el cordero pascual en esos lugares.

Por la tarde, ya que comenzaba el 15 de Nisán, se comía el Cordero pascual. Todos lo comían ceñidos los vestidos, con nuevas suelas en los pies y bastones de viaje en las manos.

Primero cantaban los salmos: *Bendito sea el Señor Dios de Israel* y *Alabado sea Dios*, mientras caminaban con las manos levantadas y se ponían uno enfrente de otro. En la mesa, donde comía Jesús con sus apóstoles, hacía como dueño de casa Helí de Hebrón. Lázaro hacía lo mismo en la mesa de los de su casa y amigos. En la tercera mesa de los discípulos hacía de dueño Heliachim, y en la cuarta, Judas Barsabas. Eran treinta y seis los que comían aquí el cordero pascual. Después de la oración, se presentaba un vaso con vino al dueño de casa, que bendecía, gustaba y pasaba a los demás; luego se lavaba las manos. Había sobre la mesa los siguientes objetos: el cordero pascual, una fuente con tortas de pascua, una fuente con un jugo oscuro, un recipiente con salsa, otra fuente con atados de hierbas amargas y otra con hierbas verdes muy tupidas. El dueño de casa partía el cordero pascual; se repartía y debían comerlo de prisa. Cortaban las hierbas tupidas, las mojaban en la salsa y comían. El dueño cortaba también un pedazo de la torta pascual y otro pedazo lo ponía debajo del mantel. Todo procedía con premura, oraciones y dichos y se apoyaban sólo en los asientos. Después pasaban de nuevo un vaso con vino, el dueño se lavaba las manos, tomaba un manojo de hierbas amargas, lo ponía sobre un plato de pan, lo mojaba en la salsa, comía de él, y los demás hacían lo mismo.

El cordero pascual era comido totalmente: los huesos eran mondados con un cuchillo, lavados y quemados. Luego cantaron y finalmente se sentaron a la mesa para comer y beber. Había allí alimentos de formas muy curiosas y en la comida estuvieron muy alegres. En la casa de Lázaro tenían todos her-

mosos vasos. En la última pascua de Jesús había panecillos con diversas figuras y ciertas honduras hechas en las mesas servían de plato para los comensales.

Las mujeres estuvieron en mesas aparte y estaban vestidas como para viajar. Cantaban y decían salmos, pero no hacían ceremonias. No cortaban ellas mismas su cordero, sino que lo recibían de otra mesa. En las salas de al lado he visto que comían también su cordero pascual muchos pobres a los cuales Lázaro les costeaba los gastos, llenándolos de regalos.

Jesús enseñaba y contaba durante la comida. Habló hermosamente de una vid, del injerto para ennoblecer la vid, de la poda de lo inútil, del plantío de buenas vides y del corte de las ramas inútiles perjudiciales. Les dijo a los apóstoles y discípulos que ellos eran esas vides y que el Hijo de Dios era el tronco de la planta, y que debían permanecer en Él, y que cuando Él fuere prensado, debían ellos predicar y esparcir el verdadero tronco de la vid y trabajar todos en ese viñado. Quedaron allí hasta muy entrada la noche. Estaban todos muy contentos y conmovidos. Judas Barsabas era, después de Andrés, el apóstol más anciano: estaba casado y su familia vivía, como pastores que eran, en las casas entre Michmetath e Iscariot. Heliachim vivía también casado y como pastor en la comarca de Ginnim. Era más viejo que Jesús.

XXV

El rico Epulón y el pobre Lázaro

La fiesta comenzó en el templo muy temprano; estaba abierto después de medianoche y todo lleno de lámparas. Las gentes venían desde temprano con sus ofrendas de acción de gracias: toda clase de aves y de otros animales que se podían comprar y que eran recibidos y revisados por los sacerdotes. Traían también dinero, telas, harina, aceite y otras cosas. Jesús con los discípulos, y Lázaro con los de su casa y las mujeres que allí estaban fueron temprano al templo. Jesús quedó entre sus discípulos. Se cantaron muchos salmos, se tocó, se ofrecieron sacrificios y se dieron bendiciones, que recibieron todos puestos de rodillas. Las gentes salían y entraban de a dos para los sacrificios y mientras tanto se cerraba para que no hubiese confusión. Muchos salieron después de las bendiciones, especialmente los extranjeros. Se iban a las sinagogas de la ciudad donde se cantaba, se predicaba y explicaba la ley y los profetas. Hacia el

mediodía se hacía una pausa: mucha gente se había retirado; algunos iban a las cocinas, en el atrio de las mujeres, donde se preparaban comidas con partes de las víctimas. Allí se veían numerosos grupos comiendo en las salas adyacentes. Las mujeres habían partido más temprano hacia Betania. Jesús estuvo con los suyos, confundido entre los demás, hasta el fin, y después que abrieron todos los pasillos se fué con los suyos hacia el gran sitio que había en el templo, en el atrio, delante del *Sancta Sanctorum*.

Se reunió mucha gente y también los fariseos. El sanado en el estanque de Bethesda estaba mezclado entre los oyentes. Todos los días había estado contando de Jesús, afirmando ante todos que quien hace tales cosas debe ser el Hijo de Dios. Los fariseos le habían ya prohibido hablar de este asunto, pero él continuaba. Jesús había hablado osadamente ayer en el templo y los fariseos temían que hoy los reprendería aún más delante del pueblo. Estaban reunidos muchos fariseos de otros lugares y se habían concertado con sus calumnias y mentiras para asaltar a Jesús en la primera oportunidad, tomarlo preso y juzgarlo.

Como Jesús comenzara a hablar, empezaron los fariseos que le habían rodeado a interrumpirle con objeciones y reproches. Le preguntaron por qué no había Él comido la pascua con ellos en el templo y si había hoy cumplido con el sacrificio de acción de gracias. Jesús les respondió que los dueños de casa ya habían cumplido con esa prescripción. Le reprocharon de nuevo que sus discípulos comían sin lavarse las manos antes y que solían sacar granos de trigo y frutas de los árboles en el camino y que nunca lo habían visto a Él ofreciendo sacrificios en el templo. Decían que había seis días para trabajar y que el Sábado es día de descanso, y que Él había curado al hombre en Sábado y era entonces profanador. Jesús enseñó y habló severamente del sacrificio, y que el Hijo del Hombre era Él mismo el sacrificio, y que ellos profanaban su sacrificio con su avaricia y sus blasfemias contra el prójimo.

“Dios no pide sacrificios cruentos, sino corazones contritos”. Añadió que sus sacrificios en el templo terminarían, pero el Sábado continuaría; pero que el Sábado, descanso, era para la salud y provecho de los hombres. Pasaron luego a hablar de la parábola del pobre Lázaro que pretendían poner en ridículo, después de haberla Jesús contado de nuevo. Preguntaban: ¿Cómo sabía Él tan bien esa historia? ¿Qué cosa hablaron Lázaro, Abrahán y el rico? ¿Si acaso había estado en el seno de Abrahán o

en el infierno con Epulón? ¿Si no se avergonzaba de contar semejantes cosas al pueblo? Jesús volvió a hablar de esta parábola, reprochando su avaricia, su crueldad para con los pobres, su engaño en tener tanta seguridad por la observancia de vanas formas y costumbres, mientras les faltaba el amor. Todo el sentido de la parábola del rico Epulón lo aplicó a la conducta de los fariseos.

La historia del rico Epulón y Lázaro es verdadera y era conocida, pues la muerte de este mal rico había sido espantosa. He visto de nuevo en esta ocasión que el rico Epulón y el pobre Lázaro habían existido en realidad y que la vida y la muerte de ambos era bien conocida en el país. No habían vivido en Jerusalén, donde después a los peregrinos se mostraba la supuesta casa del rico. Habían muerto ambos durante la infancia de Jesús y la historia había pasado de casa en casa entre las familias piadosas. La ciudad donde vivieron se llama Aram o Amthar y está al Oeste del mar de Galilea, en la montaña. Ya no recuerdo toda la historia con precisión, pero aún recuerdo lo siguiente: el rico lo era en gran manera y era el jefe del lugar, un famoso fariseo que observaba con exactitud lo exterior de la ley; pero era duro y sin misericordia para con los pobres, y lo he visto rechazar duramente a los pobres que acudían a él en demanda de ayuda, dado que era el jefe de la ciudad y el encargado de la misma. Vivía en la misma ciudad un hombre muy piadoso, pero en extremo pobre y enfermo, lleno de llagas, que llevaba con suma paciencia su miseria y su enfermedad. Se llamaba Lázaro. Hambriento y enfermo se hizo llevar a las puertas de la casa del rico para abogar por la causa de los pobres que habían sido rechazados. El rico estaba a la mesa y banqueteaba, Lázaro había sido despedido duramente y alejado como impuro, y estando tendido a la puerta de la casa del rico pedía le dejaran recoger las migajas que caían de la mesa, pero nadie se las daba. Los perros, más compasivos, lamían sus llagas. Esto tenía su significado: los paganos eran más compasivos que los judíos y fariseos. Murió Lázaro de modo edificante y resignado; y murió también el rico, pero de muerte pésima, y se oían voces salir de su tumba, cosa que causaba espanto en todo el país.

Jesús podía decir lo que aconteció después de la muerte de ambos, cosa que a los demás le era desconocida. Por esto se burlaban los fariseos y le preguntaban sarcásticamente si había estado en el seno de Abrahán y oído los diálogos que allí

habían tenido lugar. Como este Epulón había sido un fariseo hipócrita, observante de las vanas formas, se resintieron mucho de que los igualara a Epulón y que dijera Jesús que no escuchaban a Moisés ni a los profetas, siendo que ellos se jactaban de ser observantes de la ley de Moisés. Jesús les dijo: “Quien no me escucha no escucha a los profetas que hablan de Mí; quien no me escucha no escucha a Moisés que habla de Mí. Aún cuando se levanten los muertos, vosotros no habíais de creer en Mí”. Añadió: “Estos muertos se levantarán”. (Esto sucedió un año después en su muerte y en este mismo templo). Y concluyó diciendo que Él también resucitaría y un día los había de juzgar. “Todo lo que Yo hago, lo hace el Padre en Mí, aún levantar a los muertos”.

Jesús les habló también de Juan y de su testimonio, aunque Él no necesitara del testimonio de Juan, pues tenía otro mayor, que eran sus propias obras: éstas dan testimonio de Él y su Padre desde el cielo. Ellos no conocían a Dios: querían ser salvos por la letra de las Escrituras y no cumplían los mandamientos. “No os juzgaré Yo; será Moisés el que os condene, en el cual no habéis creído, aunque él ha escrito de Mí”. De este modo continuó Jesús enseñando entre muchas interrupciones. Por último, se vieron tan confundidos y llenos de ira que se fueron contra Él y, haciendo tumulto, mandaron a buscar las guardias para que se apoderasen de Jesús. De pronto se oscureció todo y alzando Jesús sus ojos al cielo, dijo al ver crecer la confusión: “Padre, da testimonio de tu Hijo”. Vino una nube oscura del cielo, se oyó como un trueno y oí una voz penetrante en el templo: “Este es mi Hijo querido, en el cual tengo mis complacencias”. Los enemigos quedaron aterrados y miraron a lo alto. Los discípulos que estaban detrás de Jesús, en semicírculo, se pusieron en movimiento, y Jesús, por entre ellos y la turba que se apartaba, salió por la puerta del Oste y luego de la ciudad por una puerta que estaba junto a la casa que Lázaro tenía en Jerusalén. Se dirigieron al Norte en dirección a Rama. Los discípulos no oyeron la voz, sino sólo el trueno, pues su hora no había llegado aún. Algunos de los más encarnizados fariseos oyeron la voz. Cuando volvió la luz, no hablaron del caso, salieron de allí y enviaron gente a perseguir a Jesús; pero ya no lo pudieron hallar; se irritaron y se avergonzaron de haberse dejado sorprender y de no haberlo prendido.

En las enseñanzas de estos días en el templo y en Betania, habla Jesús con frecuencia de seguirle a Él y de llevar la cruz.

“Quien pretende salvar su vida, la perderá; quien la sacrifica por causa mía, la ganará. ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Quién se avergüenza de Mí, delante de este mundo perverso y adúltero, de él se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en la majestad de su Padre, para dar a cada uno según sus obras”.

Dijo una vez que había algunos entre los oyentes que no gustarían la muerte hasta que vieran el reino de Dios en toda su fuerza. Algunos se burlaron de estas palabras. Yo ahora no sé explicar el significado de esto y lo que Jesús quiso decir. Las palabras que yo oigo del Evangelio son siempre lo principal de lo que Jesús decía, pero aquí se declara todo mucho más y así lo que en el Evangelio se lee en un par de minutos era tema de enseñanza de varias horas. A Esteban, el futuro diácono, lo veo ya relacionado con los discípulos. En esa fiesta en que Jesús sanó al hombre en el estanque de Bethesda, conoció a Juan y lo vi frecuentar mucho la casa de Lázaro. Es un joven esbelto, discípulo de los escribas de la ley. Había estado con varios discípulos de Jerusalén en Betania y oía allí las enseñanzas de Jesús.

XXVI

Jesús en Atharoth y en Hadad-Rimmón

Desde Rama fué andando Jesús con sus discípulos hacia Tenat-Silo, junto a Sicar. Como todos los fariseos estaban en Jerusalén por cuestión de la fiesta, Jesús fué recibido muy bien en esta población. Sólo quedaron aquí sin ir a la fiesta los viejos, hombres y mujeres, los enfermos y niños pequeños y los pastores para guardar el ganado. En Rama y en Tenat-Silo he visto a la gente ir en procesión a través de los campos de las mieses maduras y cortar allí haces para llevarlos enarbolados en palos a las sinagogas y a sus casas. Jesús enseñaba por los campos y en la ciudad de Tenat-Silo, donde pernoctó, hablando de su próximo fin. Los exhortaba a todos a venir a Él para encontrar consuelo y habló de un corazón contrito que es el sacrificio más acepto a Dios.

Desde Tenat-Silo fué Jesús a Atharoth, al Norte del monte, junto a Meroz, donde los fariseos le habían traído una vez a un muerto para que le diera salud. Este lugar está como a cuatro horas al norte de Tenat-Silo. Jesús llegó hacia el mediodía delante de Atharoth y enseñó en una montaña delante de la ciu-

dad adonde le siguió mucha gente, viejos, enfermos, mujeres y niños. No temiendo ahora a los fariseos salieron todos los enfermos pidiendo salud y consuelo. En Atharoth estaban tan irritados los fariseos contra Jesús que habían mandado otra vez cerrar las puertas de la ciudad cuando Él se acercaba a ella.

Enseñó aquí severamente, y habló con amabilidad al pueblo contra la malicia de los fariseos. Habló claramente de su misión, de su Padre celestial, de la persecución que llevarían contra Él, y también de la resurrección de los muertos, y del juicio y de la necesidad de seguirlo a Él. Sanó a muchos enfermos, baldados, ciegos, hidrónicos, a niños enfermos y a mujeres.

Los discípulos le habían preparado un albergue junto a Atharoth, en casa de un maestro sencillo, un anciano que vivía en medio de unos jardines. Se lavaron los pies, tomaron alimentos y fueron para la fiesta del Sábado a la sinagoga de Atharoth. Aquí se juntó mucha gente venida de diversos lugares y todos los sanados. Un fariseo anciano y encorvado presidió la reunión y trataba de imponerse a la gente, aunque de por sí era una figura ridícula. Se leyó acerca de las impurezas legales y de la lepra y sobre la multiplicación del pan y del trigo por medio de Eliseo y la curación de Naamán (III Moisés, cap. 12, 14 y IV Reyes, 4, 42 hasta 5, 19).

Jesús habló largo tiempo y volviendo su mirada hacia donde estaban las mujeres, llamó a una viuda muy encorvada llevada por sus hijas, que no pensaba siquiera en pedir su salud. Estaba enferma desde hacía 18 años y tan encorvada hacia adelante que casi habría podido andar sobre las manos. Al traerla las hijas delante de Jesús, Éste dijo: "Mujer, te veas libre de tu enfermedad", y pasó las manos en la espalda de la enferma. La mujer se irguió de repente y comenzó a alabar a Dios, diciendo: "Bendito sea el Dios de Israel". Se echó a los pies de Jesús y todos los presentes alabaron a Dios.

El viejo fariseo se irritó mucho de que semejante prodigio se hiciera en Sábado, durante su presidencia en Atharoth; se volvió con muestra de gran autoridad al pueblo, porque no se atrevió a encararse con Jesús, y comenzó a reprenderlo diciendo: "Seis días hay para trabajar; venid en esos días para haceros curar, pero no en día de Sábado". Entonces le dijo Jesús: "Hipócrita, ¿acaso no desata cada uno su asno o su buey para darle de beber en Sábado, llevándolo a la fuente? Y a esta hija de Abrahán, ¿no se le podía desatar de la ligadura, que le ató Satanás hace 18 años, en día de Sábado?" Se avergonzó el viejo

encorvado y con él toda su banda. La gente alabó al Señor, alegrándose de esta maravilla.

¡Era cosa de gran alegría ver a las hijas de esta mujer y a los niños de su parentela en torno de ella tan contentos! Todos se alegraron de su salud, porque era una señora rica, querida y estimada. Era risible, en cambio, ver al encorvado fariseo, que en lugar de pedir salud para sí mismo, aún se irritaba de ver curada a la mujer enferma. Jesús continuó hablando del Sábado y habló severamente, como en el templo cuando le reprocharon la curación del hombre en el estanque de Bethesda.

Pernoctó en la casa del maestro de escuela de Atharoth y al día siguiente estuvo en la casa de la mujer curada, que servía la comida a muchos pobres y hacía mucha limosna. Terminó el Sábado en la sinagoga y se dirigió a unas horas de camino al albergue de Ginnim.

Caminó al día siguiente por unas ocho horas con sus discípulos hacia el Norte, en el valle de Esdrelón, a través del torrente Kisón, a Hadad-Rimmón, en dirección a Endar, Jezrael y Naím, que dejó a su derecha. Rimmón está como a una hora al Este de Meggido, no lejos de Jezrael y Naím, y a unas tres horas al Oeste del Tabor, cerca de Nazaret. Es una ciudad importante, de mucho movimiento, pues aquí pasa un camino real desde Tiberíades hacia la costa del mar. Jesús se hospedó fuera de la ciudad. Enseñó en el camino a pastores pobres y a enfermos. Habló de la caridad fraterna, recomendó el amor a los samaritanos y a todas las gentes y explicó la parábola del buen samaritano.

En Hadad-Rimmón enseñó especialmente de la resurrección de los muertos y del juicio. Sanó a enfermos. Llegó una multitud que se había alejado de Jerusalén en su busca a la distancia de un día de camino. Los apóstoles y discípulos misionaban en los alrededores de la ciudad.

Pilatos, un día después de la partida de Jesús de Jerusalén, había prohibido a los galileos revoltosos salir de la ciudad. Muchos de ellos fueron tomados como rehenes en garantía de los demás. Ahora les dió Pilatos permiso de salir de la ciudad y soltó también a los rehenes, dejándolos que ofrecieran sus sacrificios. Pilatos hacía preparativos para su viaje a Cesarea.

Los rehenes libertados estaban maravillados de su libertad y se apresuraron a ir al templo a hacer sus sacrificios, que antes no habían podido ofrecer por haberse hecho culpables. Era costumbre en este día de hacer regalos al templo. Muchos compra-

ron animales y los llevaban para sacrificarlos; otros vendían cosas que no les eran indispensables y esas monedas las llevaban gustosos al templo. Los más ricos daban a los pobres. He visto tres diferentes buzones donde ponían sus limosnas; allí mismo se enseñaba y se rezaba. Otros estaban en la plaza ocupados con sus animales de sacrificio. Había mucha gente en el templo, aunque no rebosaba. He visto en diversos sitios grupos de judíos inclinados, cubiertas sus cabezas con mantos, o de pie, cubiertos con mantos de oración, y algunos postrados con el rostro a tierra.

Judas el Gaulonita estaba entre sus secuaces, junto a la alcancía; estos galileos eran los que Pilatos había tomado presos y luego soltado. Parte de ellos eran hechura de los pérfidos herodianos y otros pobres engañados. Había muchos de Gaulón y de Thirza y de otros nidos herodianos. Cuando estos hubieron ofrecido su dinero y sus ofrendas y estaban en sus devociones, y nadie miraba ni se distraía, he visto de pronto deslizarse unos diez hombres desde varios rincones, sacar unas espadas de un codo de largo de tres filos, que ocultaban bajo sus mantos, y asaltar y herir a los que estaban descuidados. Se levantó un griterío espantoso y comenzaron los pobres galileos desarmados a huir en todas direcciones. Entonces se levantaron también aquellos que yo había visto postrados con el rostro a tierra: eran soldados romanos disfrazados, que herían y mataban a cuantos estaban al alcance de sus espadas. Algunos de estos romanos corrieron a las alcancías, las rompían y sacaban el dinero echado adentro. No pudieron sacar todo, pues una buena parte ya estaba en lugar más seguro. Fué tan grande el tumulto que mucho dinero quedó derramado en el templo. Los soldados romanos fueron al mercado de los animales y allí mataron a muchos galileos. He visto a estos soldados romanos salir de todos los rincones y de las ventanas de las casas, saltar, entrando y saliendo. Cuando por el tumulto del templo acudió mucha gente al lugar, muchos de ellos fueron muertos inocentemente, y aún gente que estaba en el atrio y en las tiendas del muro comprando comestibles. He visto a algunos galileos en un oscuro rincón, donde pensaban salvar la vida. habían desarmado a algunos romanos y tenían sus armas. De pronto vino el mismo Judas Gaulonita hacia ellos para salvar su vida allí; pero los demás, creyendo fuera un romano, lo hirieron, y a pesar de que les gritaba que era Judas Gaulonita, acabaron de matarlo. Los trajes que usaban y con que se disfrazaban los romanos eran

tales que cada uno se defendía como podía del que encontraba al paso. Esta matanza duró como una hora. El pueblo acudió entonces armado al templo y los soldados romanos se refugiaron en la torre Antonia y cerraron la entrada. Pilatos había partido y la guardia de la ciudad había cerrado todos los caminos, vista la actitud hostil de los ciudadanos, y prohibía todas las reuniones de hombres.

Desde un lado alto del templo he visto en las calles estrechas cómo las mujeres y los niños lloraban lamentando la muerte de sus maridos o de sus padres. Habían caído víctimas muchos de los pobres trabajadores que vivían cerca del templo. Había desorden y espanto en el templo y todos salieron fuera cuando se hizo un poco de luz. Los ancianos, los jefes y muchos hombres armados entraron en el templo. Todo el piso estaba lleno de cadáveres, de sangre y de monedas desparramadas. Algunos heridos graves se revolvían quejándose en el suelo. Vinieron entonces los parientes de estos asesinados y fué un llanto y un clamor general, mezclado con temor y deseos de venganza. Los sacerdotes estaban consternados, pues el templo había sido completamente profanado y ellos no se atrevían a acercarse a los muertos, para no contaminarse. Los festejos fueron suspendidos. He visto después cómo llevaban en angarillas o envueltos en sábanas a sus muertos, y he oído el clamor de los parientes. Los que no tenían parientes fueron sacados de allí por unos esclavos de baja clase. Todo lo que quedaba en el templo, animales, comestibles, debía permanecer allí, porque estaba contaminado. Poco después salieron todos, menos los guardias y trabajadores. Los muertos eran muchos más que aquéllos que perecieron al desplomarse las obras del acueducto. Además de los inocentes de Jerusalén, había muchos de los secuaces de Judas Gaulonita que habían protestado contra los tributos al César y contra el tributo que quería imponer Pilatos a las ofrendas del templo para las obras del acueducto. Eran muchos de aquéllos que habían hablado osadamente delante de Pilatos y que habían matado a algunos romanos en la refriega. Pilatos tomó aquí una doble venganza: contra los galileos que protestaron y contra Herodes que había sido la causa de la catástrofe y muerte de tanta gente en las obras del acueducto derrumbado. Eran gentes de Tiberíades, de Gaulón, de la Alta Galilea, de Cesarea de Filipo y especialmente de Thirza.

XXVII

La Transfiguración sobre el monte Tabor

Desde el albergue de Hadad-Rimmón dirigióse Jesús hacia el Este a Kisloth-Tabor, al pie del monte Tabor, hacia el Sur, a unas tres horas de Rimmón. En el camino se allegaron a Él poco a poco los discípulos que habían sido enviados a misionar. En Kisloth se reunió de nuevo gran multitud de viajeros que venían de Jerusalén en torno de Jesús. Aquí enseñó y sanó algunos enfermos. Por la tarde envió a los discípulos a derecha e izquierda, en torno de la montaña, para que enseñasen y sanasen. Él se reservó consigo a Pedro, a Santiago el Mayor y a Juan y con ellos subió al monte Tabor. Emplearon como dos horas, pues Jesús se detenía con frecuencia en cavernas y lugares donde habían estado profetas, les enseñaba y rezaba con ellos. No habían llevado consigo alimento alguno. Jesús se lo había prohibido, diciéndoles que se sentirían saciados. La cumbre del monte ofrecía una hermosa vista, había un vasto lugar cercado y plantado de árboles y el piso estaba cubierto de hierbas aromáticas y de flores. Había oculta una fuente de agua a la cual se le daba salida a voluntad y saltaba un chorro de agua fresca y clara. Allí se refrescaron y lavaron los pies. Jesús se dirigió a un lugar, como una excavación en la roca, que tenía semejanza con el de oración del Huerto de los Olivos. Era vasto y se podía caminar dentro. Jesús continuó su enseñanza, habló de la oración que se hace de rodillas y dijo que debían orar aquí con las manos levantadas. Les enseñó sobre el Padrenuestro, mezclando algunos salmos, y ellos rezaron de rodillas en torno de Jesús. Jesús se hincó delante de ellos y mientras oraba les declaraba la oración, y les habló de la creación y de la Redención. Les habló lleno de amor y de bondad: los apóstoles estaban como fuera de sí. Les había dicho al principio que quería mostrarles lo que Él era: que convenía lo viesen en gloria para que no dudasen cuando lo viesen despreciado, maltratado y dejado de su Divinidad en su Pasión y Muerte.

El sol se había puesto ya y estaba oscuro, pero ellos ni se dieron cuenta, tanto era el entusiasmo de ver a Jesús y oír sus palabras. Se ponía por momentos más resplandeciente, y se veían ángeles en torno de Él. Pedro los veía también y por eso interrumpió a Jesús y preguntó: "Maestro, ¿qué es esto?" Jesús le dijo: "Ellos me sirven". Pedro volvió a decir: "Maestro, aquí

estamos, nosotros queremos servirte en todo". Esto lo dijo con entusiasmo, levantando los brazos. Jesús seguía enseñando, mientras se esparcía en torno un aroma celestial y los apóstoles se sentían contentos, fuera de sí. Jesús brillaba cada vez más y era como transparente. El resplandor era tan grande en torno de Jesús que a pesar de ser ya noche se veía hasta la más pequeña hierba como en pleno día. Los apóstoles se sintieron tan conmovidos y fuera de sí, que se cubrieron las cabezas e inclinaron el rostro a tierra. Eran como las doce de la noche cuando vi esta gloria en todo su apogeo. Desde el cielo venía una línea de luz y los espíritus se movían en ese resplandor. Unos eran pequeños; de otros se veían sólo los rostros resplandecientes; algunos ángeles, vestidos como sacerdotes; otros, como guerreros. Todos estos espíritus tenían algo de característico, y con su aparición recibían los apóstoles una especial ayuda, en fuerza, contento, iluminación y renuevo. Estos ángeles estaban en continuo movimiento. Los apóstoles estaban como en éxtasis, caídos sobre sus rostros. De pronto he visto entrar, en la luz que rodeaba a Jesús, a tres seres resplandecientes. Llegaron en una forma natural, como quien viniendo de la oscuridad entra en un lugar de luz. Dos aparecieron más distintos y más corpóreos. Hablaban con Jesús y eran Elías y Moisés; la tercera aparición no habló: era más espiritual y tenue, y era el profeta Malaquías.

Yo oía cómo Moisés y Elías saludaban a Jesús, y cómo Él hablaba de la Redención y de su Pasión. Su encuentro era natural, como acostumbrado. Moisés y Elías no aparecieron ancianos y demacrados, como yo los había visto en la tierra, sino más jóvenes y más atrayentes. Moisés era más alto, más majestuoso y venerable que Elías, tenía sobre la frente como dos cuernos o excrecencias brillantes y vestía una túnica larga. Era un hombre imponente como un preceptor: serio, pero justo y sencillo. Dijo a Jesús cómo se alegraba de ver de nuevo a Aquél que le había guiado a través del desierto con el pueblo sacado de Egipto, al que ahora iba a salvar y a redimir del pecado. Recordó muchas cosas de sus tiempos, que eran figuras de estos hechos de ahora y habló del cordero pascual y del Cordero de Dios.

Elías era diferente de Moisés. Era más delicado, amable y manso. Pero tanto Moisés como Elías eran muy diferentes, en su aparición, que Malaquías. En ambos se podía ver en sus rostros y semblante, formas vividas, formas de hombres, aunque

glorificados. Malaquías aparecía muy diferente: su rostro no recordaba algo mortal y corpóreo, sino todo espiritual, tal como ángel que era. Era una aparición de aspecto más callado y más espiritual, el semblante de uno que cumple una misión angélica. Jesús habló con ellos de todos los dolores que había sufrido hasta entonces y de todos los que le aguardaban aún. Describió toda su vida mortal, punto por punto. Elías y Moisés expresaban a veces su compasión y admiración; consolaban al Señor, y alababan a Dios de todos los beneficios de la Redención. Hablaban de aquellas cosas que habían sido figuras de estos misterios y daban gracias a Dios de que se hubiese compadecido de su pueblo desde la eternidad. Malaquías estaba presente a todo, pero no habló.

Los apóstoles levantaron entonces sus cabezas y miraron mucho tiempo a Moisés, a Elías y a Malaquías. Cuando Jesús habló de su pasión y de su muerte en la cruz, extendió sus brazos en cruz y dijo: "Así será levantado el Hijo de Dios". Su rostro estaba vuelto al Sur y lleno de luz, mientras su vestido era blanco como la nieve. Jesús, los profetas y aún los apóstoles estaban levantados del suelo. Mientras tanto desaparecieron Moisés y Elías hacia el Este, y Malaquías hacia el Oeste, y se perdieron en la oscuridad. Fué entonces cuando Pedro, fuera de sí, dijo: "Maestro, es bueno para nosotros estarnos aquí; queremos edificar tres viviendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías". Pensaba él que no necesitaban más otro cielo: ¡era tan dulce estar allí y eran tan felices! Entendía unas viviendas donde honrar y venerar a esos santos, que vivirían con ellos. Todo esto lo dijo como fuera de sí de contento, por el éxtasis, y no sabía lo que decía. Cuando volvieron en sí, vino una nube blanca y tenue sobre ellos, como la neblina que cae por la mañana, y sobre Jesús he visto el cielo abierto y la figura de la Santísima Trinidad; Dios Padre sobre su trono, como un anciano Pontífice, y a sus pies coros de ángeles y muchas apariciones. Una onda de luz se posó sobre Jesús y como un susurro suave y penetrante llegó la voz del cielo: "Este es mi Hijo amado en quien me he complacido; escuchadle". Esto llenó a los apóstoles de miedo y reverencia; echaron sus rostros a tierra y volvieron a sentirse hombres flacos y débiles, que habían contemplado la grandeza de Dios. Estaban ahora con temor delante de Jesús, sobre el cual habían oído resonar la voz de Dios Padre.

Jesús se acercó a ellos, los tocó y les dijo: "Levantaos y no temáis". Se levantaron del suelo y vieron a Jesús solo. Eran como las tres de la mañana. La aurora ya aparecía y pesada

neblina se depositaba sobre los campos, al pie de la montaña. Los apóstoles estaban aún temerosos y serios. Jesús les dijo cómo les había hecho ver la Transfiguración del Hijo del Hombre para fortalecer su fe, para que no desmayasen cuando lo vieran maltratado por los pecados del mundo, en manos de los impíos; para que no se escandalizasen cuando vieran sus humillaciones en la Pasión y pudieran fortalecer también a los demás apóstoles. Recordó de nuevo la profesión de fe de Pedro, que le había reconocido antes que los demás como Dios y habló de la piedra sobre la cual quería fundar su Iglesia. Rezaron aún algún tiempo y con el clarear del día comenzaron a bajar la montaña por el Noreste. Mientras bajaban, les mandó que no dijeran a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos. Se recordaron del aviso y se mostraron desde entonces más reverentes y pensaban en la voz que habían oído: "A Éste, escuchad". Sentían pesar y miedo de las anteriores dudas y faltas de fe. Cuando luego se fueron acostumbrando con el claror y volvieron a las cosas de cada día, se iban comunicando sus pensamientos y preguntaban lo que significaría "hasta que el Hijo del Hombre resucitase de entre los muertos". No se atrevían por el momento a preguntar sobre esta duda a Jesucristo. No habían llegado aún al pie del monte cuando vieron que venían gentes con enfermos, a los cuales Jesús consoló y sanó de sus dolencias. La gente se asustaba ahora al verlo: había aún en su semblante algo de sobrenatural, de resplandor y de desacostumbrado.

Un poco más abajo estaban reunidas muchas personas en torno de los discípulos enviados el día anterior a misionar: había entre la multitud algunos escribas. Esta gente venía de la fiesta en viaje a sus casas y de paso se juntaron en torno de los apóstoles y con ellos se habían dirigido hasta aquí esperando a Jesús. Jesús los encontró en una disputa con sus discípulos. Cuando vieron acercarse a Jesús corrieron algunos a su encuentro, lo saludaron; pero se espantaron al ver su rostro, pues quedaba todavía algún rastro de la Divinidad en su semblante. Los otros apóstoles también notaron en la seriedad y temor de los tres testigos de que algo maravilloso había tenido lugar en el monte. Como preguntara Jesús por qué estaban discutiendo, se adelantó un hombre de Amthar, población de las montañas de Galilea (lugar donde había tenido lugar el hecho de Lázaro y el rico Epulón). Se echó a los pies de Jesús y le rogó quisiera ayudar a su hijo único, que era lunático y poseído de un demo-

nio mudo, que lo maltrataba, arrojándolo a veces en el fuego o en el agua y lo maltrataba de tal manera que le hacía clamar por el dolor. Decía que se lo había presentado en Amthar a sus apóstoles, pero que no lo habían podido librar del demonio, y que sobre esto estaban ahora disputando con ellos y los escribas. Dijo Jesús entonces: “¡Oh generación infiel y perversa! ¿Cuánto tiempo estaré todavía con vosotros, y por cuánto tiempo os tendré que aguantar aún?” Mandó luego al hombre que le trajese al niño. El hombre trajo a su hijo, al cual había conducido hasta allí, sobre sus hombros, como una oveja. Ahora lo traía de la mano. Al ver a Jesús comenzó a debatirse furiosamente y el demonio lo echó al suelo. Se retorció y se agitaba mientras la baba le salía de la boca. Jesús lo mandó aquietarse, y se quedó tranquilo. Preguntó al padre desde cuándo tenía ese mal y el padre dijo que desde la niñez. “Si Tú puedes algo, ayúdanos; ten compasión de nosotros”. Jesús contestó: “Si tú puedes creer, a quien tiene fe todo le es posible”. El padre exclamó, sollozando: “Señor, yo creo; pero ayuda a mi incredulidad”.

A esta exclamación fuerte del padre se acercaron los del pueblo que se habían mantenido apartados. Jesús levantó su mano en son de conminación hacia el niño y dijo: “Espíritu mudo e inmundo, Yo te mando: sal de este niño y no vuelvas jamás a él”. Clamó fuertemente el espíritu en el niño, lo maltrató y salió de él. El niño quedó tendido, como muerto, pálido y sin movimiento. Muchos de los presentes dijeron, al ver que no volvía en sí y no lograban hacerlo reaccionar: “Está muerto, y bien muerto”. Jesús lo tomó de la mano, lo levantó sano y bueno y se lo entregó al padre, después de unas palabras de amonestación. El padre agradeció con lágrimas y con alabanzas, y todos los presentes alabaron al Señor. Todo esto sucedió como a unos tres cuartos de hora de un pequeño lugar, al pie del Tabor, donde el año anterior había sanado Jesús de la lepra al dueño del lugar, cuando el niño siervo de aquél se presentó a Jesús rogando por su señor.

Jesús anduvo luego con sus discípulos por delante de Caná, a través del valle de los baños de Betulia, hasta llegar al pueblo de Dothaím a tres horas de Cafarnaúm. Andaba casi siempre por caminos no principales, para evitar el concurso de gentes que venían en grandes cantidades de las fiestas de Jerusalén. Marchaban en grupos, y Jesús a veces estaba solo, y a veces se juntaba con uno de los grupos. En este camino se le juntaron los apóstoles que habían sido testigos de su Transfiguración y

le preguntaron la explicación de esas palabras: "Hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos". Sobre esto habían estado disputando y pensando a solas. Sobre esto decían: "Los escribas enseñan que antes de la resurrección debe venir Elías". Respondió Jesús: "Elías ha de venir y ha de restaurar todas las cosas. Pero yo os digo que Elías ha venido ya. Pero ellos no lo conocieron; al contrario, hicieron con él lo que quisieron, según está escrito de él. De la misma manera sufrirá de ellos el Hijo del Hombre".

Habló otras cosas más y ellos entendieron que se refería a Juan Bautista. Cuando estuvieron reunidos todos los discípulos en el albergue, junto a Dothaím, preguntaron por qué no habían podido ellos echar al demonio mudo del niño. Jesús les dijo: "Por causa de vuestra incredulidad; si tuvierais fe como un grano de mostaza diríais a ese monte: pásate de allí, y él se movería, y nada os sería imposible. Esta clase de demonios sólo se echa con oración y ayuno". Les enseñó cómo debían quebrar la resistencia del demonio; cómo la fe debe animar esta acción; cómo esta fe se fortifica con el ayuno y la oración, en cuanto que se le quita dentro de sí la fuerza al enemigo que se quiere echar del cuerpo de los demás.

XXVIII

Jesús en Cafarnaúm y en los alrededores

Jesús partió desde Dothaím por el camino directo a Cafarnaúm, donde fueron recibidos con fiestas los que venían del viaje a Jerusalén. Jesús y sus apóstoles fueron invitados a una comida, donde se encontraban algunos fariseos. Cuando se disponían a sentarse a la mesa llegó el discípulo Manahem de Korea, y llegando a Jesús, le presentó a un joven instruido de Jericó, que pedía ser admitido como discípulo, aunque había sido rechazado ya una vez. Esta vez se había dirigido al discípulo Manahem, a quien conocía. Este joven poseía muchos bienes en Samaría y Jesús le había dicho que se desprendiese de ellos. Ahora venía de nuevo: había ordenado todo y repartido entre sus parientes; pero reservábase una parte para sí, porque se mostraba muy preocupado por su subsistencia. Por esta razón no lo recibió Jesús entre los suyos y se alejó malhumorado. Los fariseos se irritaron contra Jesús, pues estimaban al joven; dijeron a Jesús que hablaba siempre de caridad y no tenía caridad;

que reprochaba a los fariseos que imponían cargas pesadas y que Él las imponía más pesadas. Añadieron que este joven era instruído y que Él se rodeaba sólo de pobres ignorantes; que no permitía lo necesario y lícito y en cambio permitía lo prohibido. Le reprocharon de nuevo la profanación del Sábado, el recoger las espigas de trigo, el no lavarse las manos, etc. Las contestaciones de Jesús los hicieron enmudecer.

Mientras estaba Jesús en la casa de Pedro, algunos venidos de Cafarnaúm discutían sobre el pago que debía hacer Jesús de dos dracmas como tributo. Pedro dijo que sí, que pagaría su Maestro, y al entrar en la casa, Jesús le dijo: “¿Qué necesitas tú, Pedro? ¿De quién exigen los reyes tributos en la tierra, de sus hijos o de los extranjeros?” Pedro respondió: “De los extraños”. Jesús dijo: “Los hijos entonces están libres; pero para que no se escandalicen, vete al lago, echa el anzuelo y al primer pez que pique sácale una moneda, con la cual pagarás por mí y por ti”. Pedro, lleno de fe sencilla, echó el anzuelo y pescó un pez. Le abrió la boca y encontró adentro una moneda redonda, alargada y amarilla, y con ella pagó por sí y por Jesús. El pescado era tan grande que pudieron comer de él todos en la comida del mediodía.

Luego preguntó Jesús de qué habían hablado los apóstoles en el camino desde Dothaím a Cafarnaúm. Callaron, porque habían tratado de quién de ellos sería el mayor en el reino de Dios. Jesús, que conocía sus pensamientos, les dijo: “Quien quiera ser el primero, sea el último y el siervo de todos”. Después de la comida se retiró con los doce y los discípulos a Cafarnaúm, donde había una fiesta para los recién llegados de Jerusalén, acabadas las fiestas. Las calles y las casas estaban adornadas con festones de ramas y flores. Niños, ancianos, mujeres y los escolares venían al encuentro de los viajeros, los cuales se habían reunido como en procesión, caminando por las calles, visitando las casas de los amigos y de los principales del pueblo. Los fariseos y muchos otros andaban allí muy contentos con Jesús y los discípulos; después se separaron. Jesús visitó muchas casas de gente pobre y de amigos. Le traían a los niños, a los cuales bendecía y obsequiaba. En el mercado y plaza, de una parte estaba la sinagoga vieja y de la otra la nueva edificada por Cornelio, con galerías y pórticos. Aquí saludaron a Jesús los niños de las escuelas y muchas madres vinieron con sus criaturas. Jesús permaneció enseñando todo el día. Bendijo a los niños, los exhortó y les repartió a todos, pobres y ricos, ves-

tiditos iguales que habían confeccionado las santas mujeres de la comunidad y que habían traído desde Jerusalén. Recibieron también frutas, pizarras para escribir y otros regalos. Los discípulos volvieron a la cuestión de quién sería mayor en el reino de los cielos. Entonces Jesús llamó a una mujer distinguida, esposa de un comerciante, que estaba a cierta distancia con su hijo de cuatro años. La mujer se cubrió con el velo y se adelantó con su niño. Tomó Jesús al niño y la madre se retiró a un lado. Jesús abrazó al niño, lo puso delante de los discípulos, en medio de muchos otros niños que estaban allí, y dijo: "Quien no se hiciere como niño, no entrará en el reino de los cielos. Quien recibe a un niño en mi nombre, me recibe a Mí, y también a Aquél que me envió. Quien se humillare como este niño, éste será el mayor en el reino de los cielos".

Juan habló en esta ocasión, ya que hablaba de recibir en su nombre, diciendo a Jesús que habían prohibido a uno, que no era de los discípulos, el echar los demonios. Jesús los reprendió por ello y habló aún largamente. Luego bendijo al niño, que era muy amable, y le dió frutas y un vestidito; hizo señas a la madre y le entregó su criatura, mientras le decía palabras proféticas sobre el niño y su futuro, cosas que sólo se entendieron después. Más tarde fué discípulo de los apóstoles, y es Ignacio, obispo y mártir.

Mientras ocurría esto, había allí una mujer entre el pueblo cubierta con un velo. Estaba fuera de sí por el contento y la emoción y decía muchas veces a media voz, con sus manos juntas, de modo que la oían las demás mujeres: "Bendito el seno que te llevó y benditos los pechos que te criaron. Y felices más aún los que oyen las palabras de Dios y las observan". Decía esto con tono de profunda devoción, con movimiento de las manos, en cada pausa que hacía Jesús, llena de emoción, de amor y de ternura. Tomaba parte así, en modo sencillo de niña, en los dolores y vida de Jesús. Esta mujer era Lea, esposa de un fariseo, muy contrario a Jesús, de Cesarea de Filipo. Era hermana del marido difunto de Enué, la mujer sanada del flujo de sangre de Cesarea de Filipo. Esas palabras: "Feliz el seno que te llevó" ya la había proclamado aquí y Jesús le había respondido: "Más dichosos aún los que oyen la palabra de Dios y la guardan". Desde entonces decía estas palabras con la añadidura de Jesús y las repetía de continuo, como una oración llena de afecto y de ternura hacia Jesús. Se juntó más tarde a las santas mujeres y dió mucha limosna para la comunidad de

Jesús. Jesús enseñó en la plaza hasta que llegó el Sábado y se dirigió a la sinagoga. La lección versó sobre la purificación de los leprosos y sobre la carestía y hambre de Samaría, según lo predicho por Eliseo. Jesús, los apóstoles y algunos discípulos se dirigieron a Betsaida, adonde habían llegado otros muchos discípulos; algunos de retorno de sus misiones, otros de los pueblos en donde habían estado. Unos venían de la Decápolis y Gergesa, atravesando el lago, y estaban bastante maltratados y necesitados de cuidados. Fueron recibidos con afecto en la orilla, se abrazaron y les prodigaron toda clase de cuidados. Fueron llevados a la casa de Andrés, se les lavó los pies, se les preparó un baño, se les dió otros vestidos y se les preparó una comida. Como Jesús se mostrase lleno de solicitud, sirviendo, dijo Pedro: "Señor, ¿por qué quieres Tú servir? Deja esto a nosotros". Jesús le dijo que había sido enviado para servir; lo que se hacía a éstos, es como si se hiciera al Padre celestial. Habló de nuevo sobre la humildad. Quien se hace el menor de todos y servidor de todos, ése será el mayor. Quien sirve, no por amor, y hace estas cosas en favor del prójimo, no por ayudar al hermano, sino con intención de ser el primero, ése es hipócrita y servidor interesado y renuncia al galardón de Dios; ése se sirve a sí mismo en el prójimo. Había allí esa vez 70 discípulos juntos: hay todavía algunos misionando en torno de Jerusalén.

Jesús tuvo en esta ocasión la oportunidad de hacer una tierna y misteriosa aclaración a sus discípulos, en la cual les dijo claramente que Él no había nacido de hombre, sino por obra del Espíritu Santo. Habló con gran veneración de su santa Madre María; la llamó la más pura, santa y elegida criatura; la Virgen predestinada por la cual habían suspirado a través de los siglos los corazones de todos los fieles, con las lenguas de los profetas. Les recordó el testimonio de su Padre celestial en las orillas del Jordán. No habló de la Transfiguración. Habló de la felicidad del tiempo en que vivían, por tenerlo a Él presente, que había venido para reconciliar al hombre con su Dios. Habló con palabras llenas de misterio de la caída del hombre, de su apartamiento de su Padre celestial, del poder del espíritu del mal y de Satanás sobre ellos, y cómo por la venida de Él, el Mesías nacido de la suspirada Virgen María, se había restablecido de nuevo el reino de Dios entre los hombres, y cómo por Él y en Él podían todos ser recibidos de nuevo entre los hijos de Dios. Por Él se restablecía el puente de unión entre Dios y el hombre; por eso el que quiera ir a Dios debe pasar

por Él y con Él, dejando lo terreno y lo pasajero del mundo. Dijo también que el poder de Satanás había sido quebrado en el mundo, y cómo todo lo malo entre los hombres y la naturaleza puede ser vencido con unirse a Él en la fe y en el amor y en su Nombre. De esto habló con solemnidad y con intensa seriedad. No entendieron todo y estaban turbados cuando Jesús les habló también de su Pasión. Los tres que habían estado con Él en el Tabor estaban ahora más serios y pensativos. Todo esto sucedió durante el Sábado. Los discípulos se albergaban en Cafarnaúm y en la casa de Pedro, delante de la ciudad. Todos tomaban su alimento juntos, como religiosos que viven en los conventos. Al día siguiente después del Sábado se dirigió Jesús con los suyos al Norte de Cafarnaúm, hacia la montaña de la despedida, a unas dos horas de distancia, donde estaban los hombres segando las mieses, y, andando entre ellos, a veces enseñaba a los discípulos y a los apóstoles.

He visto al trigo más alto que la estatura del hombre. Lo cortaban a una altura cómoda, un medio codo de largo. Los granos eran mucho más gruesos y grandes que entre nosotros y para que los tallos no se inclinasen al suelo suelen rodear los campos de trigo con vallados de palos y estacas. Tenían una especie de hoz que más parecían azadones que hoces. Con la mano derecha cortaban un manojo de tallos, que sujetaban con la mano izquierda, de tal manera que cortados les caían en los brazos, que luego ataban en gavillas. Era un trabajo pesado, pero lo hacían con rapidez. Todo lo que caía al suelo pertenecía de derecho a los pobres cosechadores. Jesús enseñaba a estos obreros en los momentos de descanso; les preguntaba cuánto habían cosechado, cuánto sembrado, a quién pertenecía el trigo, cómo era el suelo, cómo lo solían cultivar. Con estas preguntas unía sus parábolas de la semilla, de la cizaña, del grano de trigo, del juntar y quemar la paja. Enseñaba a los discípulos cómo debían ellos a su vez evangelizar, y de lo predicado hacía enseñanza: declaraba espiritualmente la cosecha, el sembrador y el segador y que ahora debían ver de acopiar semillas para sembrar luego, pues Él no estaría mucho tiempo aún en su compañía. Los apóstoles se asustaron y preguntaban si se quedaría con ellos hasta Pentecostés. Jesús les dijo: “¿Qué sería de vosotros si Yo no estuviera algún tiempo con vosotros?”

Entre los pastores aprovechaba la ocasión de hablar con ellos. “¿Esta majada es tuya? ¿Es de varios dueños? ¿Cómo haces para cuidarlas? ¿Por qué se apartan algunas de tu rebaño?” Les

hablaba luego de la oveja perdida, del buen pastor y de otras parábolas. Después Jesús se fué a un valle que se extendía al Oeste, más alto que Cafarnaúm. A su derecha estaba la montaña de Safet. Aquí caminaba entre los pastores y segadores con sus discípulos, enseñando. Hablaba de los deberes del buen pastor, lo refería a Sí mismo, y cómo Él iba a la muerte para salvar sus ovejas. Así enseñaba a los discípulos cómo tenían que ir y enseñar a los pobres trabajadores en esos apartados sitios, esparciendo entre ellos la buena semilla. Este andar y enseñar por estos lugares apartados, llenos de tranquilidad y de paz, era sumamente conmovedor. Después de haber ido por el Norte, torcieron hacia el Oriente de donde habían venido y entraron en la población de Lekkum, que está a una media hora del Jordán, adonde se habían dirigido los seis apóstoles en la primera salida que hicieron para misionar.

Jesús no había visitado aún este lugar. Habían llegado a la ciudad los peregrinos que volvieron de Jerusalén y cierta cantidad de fariseos. La gente contaba a los que la visitaban las atrocidades de las matanzas de los galileos en el templo; a Jesús aún no le habían dicho nada.

Lekkum es un lugar pequeño, pero próspero, a media hora del Jordán y a unas horas de su entrada en el lago. Los habitantes son judíos; sólo en las afueras viven algunos paganos pobres dejados por las caravanas que pasan y que viven en chozas. Todos están ocupados en la industria del algodón. Preparan la materia prima y hacen mantas y géneros. Veo que hasta los niños trabajan en esta industria.

Celebran una fiesta por la vuelta de los peregrinos de Jerusalén, como en Cafarnaúm. Las calles están adornadas con festones de ramas y flores; los recién llegados visitan las casas de sus amigos y los niños de la escuela salen a su encuentro. Jesús entró en algunas casas de pobres y enfermos y sanó a algunos. En la plaza hizo un sermón, primero a los niños, a los cuales besaba y abrazaba; luego a los jóvenes y doncellas, que habían acudido con sus respectivos maestros con ocasión de esta fiesta. Cuando los niños y jóvenes volvieron a sus casas, enseñó a grupos de hombres y de mujeres, y les habló del matrimonio con toda clase de parábolas y comparaciones. Les dijo que la naturaleza humana está muy manchada con pasiones malas, las que hay que dominar con la oración y la mortificación. Quien sigue sus malas inclinaciones se acarrea males: las obras malas le siguen al hombre, le acusan y le delatan. Nuestro cuerpo es una

imagen del Creador, y Satanás quiso destruir esa imagen. Las demasías traen pecado y enfermedad; producen deformación y maldad. Exhortó a la castidad, a la templanza y a la oración. Esta abstinencia, oración y continencia es lo que distinguió a los santos y a los profetas. Todo esto lo explicó con parábolas del sembrar el trigo y del limpiar el campo de piedras y de cizaña, con el descanso en paz de los campos, con la bendición de Dios sobre los sembrados, cuando son bienes poseídos honestamente. También usó de la comparación del estado del matrimonio con el cultivo de un viñedo y con la necesidad de podar sus sarmientos. Habló de las mejoras de las vides, de las familias piadosas, con parábolas de podar e injertar buenas clases de vides, y de mejorar las razas decaídas y depravadas. Habló de la santidad del padre común Abrahán y de la alianza de la circuncisión: de cómo sus descendientes volvieron a pervertirse, especialmente en la mezcla con los pueblos paganos y con las licencias que se tomaban. Habló del dueño del viñedo que envía a su propio Hijo y cómo habían de tratar a ese Hijo. Las gentes estaban muy conmovidas; muchos lloraban y se sentían movidos a convertirse. Esta enseñanza la dió Jesús porque nunca habían sido instruídos en estos misterios y vivían bastante libremente. Les habló de la necesidad de la cooperación, de la buena voluntad en la oración, de la renuncia y de la abnegación. Decíales que lo que se privaban en alimento, bebida y superfluidades de la vida, lo pusieran llenos de confianza en las manos de Dios, con la petición de que lo haga llegar a los pobres y a los pastores que viven solitarios en los campos desiertos. El Padre que está en los cielos oirá, como buen Dispensador, la oración, si ellos, como siervos fieles, le entregan para los pobres o conocidos o buscados voluntariamente, ya que el Padre mismo les había dado a ellos muchas cosas superfluas. Esto era cooperación y Dios trabaja con aquellos siervos fieles y creyentes. Trajo la comparación de ciertos árboles que favorecen el crecimiento de otros como por amor y buen deseo, sin dañar ni perjudicar a otros, ni tocarlos siquiera.

Desde Lekkum partió Jesús, a través del Jordán, a Betsaida-Julias, donde enseñó. Aquí también se festejaba a los recién llegados de Jerusalén. He visto a Jesús caminar con sus discípulos, algunos fariseos, escribas y hombres principales de Julias, mientras enseñaba. Le contaron la matanza de los galileos en el templo de Jerusalén. He oído en esta ocasión que murieron unas cien personas de Jerusalén y unos 150 de los fanáticos que

seguían a Judas Gaulonita: éstos habían, en efecto, persuadido a muchos de Jerusalén a acompañarlos al templo, pues temían ir solos a hacer sus ofrendas y sacrificios. Esta gente se había juntado con los fanáticos, aunque no participaban de sus ideas de negar el tributo al César y así perecieron allí por estar confundidos con los revoltosos.

La región de Julias es sobremanera hermosa, fértil, casi solitaria y verde, llena de camellos y asnos, que andan pastando y un refugio de toda clase de animales y pájaros, como un parque zoológico. Hay diversos caminitos y varios arroyuelos que se dirigen al lago. Al sol de mediodía todo el lago brilla como un terso espejo.

El camino principal corre junto al río Jordán. Aquí reina la soledad. Jesús y los suyos pasaron el Jordán y se dirigieron a Betsaida y Cafarnaúm, y siendo Sábado Jesús enseñó allí. Se leyeron los rollos donde Moisés habla de los sacrificios de reconciliación que deben sacrificarse sin tomar la sangre. Habló también de los parentescos prohibidos en los casamientos. La lectura fué también de Ezequiel sobre los pecados de Jerusalén (III, Moisés, 16-19; Ezeq. 22). Jesús fué invitado a una comida con sus discípulos por un fariseo: la casa estaba cerca de la del centurión Cornelio. Se encontraba allí un enfermo, que pidió salud. Preguntó Jesús a los fariseos si era lícito curar en Sábado. Como no contestaran, Jesús puso sus manos sobre el enfermo, y lo sanó. Cuando éste se alejaba dando gracias y cantando las alabanzas de Dios, Jesús dijo a los fariseos lo que solía decir con frecuencia: "Ninguno de vosotros dejará a su asno o a su buey perecer, si en día de Sábado cae en un pozo". Se irritaron, pero no supieron qué contestar. Los fariseos habían invitado sólo a sus amigos y parientes, y como viera que elegían los mejores puestos en la mesa, dijo Jesús: "Cuando seas invitado no tomes los primeros puestos, pues puede venir uno más principal, y el dueño hacerte desocupar, con vergüenza, tu puesto. En cambio, si ocupas un lugar más bajo, vendrá el dueño y dirá: Amigo, sube más alto, y esto será honroso para ti. Quien se humilla será exaltado, quien se exalta será humillado". Al dueño le dijo: "Quien invita a los amigos ricos y principales, que le invitarán a él, ya recibió su merced. Quien invita a pobres, enfermos, ciegos y estropeados, que no le pueden retribuir, recibirá su premio y será dichoso en el día de la resurrección". Uno de los presentes dijo: "Sí, dichoso el que

pueda sentarse a la mesa en el reino de Dios". Jesús se volvió a él y contó la parábola de la gran cena.

Jesús había hecho venir, por medio de los apóstoles, a muchos pobres, y preguntó a los fariseos si habían preparado para Él esa comida, y como dijese que sí, les agradeció. Luego que hubieron comido hasta saciarse hizo repartir a los pobres lo que quedaba en las mesas.

Después se dirigió con los suyos, atravesando las posesiones de Zorobabel, a una comarca hermosa y solitaria entre Tiberíades y Magdalum. Como le siguiera mucha gente, habló de su seguimiento. Dijo que quien quería seguirle y ser su discípulo, debía amarle a Él más que a sus próximos parientes, más que a sí mismo y debía llevar su cruz en pos de Él. Quien quiere edificar una torre debe primero calcular si podrá concluir y no ser burlado luego. Quien quiere ir a la guerra debe calcular sus soldados contra los del enemigo, y si no tiene fuerzas debe pedir la paz. Para ser su discípulo hay que renunciar a todo.

XXIX

Jesús predica en el monte, junto a Gabara

Jesús caminó, enseñando, a través de la comarca de Genezaret y envió a muchos de los más antiguos discípulos para que invitasen al pueblo a un sermón de varios días en el monte, junto a Gabara. Debía empezar el Miércoles a mediodía. Yo oí indicar la fecha de otra manera, pero entendí que correspondía a lo que sería más tarde un Miércoles. Muchos discípulos atravesaron el lago para ir a Gergesa, a Dalmanutha y a Decápolis para invitar a la gente. Les dijo que invitaran a todos; que ya no estaría mucho tiempo con ellos; que trajeran al lugar a cuantos fuera posible. Salieron en varias direcciones como 40 discípulos. Permanecieron con Él los que habían regresado últimamente de sus misiones y los apóstoles a los cuales enseñaba. Caminó con ellos hacia Tarichea, al Sur del lago. No se podía ir desde la orilla del lago hasta Tarichea, pues a dos horas antes de la ciudad hay costas acantiladas que llegan al mar. Jesús pasó al Oeste de Tarichea cruzando un puente, hacia un poblado que estaba en el dique de piedra, extendido desde Tarichea hasta la desembocadura del Jordán en el mar. A los lados del puente había dos hileras de casas. Antes de llegar allí tuvo que pasar junto a la casa de los leprosos, donde el año pasado había

sanado a varios. La gente supo que se acercaba Jesús y le salió al encuentro, agradeciéndole, mientras otros leprosos que habían llegado, gritaban por salud, y Jesús los sanó. También en las afueras de la ciudad le trajeron muchos enfermos, desde Dalmanutha, en barcas: a todos los sanó.

Este dique se hundió, con ocasión del terremoto, en la muerte de Jesús, con las casas de los alrededores, y no se reparó, dado que también el lago revuelto cambió de aspecto en varios lugares. Tiberíades era entonces como una ciudad a medias; de la otra parte no se había edificado aún.

De todos lados iban yendo gente a la montaña de Gabara y muchos en barcas, a través del lago. Llevaban tiendas y víveres para varios días; a los enfermos los cargaban sobre asnos. Los discípulos tenían que ordenar a las multitudes. Cuando Jesús se dirigía con sus apóstoles a Gabara, vinieron algunos fariseos preguntado qué pasaba, pues estaba todo el país en desorden y movimiento, corriendo hacia la montaña. Jesús les contestó que viniesen ellos también al sermón mañana: que Él mismo los había invitado; que ya no estaría mucho tiempo con ellos. También acudieron las santas mujeres al albergue al pie de la montaña, para atender las necesidades de Jesús y de sus discípulos. Era a eso de las diez de la mañana cuando llegó Jesús a su sitio. Los discípulos habían dispuesto a la gente de modo que se fuesen adelante, turnándose, para oír mejor, pues había muchos más de los que podía contener el espacio de los oyentes. La gente vivía bajo tiendas, cada uno con el grupo de su ciudad. Cada comarca había adornado su campamento con un arco triunfal de ramas y hojas y en el medio una muestra de las mejores frutas de su región. Así unos tenían vides y uvas, otros trigo o algodón, cañas de azúcar, hierbas y toda clase de bayas y frutas. Todo estaba adornado de flores y hacía el conjunto una hermosa figura. Una cantidad de palomas y de aves de varias clases, atraídas por las frutas, se acercaban mansas y se dejaban alimentar en las manos de los hombres. Muchos fariseos, saduceos y herodianos se habían dado cita y se colocaron cerca del sitio de Jesús. Tenían mejores asientos, traídos de antemano. Jesús reunió a sus discípulos junto a Él, ocupando lugar delante. Primero rezó y luego dijo al pueblo que observara orden y atención, pues iba a enseñar lo que otros no se habían ocupado de enseñar y que era necesario saber para su salud.

Les dijo que lo que ahora no podían comprender, se lo repetirían los discípulos después. “Los mandaré a ellos, porque ya no estaré mucho tiempo con vosotros”. Previno a sus discípulos públicamente que se guardasen de los fariseos y de los falsos profetas. Después enseñó al pueblo sobre la oración y el amor fraterno. Los discípulos cambiaban a los oyentes próximos para que se acercaran los más alejados. Los fariseos y escribas interrumpción. La gente se turnaba para ir a comer. No he visto nes. Él no los escuchaba; hablaba severamente contra su conducta, previniendo al pueblo: esto los irritaba mayormente. No sanó, sino que hacía traer más cerca a los enfermos en sus camillas para que oyesen mejor; les dijo que tuvieran paciencia y esperasen el final de su predicación. Enseñó hasta la tarde, sin interrupción. La gente se turnaba para ir a comer. No he visto a Jesús comer en todo este tiempo. Enseñó todo el día al pueblo, de modo que su voz al final era débil, apenas perceptible. Por último bajó del albergue que estaba al pie de la montaña. Había pertenecido esta casa al castillo de Magdalum de María Magdalena; cuando Lázaro vendió el castillo se la reservó para albergue de los discípulos.

Lázaro y Marta, Dina y la Suphanita, Maroni de Naím y María, Madre de Jesús, y otras mujeres de Galilea habíanse reunido allí trayendo telas y géneros para hacer ropas, y vestidos ya hechos. Habían preparado una modesta comida para Jesús y sus discípulos; lo sobrante lo repartieron entre los necesitados. Al día siguiente continuó Jesús su enseñanza en la montaña: habló de nuevo de la oración, del amor fraterno, de la vigilancia en el buen obrar y de la confianza en la bondad de Dios, y avisó a los oyentes que no se dejasen seducir de personas que los perseguirían y hablarían mal de ellos. Los fariseos estaban hoy más inquietos que ayer; se habían reunido en gran cantidad con intención de contradecir y disputar con Jesús. Decían que era un agitador, perturbador del orden, que sacaba a la gente de su trabajo para seguirle a Él por todo el país. Añadían que tenían sus sábados, sus fiestas y su doctrina y no necesitaban oír novedades. Le echaron en cara las mil cosas que ya habían dicho a Él y a sus discípulos, y terminaron amenazándolo con denunciarlo a Herodes: que lo acusarían de su doctrina y de su proceder; añadieron que ya Herodes lo tenía en vista y pronto terminaría con Él.

Jesús les contestó severamente, diciendo que seguiría enseñando y obrando sin cuidarse de Herodes, hasta completar su

misión. Los fariseos se pusieron tan atrevidos e irritados que el pueblo tuvo que rodear a Jesús: de este modo se alejaron llenos de enojo. Jesús continuó enseñando con palabras conmovedoras y llenas de ternura. Como muchos de los oyentes estaban rendidos por el viaje y otros habían consumido sus provisiones, mandó Jesús a los discípulos que trajeran panes, miel y pescados para que los repartieran entre ellos. Trajeron en grandes cestos estos alimentos. Se repartió entre los necesitados telas, mantas, géneros y vestiditos para niños. Las mujeres repartían estas prendas a las mujeres y niños, mientras los discípulos hacían lo mismo entre los hombres. Todo lo habían provisto las santas mujeres.

Jesús continuó enseñando a los nuevos llegados y las mujeres se retiraron al albergue para preparar la cena. Jesús les prometió enviarles a sus discípulos para repetirles sus enseñanzas, puesto que Él iba a retirarse por algún tiempo. Bendijo a los oyentes, los despidió y les dijo que al día siguiente por la mañana sanaría a los enfermos traídos. Permaneció largo tiempo aún con sus discípulos, les advirtió la manera de proceder de los fariseos y cómo debían guardarse de sus insidias. Muy tarde bajó con los suyos de la montaña para ir al albergue donde estaba preparada una comida para todos. Lázaro habló de la matanza de los galileos en el templo, que era la conversación común entre los discípulos, y dijeron también cómo algunas de las personas parientes de Juan Bautista, de Hebrón y de Jerusalén, habían ido a Macherus para rescatar la cabeza de Juan Bautista, pues ahora estaba la fortaleza desocupada y se estaba edificando allí.

Al tercer día por la mañana volvieron Lázaro y las mujeres a sus casas, mientras Jesús y sus discípulos fueron a las tiendas a ver a los enfermos que habían traído hasta cerca del albergue. Otras tiendas estaban aún al pie del monte donde había predicado Jesús. Jesús sanó ayudado de los apóstoles a todos los enfermos, los cuales no se alejaron hasta que estuvieron todos restablecidos. Los discípulos repartieron restos de telas y alimentos entre los necesitados. Los sanados llenaron el aire con sus cantos de alabanza y de acción de gracias; todos se alejaron para llegar a sus casas antes del comienzo del Sábado.

Jesús se dirigió hacia Garisima, como a una hora de camino al norte de Séforis, al final del valle. Envío delante a algunos discípulos para que preparasen el albergue; Él tomó un camino algo desviado, para evitar el encuentro con más enfermos. Los

he visto entrar por algún tiempo en la población de Kapharot, cerca de Jotapata. Por aquí pasaba un camino de Cafarnaúm a Jerusalén. En esta región anduvo Saúl poco antes de consultar a la adivina de Endor. De Kapharot a Garisima había como cinco horas de camino. Este lugar estaba rodeado de viñedos; tenía el sol por el Este y el Sur. Los discípulos enviados le salieron al encuentro en una parte del camino: habían preparado un albergue delante de la ciudad. Le lavaron los pies y comieron. Jesús se dirigió a la sinagoga y enseñó sobre el Levítico y el profeta Ezequiel. No hubo aquí contradictores. Todos estaban maravillados de su conocimiento de la ley y de sus admirables explicaciones. Después se retiró Jesús al albergue con los suyos. Comieron con Él algunos parientes venidos de Séforis. Habló de su próxima partida. Se reunieron aquí como un centenar, entre apóstoles y discípulos. Estaban los dos hijos de aquel Cirino de Chipre, ya bautizado, y otros judíos venidos de Chipre. Había una cantidad considerable de judíos que, de vuelta de las fiestas de Jerusalén, se disponían a volver a Chipre. Éstos escucharon su explicación del Sábado con admiración. Todos desearían a Jesús en Chipre, donde estaban radicados muchos judíos, en completo abandono religioso.

Jesús enseñó en Garisima sobre una colina: luego a solas con sus discípulos, de los cuales algunos habían estado ausentes, les repitió y aclaró sus enseñanzas y parábolas; repasó en general toda su enseñanza en modo fácil y sencillo, como a niños. Se retiró luego con los suyos a unas cuatro o seis horas de Garisima, hacia la montaña al Noroeste, y en una comarca solitaria pasaron la noche. Había allí rebaños de camellos, de asnos y de ovejas en las praderas, al Oeste de la montaña que corre en medio de la comarca. Las praderas están en zigzag entre colinas y alturas. En este lugar solitario había muchas palmeras y cierta clase de árboles que entrelazan sus ramajes, de modo que se podía estar bajo ellos como a cubierto de una choza. Allí vivían muchos pastores. Jesús empleó el mayor tiempo en oración y en instruir a sus discípulos. Volvió a repetirles muchas enseñanzas. Me llamó la atención que les dijera que no debían tener bolsas aparte con dinero y las entregaran al principal de cada grupo. Cada grupo de diez tenía un jefe. Les dijo cómo debían conocer los lugares donde podían hacer algún bien; que debían sacudir las suelas de sus sandalias en los sitios donde no los recibieran y cómo debían comportarse donde los recibían bien. En cuanto a lo que deberían responder, al ser preguntados,

que no se preocuparan, pues se les vendría a la boca lo que debían decir; que por lo demás, no se asustaran de nadie, pues sus vidas no estaban aún en peligro.

Yo veía con frecuencia a algunos hombres de largos bastones y especie de hachas que andaban por los valles: eran cuidadores de los ganados, porque solían venirse fieras desde la orilla del mar a devorar las ovejas.

Muy temprano, a la mañana siguiente, Jesús envió a sus discípulos. Antes les había impuesto las manos a algunos apóstoles y principales discípulos; a los demás sólo he visto que los bendecía. Los llenó a todos de nuevo vigor y fuerza. No fué ésta todavía una consagración, sino sólo un refuerzo y una ayuda. Les recomendó obediencia al jefe de cada grupo. Pedro y Juan no quedaron con Jesús: Pedro se dirigió al Sur, hacia Joppe, y Juan al Este, en dirección de Judea. Otros partieron a la Alta Galilea y otros a Decápolis. Tomás recibió la misión de ir a los gerasenos; se dirigió con un grupo de discípulos a la población de Asach, ciudad situada sobre una altura, entre dos valles, a nueve horas de Séforis. Había aquí muchos judíos levitas. Jesús se dirigió al Noroeste con cinco apóstoles, cada uno de los cuales tenía a sus órdenes diez discípulos. Recuerdo haber visto a Judas, a Santiago el Menor, a Tadeo, a Saturnino, a Nathanael, a Barsabas, Asor Mnason y a los discípulos de Chipre. Caminaron el primer día unas seis a ocho horas. Había ciudades a derecha e izquierda, y varios grupos se dirigían a algunas de ellas. Jesús caminó, dejando a Tiro a su izquierda, a orillas del mar. Había señalado a los apóstoles y discípulos un lugar donde al cabo de treinta días debían volver a encontrarse. Pernoctó bajo el follaje, con sus acompañantes, como la noche anterior.

XXX

Jesús va a Ornitópolis y se embarca para Chipre

He visto después a Jesús con unos cincuenta acompañantes, discípulos y otros, caminando entre los peñascos y barrancos de una montaña. Una admirable vista: a ambos lados de la montaña se veían viviendas durante horas y horas: la gente vivía allí en cavernas y cuevas naturales, con frecuencia cubiertas con juncos y hierbas. De trecho en trecho habían levantado paredones para impedir desmoronamientos de la montaña.

Vivían aquí pobres familias paganas, que debían cuidar el camino e impedir el asalto de las fieras y animales en el poblado. Esta gente acudió a Jesús implorando su ayuda contra las fieras. Eran estas alimañas especies de lagartos de anchas patas, con manchas sobre el cuerpo. Jesús bendijo esa comarca y mandó a las bestias retirarse a un oscuro pantano allí cerca.

A lo largo del camino crecían muchos árboles de naranjas silvestres: era una región a unas cuatro horas de Tiro. Jesús repartió aquí a sus acompañantes, y mientras marchaba, siempre adelante, entre estos barrancos, iba enseñando a las gentes pobres que vivían en esas cuevas y refugios. El camino llevaba hacia el pequeño río Seontes, de claras aguas, que se echa en el mar a unas cuantas horas al Norte de Tiro. Un puente alto de piedra pasa por este río y al otro lado se encuentra un amplio albergue donde volvieron a encontrarse los discípulos con su Maestro. Desde aquí envió a algunos discípulos a las ciudades de la comarca Chabul, y a Judas Iscariote lo envió con algunos discípulos a Caná, junto a Sidón. Los discípulos tenían que entregar el dinero al jefe del grupo. Sólo a Judas le dió Jesús un dinero para su uso: conocía la avaricia de este apóstol, y no quiso ponerlo en la ocasión de sustraer acaso el dinero de sus compañeros. Había manifestado ya Judas su ansia de dinero, aunque se gloriaba de vivir como pobre y de hacer economía. Cuando recibió Judas el dinero preguntó a Jesús cuánto podía disponer para cada día. Jesús le contestó que el que vive pobremente no necesita ni precepto ni medida, pues lleva la conciencia consigo como ley.

En este albergue le esperaban unas cien personas de aquéllas que había consolado y enseñado en Ornitópolis y en Sarepta. En parte le habían seguido, en parte vivían aquí, donde habían levantado una sinagoga. Recibieron a Jesús y a los discípulos con gran contento; les levaron los pies y les dieron alimentos. Estaban vestidos de fiesta con ropas antiguas, llevaban barbas largas y manípulos. Tenían costumbres propias y usos al modo de los esenios. También los paganos del lugar se mostraron corteses, pues, en general, estiman a los judíos, cosa que en otros lugares no sucede, por ejemplo en la Decápolis. Estos judíos descenden de un hermanastro del patriarca Judá, que había sido perseguido por sus hermanos Her y Onán y refugiado en esta comarca. Su familia se mezcló con los paganos y no pasó a Egipto. Los paganos, con los cuales se habían casado sus hijos, habían deseado unirse en matrimonio con los hijos o los siervos

de Jacob, cuando éste vino a habitar aquí después del caso de Dina. Traspasaron los montes y se apersonaron humildemente a Jacob pidiéndole poder casarse con algunos de su descendencia, comprometiéndose a someterse a la circuncisión. Jacob los desechó absolutamente. Cuando el hijastro de Judá se vino a habitar entre ellos, lo recibieron amigablemente y sus hijos se casaron entre sí. ¡Cómo aparece la Divina Providencia! ¡El deseo de estos pobres paganos en la esperanza de la redención, mediante el casamiento con la raza elegida, se ve cumplido de modo imprevisto por el arribo de este hermanastro de uno de los hijos de Jacob!

A pesar de las mezclas con los paganos, una familia se había mantenido incontaminada y fué instruída en la ley por el profeta Elías que anduvo mucho tiempo en estas regiones. Salomón había intentado reincorporarlos con los judíos, pero no había podido conseguirlo. Ahora había como cien personas de pura descendencia entre ellos. Elías había juntado esta descendencia de un hermano de Judá, y en tiempos de Joaquín y Ana algunos maestros judíos fueron a esa comarca para instruirlos y mantenerlos en la ley y en las costumbres judías. Estas familias vivían allí y la Sirofenisa se juntó a ellos cuando se vió libre de su enfermedad. Se mantenían muy humildes y no se consideraban dignas de habitar en la tierra santa con los demás. El chipriota Cirino había hablado mucho de ellos a Jesús en Dabrath, y Jesús tomó ocasión de estas referencias para hablar ahora con ellos familiarmente.

Enseñó primeramente, delante de un albergue, a una multitud congregada bajo una techumbre de follaje. Este albergue pertenecía a los judíos o había sido contratado por ellos. Después enseñó en la sinagoga donde muchos paganos lo escucharon, pero desde fuera. Esta sinagoga era bastante hermosa y alta: arriba tenía una azotea desde donde he visto un extenso paisaje. Por la tarde prepararon los judíos comida de fiesta a Jesús. Todos se esmeraron en manifestarle su admiración y su gratitud, porque no había desdeñado Él en venir hacia ellos, como el buen pastor en busca de las ovejas descarriadas, para predicarles la salud. Tenían sus registros de genealogía bien ordenados: se los mostraron a Jesús y se alegraron mucho al constatar que tenían el mismo origen que Jesús. Fué una comida cordial: estuvieron todos presentes. Se habló mucho de los profetas, en especial de Elías y sus profecías sobre el Mesías, como de Malaquías y que ya era el tiempo del cumplimiento.

Jesús les declaró todas estas cosas y les prometió introducirlos en Judea. En efecto, más tarde los trajo al Sur de Judea, entre Hebrón y Gaza. Jesús tenía en esta ocasión un vestido blanco largo, para viajar. Se solía ceñir y levantar un tanto los vestidos cuando se disponía a viajar. No llevaban bultos: lo indispensable lo llevaban debajo del vestido, en torno del ceñidor. Algunos tenían bastones. Nunca he visto a Jesús cubrirse la cabeza, fuera del caso de ponerse la tela que solía llevar al cuello y que alzaba sobre la cabeza para protegerse contra los rayos del sol. Había en esta región una invasión de asquerosos animales, con alas de piel, de cuerpo manchados que volaban velozmente. Eran como enormes murciélagos, que de noche chupaban la sangre de hombres y animales. Provenían de lugares pantanosos y hacían mucho daño. De ellos he visto también muchos en Egipto. No eran los llamados dragones, ni tan espantables. Los dragones eran tan abundantes y se los veía sólo en lugares muy desiertos. La gente vivía aquí de juntar nueces, castañas y otras bayas que colgaban como racimos de uva.

Desde el albergue se dirigió Jesús al puerto como a tres horas de Tiro. Allí se extiende una zona montañosa dentro del mar, como una isla: allí está la ciudad pagana Ornitópolis. Los pocos y buenos judíos que allí viven parecen servir a los paganos. He visto en los alrededores como treinta templos idolátricos. Me parece que toda la región del puerto pertenece a Ornitópolis. La Sirofenisa tiene allí tantas posesiones, edificios, tejedurías y aún barcos que me hace pensar que todo esto pertenecía a su marido y a sus antepasados. Ella no vive en Ornitópolis, sino en un castillo a la entrada. Detrás de Ornitópolis hay una altura y más allá está Sidón. Corre un riacho entre Ornitópolis y el puerto. Las costas entre Tiro y Sidón son en general escarpadas y agrestes, a excepción del puerto. Hay tantos barcos en el puerto que el conjunto parece otra ciudad.

La posesión de la Sirofenisa parece un conjunto de casas y campos, con industrias y fábricas, jardines y plantaciones, donde trabajan numerosas personas como siervos y esclavos. Se nota, con todo, que no hay ya tanta actividad, porque esta mujer quiere desprenderse de todo y que la gente se busque a otro patrón que los dirija. Ornitópolis está como a tres horas del lugar donde Jesús pernoctó; el de los judíos pobres está a sólo media hora de distancia.

Cuando Jesús va en línea recta desde aquí hacia el puerto, queda a su izquierda la ciudad de Ornitópolis. El lugar de los

judíos está más hacia Sarepta, que tiene el sol por la mañana, puesto que de este lado se levanta la montaña suavemente. En la parte Norte hay sombra y se está bien. Entre Ornitópolis, el lugar de los judíos y el puerto hay muchas casitas desparrahadas, de modo que mirando desde la altura es raro pensar que todas estas edificaciones formaron en un tiempo una sola cosa. Con Jesús estaban aún Santiago el Menor, Barnabás, Mnasón Azor, los dos hijos de Cirino y otro discípulo de Chipre que habían presentado al Señor. Todos los demás apóstoles y discípulos habían partido en misión. Judas Iscariote fué el postrero en partir con su comitiva hacia la Gran Caná.

Jesús fué con sus acompañantes a la casa de la Sirofenisa, la cual se lo había rogado por medio de aquel pariente sanado. Se reunieron muchos allí; también enfermos, pobres y estropeados, a los cuales sanó. La posesión de la Sirofenisa con sus talleres, fábricas, jardines y dependencias formaba un conjunto grande, como nuestra ciudad de Dülmen. En muchas galerías de edificios, donde se podía andar, estaban extendidas telas coloreadas de amarillo, violeta, rojo y azul celeste. El amarillo lo sacan de una planta que cultivan allí mismo. Para el colorado y el violeta usan unos caracoles del mar: había allí grandes depósitos, donde los criaban y conservaban cuando los pescaban en el mar. Se cultivaba también el algodón, aunque no era originario del lugar, que en general no es fértil, como los de Tierra Santa, y hay sitios pantanosos.

Cuando se mira desde aquí al mar, parecería que está más alto que el conjunto de las tierras: se ve azulado, como levantado hacia el cielo. En las orillas hay árboles gruesos y oscuros, no muy altos, cuyas ramas se extienden mucho. Estas ramas negruzcas son generalmente vacías: están llenas de insectos y alimañas que encuentran allí su refugio.

Jesús fué recibido con mucha fiesta en la casa de la Sirofenisa. Mientras estaba sentado a la mesa, la hija de la viuda vino a derramar un perfume sobre la cabeza del Salvador. La madre regaló a Jesús varias telas, fajas y monedas de oro triangulares; la hija, monedas que estaban unidas entre sí. Jesús no permaneció mucho tiempo aquí; se dirigió al puerto, donde fué recibido jubilosamente por los judíos congregados y por los que habían regresado de Jerusalén y se embarcaban ahora para Chipre.

Enseñó en la sinagoga: muchos paganos quedaron afuera de ella escuchando. Al claror de la luna le acompañaron todos

hasta el puerto y allí se embarcó con ellos. Era una noche clara de luna. Las estrellas parecen de mayor tamaño que en otras partes. Había allí una pequeña flotilla: una barcaza recibió el equipaje, las mercancías y los animales, especialmente asnos. Diez pequeñas embarcaciones a remo llevaban a los que habían asistido a las fiestas de Pascua, y a Jesús con los suyos. Cinco de estas embarcaciones arrastraban a la barcaza que estaba unida a ellas por delante y los lados por largas sogas. Las otras barcas navegaban en torno. Todas tenían, como la de Pedro en el mar de Galilea, sitios levantados en torno del mástil, para remar y descansar. En una de las barcas atadas estaba Jesús sobre ese sitio levantado, y bendijo el mar y la tierra mientras se disponían a marchar. He visto a muchos peces seguir detrás de las barcas, algunos muy grandes con bocas de forma particular. Parecía que jugaban y mostraban sus cabezas como escuchando las palabras de Jesús, que enseñaba durante la travesía. El viaje resultó tan feliz y rápido, con mar tranquilo y óptimo tiempo, que todos, judíos y paganos, exclamaban: "¡Qué travesía tan feliz! Esto lo debemos a Ti, ¡gran Profeta!" Jesús, que estaba junto al mástil, les dijo que callaran y dieran la gloria sólo a Dios; les habló del único Dios y de sus obras, de la vanidad de los dioses paganos, de la proximidad de los tiempos, del tiempo ausente, y de la gran salud que había venido al mundo, aún para los paganos, llamados también al reino. Toda la enseñanza fué dirigida a los paganos que la escuchaban.

Las pocas mujeres que estaban en las embarcaciones tenían lugar aparte. Muchas personas sufrieron fuertes mareos durante la travesía: estaban en los rincones de las naves y tenían frecuentes vómitos. Jesús sanó a los que estaban en su barca; pronto se supo esto y los de las otras naves clamaban a Él por salud. Jesús los sanó a distancia a todos. Luego los he visto en la hora de la comida. Llevaban fuego en recipientes de hierro y en agua caliente derretían unas sustancias claroscuros tajadas y enrolladas. Distribuían los alimentos a cada uno sobre platillos con borde y mango. En cada uno de estos recipientes había varios hoyos cavados donde se depositaban varias clases de alimentos, tortas y hierbas; el caldo o salsa se echaba encima.

Desde aquí a Chipre no se ve el mar tan ancho, como desde Joppe: no se ve más que agua. Las barcas llegaron hacia la mañana al puerto de Salamina: es un puerto seguro y muy ancho; las dos lenguas de tierra entran en el mar a ambos lados. La ciudad está como a media hora tierra adentro. No se conoce en

seguida porque todo ese espacio está lleno de jardines y arboleda. Había muchas embarcaciones. El barco donde habían llegado no pudo anclar porque la playa era como un alto paredón: calaba mucho y no pudo entrar. Echaron anclas a cierta distancia. En la playa había muchos barquitos que acudieron para transportar a los recién llegados: estos barquitos eran tirados con sogas hacia el puerto. En la barca donde llevaban a Jesús a la playa había sólo judíos, que lo recibieron con gran alegría.

En la playa se habían congregado muchos judíos de la ciudad, vestidos de fiesta. Esperaban la barca que habían visto venir de lejos y era costumbre recibir con regocijo a los que volvían de las fiestas de la Pascua de Jerusalén. Había allí ancianos, mujeres, doncellas y alumnos de las escuelas judías con sus maestros. Los niños llevaban flautas en las que tocaban aires alegres y llevaban astas con gallardetes de ramas y coronas de flores. Cirino, tres hermanos mayores de Barnabás y otros ancianos judíos recibieron a Jesús y a sus acompañantes, los llevaron a un lado del puerto y subieron sobre una hermosa terraza llena de verdor. Allí había tapices extendidos, palanganas con agua para lavarse y bandejas con bebidas refrescantes. Lavaron los pies a Jesús y a los suyos y les ofrecieron refrescos.

Fué presentado a Jesús un anciano judío, que era el padre del discípulo Jonás. Este anciano se echó en los brazos de su hijo, que volvía de Palestina y el hijo lo llevó a Jesús, delante del cual el anciano se inclinó profundamente. No sabía el anciano por donde había estado su hijo, pues el compañero de su viaje a Palestina había regresado mucho antes. Todos habían estado muy inquietos por la ausencia de este joven. Muchos se acercaban y decían: “¿Es él? ¿Ha venido?” Luego lo abrazaron y se lo llevaron aparte. La noticia de la matanza de los galileos por orden de Pilatos, que había tenido lugar en Jerusalén, ya había cundido, muy aumentada, y todos estaban en gran temor por los suyos. El lugar donde Jesús fué recibido era sobremediano hermoso. Por el Oeste se veía a distancia la ciudad con muchas cúpulas y edificios altos, dorados por el sol rojizo que se ocultaba. Hacia el Este se veían el mar y las montañas de Siria, que parecían nubes a la distancia. En torno de la ciudad de Salamina hay una pradera con muchos árboles altos, terrazas y otras dependencias. El suelo me pareció como arena o tierra fina; el agua potable no era abundante. La entrada al puerto no es abierta: está flanqueada por islotes fortificados; tiene una entrada ancha y otras angostas. Estas islas están llenas de pe-

queñas torres gruesas, semicirculares, con ventanas arriba por la cuales se puede observar cuanto sucede en los alrededores. Cuando se apartaron del puerto y caminaron una media hora hacia la ciudad, torcieron a la derecha y anduvieron por esos alrededores hacia el Norte. Cuando llegó Jesús con los suyos, ya estaban allí reunidos los recién venidos en un espacio libre en forma de terraza. El anciano jefe de la sinagoga estaba en un sitio alto para observar el orden. Parecía un capitán que pasara lista a los presentes. Se averiguó si alguno había sufrido daño en el viaje; si había quejas de unos contra otros y se habló de lo que había pasado en Jerusalén. Jesús y los suyos no estaban aún entre ellos. Jesús fué saludado solemnemente por ancianos y venerables judíos; en seguida dirigió la palabra a la multitud desde la altura y luego se encaminó cada uno con los suyos a su respectiva casa.

Delante de las dos calles de la ciudad judía estaban las espléndidas sinagogas, las habitaciones de los ancianos y rabinos y las escuelas, y a cierta distancia, el hospital con un tanque de agua. El camino a la ciudad estaba afirmado y cubierto de arenilla, con árboles muy frondosos a los lados. En la parte elevada donde se reunían los judíos había un árbol tan grueso y fuerte que podían sentarse varios hombres en sus ramas. Jesús y los suyos fueron llevados por el jefe de la sinagoga a unas salas cercanas donde pasaron la noche. Aquí sanó Jesús a un enfermo traído en una camilla. Esta casa era un lugar espacioso donde solían alojar a los rabinos que los visitaban. Estaba edificada al estilo de los paganos con columnas en torno. El interior era una gran sala con terraza arriba y en torno asientos para escuchar el sermón. En el piso bajo había camas enrolladas contra las paredes; se podían bajar las cortinas sujetas arriba y formar separaciones para dormir. En la terraza había plantas en tiestos y jarrones. El padre del joven discípulo llamado Jonás estaba también allí, aunque no vivía en esa misma ciudad; Cirino había partido con sus hijos a su propia casa.

XXXI

Jesús enseña en Salamina (Chipre)

A la mañana siguiente fué llevado Jesús por el anciano venerable y acompañado por los maestros al hospital edificado en torno de un jardín, en medio del cual había un gran estan-

que para el baño de los enfermos. El agua para beber, cocinar y usos domésticos la tenían en otros tanques donde echaban ciertas frutas para purificarla. Junto al estanque de los baños había plantaciones de hierbas medicinales. La tercera parte del hospital estaba ocupada por hombres. Jesús sanó a varios hombres enfermos, algunos de los cuales tenían enfermedades en la piel, o lepra muy leve. Éstos le siguieron a un lugar donde se habían reunido los demás judíos, donde Jesús enseñó sobre el maná y la manera de juntarlo en el desierto; les dijo que ahora era el tiempo del verdadero maná de la enseñanza y de la conversión, y que se le daría a ellos un nuevo pan del cielo dentro de breve tiempo.

Después dejaron los hombres el lugar, que fué ocupado por las mujeres. Vinieron muchas paganas que permanecieron a cierta distancia, separadas de las judías. Jesús enseñó a todas, porque había muchas paganas. Habló del único Dios, Creador del cielo y de la tierra, de la vanidad e insensatez de adorar a muchos dioses y del amor de ese único Dios a los hombres.

Después se dirigió con los suyos a la casa del jefe de los ancianos para una comida, acompañado de varios rabinos. Era un gran edificio de estilo pagano, con galerías, columnas y terrazas. Habían preparado una gran comida. Se veían muchas mesas bajo los pórticos; habían colgado gallardetes, coronas y arcos de triunfo con ramas y hojas. Era una fiesta para Jesús y para los que habían vuelto de Jerusalén. El anciano llevó a Jesús a un lado de la casa, donde lo presentó a su mujer que estaba con otras mujeres allí reunidas; también estaban presentes varios escribas y maestros. Después que estas mujeres, puestas el velo, saludaron con profunda inclinación a Jesús, mientras Él les decía palabras llenas de bondad, se acercó una tropa de niños adornados con coronas y guirnaldas, tocando música con sus flautas, y lo llevaron al lugar de la comida. La mesa estaba adornada con flores en tiestos y era algo más elevada que en la Judea. Se lavaron las manos. Entre otras comidas trajeron un cordero, que Jesús partió, distribuyendo las porciones sobre panes redondos como tortas. En realidad ya venía trinchado y compuesto como si estuviera entero. Vinieron nuevamente los niños con su música, entre ellos algunos ciegos y defectuosos. Siguieron a éstos un grupo de niñas, de ocho a diez años, con adornos y guirnaldas, entre ellas algunas hijas o nietas del dueño de la casa, todas vestidas con trajes blancos muy finos y hermosos. Los vestidos no son aquí tan

variopintos y abundantes como en Palestina. Las cabelleras eran largas, partidas en tres, y tenían al final adornos de perlas o semejantes a frutas para mantener los cabellos, generalmente rubios, recogidos. Algunas niñas llevaban una gran corona de flores y plantas; sobre la primera había otra formando el todo una corona que terminaba en un ramillete, especie de bandera. Me parece que no todas eran flores naturales, porque brillaba una parte de ellas como de seda y algodón, y había plumas de color y otros adornos. Las niñas llevaron esta corona al asiento de Jesús, mientras otras traían hierbas olorosas y perfumes en pequeños recipientes que depositaron delante de Él. Una niña del dueño de casa quebró un frasco de perfume sobre su cabeza y lo desparramó con un paño sobre los cabellos. Hacían todas estas cosas con mucha modestia, sin hablar, con los ojos bajos y sin mirar a los comensales. Jesús las dejó hacer y les agradeció con sencillas expresiones; después de lo cual las niñas se retiraron, sin levantar los ojos, al departamento de las mujeres.

He visto que Jesús no estuvo mucho tiempo en la mesa. Enviaba viandas y bebidas a las mesas de los más pobres, por medio de sus discípulos, que siempre servían a los demás. Después se levantó Él mismo e iba de mesa en mesa, enseñando, contando y distribuyendo alimentos a los pobres. Después de la comida el anciano llevó a Jesús, con los suyos y algunos maestros, hacia el acueducto y depósito en el Oeste. La ciudad tenía agua mala. Había allí grandes depósitos y cisternas: en algunos debía bombearse, en otros sacar con baldes. Los depósitos de los judíos estaban aparte. Le mostraron sus depósitos insuficientes, de malas aguas y le rogaron quisiera mejorarlas. Hablaron de un nuevo depósito que estaban haciendo y Jesús dijo que quería hacer bautizar aquí y cómo debían disponerlo para el caso. Luego se dirigieron a la sinagoga, porque ya empezaba el Sábado. Esta sinagoga era grande y hermosa, iluminada con muchas lámparas y ya estaba llena de gente.

Tenía en la parte superior terrazas escalonadas y podía oírse desde allí la enseñanza. Estos lugares estaban ocupados por paganos y muchos de ellos se habían metido dentro de la sinagoga, mezclados amigablemente con los judíos. La lectura y comentario refirióse al tercer libro de Moisés, que habla de los sacrificios y varias prescripciones. También se trató del profeta Ezequiel. Al principio leyeron algunos escribas y comentaba Jesús. Al fin enseñó de modo tan hermoso que todos

estaban admirados y conmovidos. Habló de su misión y venida, que pronto iba a terminar. Ellos pensaban que era un profeta, y aún algo más: debía ser, por lo menos, aquél que debía preceder al Mesías. Jesús les declaró que el precursor había sido Juan Bautista y habló de las señales del Mesías, por las cuales podían conocerle, sin decirles, sin embargo, claramente, que era Él. Con todo, ellos lo entendieron así y estaban llenos de reverencia y devoto temor.

Después Jesús estuvo con los suyos en casa del jefe de los ancianos;* y luego los llevaron a sus habitaciones. Jesús fué recibido aquí con gran amor. Todos se acercan a Él y quieren manifestarle su amor y reverencia. No hay aquí secta ni disputas ni cuestiones. Jesús sanó a varios enfermos en sus propias casas. Judíos y paganos viven en esta ciudad amigablemente, aunque cada cual en sus propios barrios. Los judíos ocupan dos calles. La casa de los hijos de Cirino es un gran edificio cuadrado: comercia con mercaderías en naves propias. Se ve otro tipo de edificación: muchas torres y puntas, muchas ventanas con rejas y toda clase de adornos sobre las casas. Trajeron a Jesús y a los suyos nuevas suelas y vestidos e hicieronles diversos regalos. Jesús los usó hasta que los suyos estuvieron limpios; luego regaló los nuevos a los pobres del lugar. En la mañana del Sábado enseñó de nuevo en la sinagoga, muy hondamente, del tiempo de la gracia, del cumplimiento de las profecías: muchas personas lloraban llenas de emoción. Los exhortó a la penitencia y al bautismo. Este sermón duró de tres a cuatro horas. Después se dirigió con algunos maestros a la casa de Cirino, que le había invitado a comer.

La casa de Cirino estaba entre la ciudad de los paganos y la de los judíos. Salamina tiene ocho calles, de las cuales dos son de judíos. No caminaban por estas calles, sino por una que estaba entre unos y otros por la parte posterior de las casas, cerca de la gran puerta de la ciudad. Junto a esta puerta habíase congregado una gran multitud de paganos, hombres, mujeres y niños, que saludaron reverentemente a Jesús y a los suyos, desde cierta distancia, con temor respetuoso. Habían escuchado su enseñanza en la sinagoga y se habían reunido allí para saludarlo. No bien fué visible la casa de acercaron la mujer de Cirino y otras con los criados para saludar a Jesús y a sus acompañantes. Tenía Cirino cinco hijas, sobrinas y otros parientes. Todas sus hijas traían regalos: se inclinaban profundamente ante Él, ponían alfombras a sus pies y dejaban los regalos: cosas raras y

preciosas, perlas, arbolitos de corales y otros adornos. Parecía que cada una de estas hijas traía lo mejor que tenía para darlo a Jesús: lo que no pudieron presentarle a Él lo entregaron a sus apóstoles. La casa de Cirino es amplia, edificada al modo pagano, con antesalas, pórticos y terrazas con escaleras. En la terraza hay un verdadero jardín de plantas y flores en tiestos. Todo estaba adornado de fiesta. La mesa era más alta que en otros lugares: tenía un mantel y sobre él otro. Los asientos eran de estilo pagano, no tan estirados como los judíos. Además de Jesús y los apóstoles había otras veinte personas. Las mujeres comían en lugar aparte. Después de esta comida hicieron el acostumbrado paseo del Sábado, dirigiéndose a los depósitos de agua.

Jesús se hizo llevar, por medio del discípulo Jonás, a la casa de su padre situada, algo apartada, entre jardines. Es como una casa grande de labradores con reparticiones parecidas a un convento. El viejo es un esenio. Viven allí separadas varias personas, viudas, hijas o sobrinas, vestidas diferentes de los demás, con trajes blancos. Se presentaron con velos caídos. El anciano mostraba una alegría infantil y se hizo llevar por sus hijos a presencia de Jesús. No atinaba qué cosa podía dar a Jesús. No tenía tesoros que dar: mostraba todo lo que tenía, a su hijo, a sus hijas, como diciendo: "Señor, todo lo que tenemos es tuyo; yo mismo soy tuyo; mi hijo querido es tuyo". Invitó a Jesús a una comida para el día siguiente.

Luego se dirigió otra vez a los depósitos de agua y habló con el jefe sobre el arreglo de una fuente, que aún no tenía techumbre ni había recibido agua. Tenían que comprar y mendigar el agua a los paganos. Esta agua viene por canales, de una fuente que está en la altura, desde la montaña. Este nuevo pozo es poligonal. Se baja por escalones, y al apretar unos resortes sale el agua, llenando los recipientes cavados allí mismo. Todo el recinto está circundado y hay un lugar hermoso con sitio techado para la enseñanza. Muchos judíos y paganos se habían reunido allí y Jesús dijo que al día siguiente hablaría a aquéllos que deseaban ser bautizados. Los judíos hablaron mucho de Elías y de Eliseo, que anduvieron por estos lugares. A lo largo del camino habían situado a las madres con sus hijos, a los cuales Jesús bendecía. Cerróse la fiesta del Sábado en la sinagoga y Jesús enseñó acerca de los sacrificios, del tercer libro de Moisés y del profeta Ezequiel. Relacionó todo esto con lo que ahora se realizaba, de modo muy conmovedor. Habló del

sacrificio del corazón puro, cómo los demás sacrificios ya no podían servir y que debían purificar el alma sacrificando las propias pasiones y malas inclinaciones. No dijo nada contra ninguna prescripción de la ley. Sólo declaraba estas prescripciones en sentido espiritual: así hacía a la ley aún más santa y respetada. Preparó a algunos para el bautismo, exhortándolos a la penitencia, ya que el tiempo de la salud había llegado. Sus palabras, el tono de su voz, parecían como rayos vivos que penetraban las almas de los oyentes. Hablaba siempre sosegado, nunca apurado, a no ser cuando disputaba con los fariseos. Sus palabras eran entonces como flechas agudas y el tono de voz más severo con los fariseos. Su voz común es como la de un tenor, bien sonora: no tiene comparación con ninguna otra voz humana. Se le oye aún en medio de un alboroto, claramente, sin que tenga que levantar la voz. Las lecciones y las oraciones en las sinagogas suelen recitarse en una especie de tonada, como los corales de nuestras iglesias y las misas cantadas. A veces recitan cantando, contestando un coro a otro. Jesús leía las lecciones con la tonada de costumbre.

Después de Jesús comenzó a hablar a las turbas un anciano rabino. Tenía una larga barba blanca, era delgado, de rostro atrayente y amable. No era de Salamina, sino un maestro pobre y viajero, que iba de lugar a lugar por la isla, visitando a los enfermos, consolando a los presos, juntando limosna para los pobres, enseñando a los niños e ignorantes, consolando a las viudas y hablando en las sinagogas. Este hombre se sintió como lleno del Espíritu Santo y habló al pueblo dando testimonio de Jesús, como jamás le he oído hablar públicamente a un rabino. Les recordó todos los beneficios de Dios a sus padres y a ellos mismos y les dijo que debían agradecer todo esto: que tenían la dicha de vivir cuando había llegado semejante profeta como Jesús que se había dignado visitarlos en su isla. Les recordó las bondades de Dios con su tribu, la de Isacar, y los exhortó a la penitencia y a la conversión. Les dijo que Dios no sería ya tan riguroso como lo fué con los adoradores del becerro de oro. No puedo dar todo el conjunto de las cosas que dijo; quizás muchos de esta tribu pertenecían a los adoradores del becerro. Habló admirablemente de Jesús: que era más que profeta; que no se atrevía a decir quien era en realidad; que había llegado el tiempo de la promesa; que todos debían considerarse dichosos de haber escuchado semejante enseñanza de tales labios, expre-

sando la esperanza de haber vivido hasta cumplirse las esperanzas de Israel.

Entre los oyentes se produjo una gran conmoción y muchos escuchaban llorando. Este discurso transcurrió en presencia del mismo Jesús, que escuchaba callado, mezclado entre sus discípulos. Después se dirigió Jesús con los suyos a la casa del anciano, donde reinó animada conversación. Los presentes rogaban a Jesús que se quedase con ellos. Hablaron de las palabras de algunos profetas, de persecuciones y dolores que atribuían al Mesías, decían ellos. Esto ciertamente no había de suceder a Él.

Le preguntaban si Él era el precursor del Mesías. Jesús habló de Juan como tal, y dijo que Él no podía quedarse entre ellos. Uno de los presentes, que había estado en Palestina, comenzó a hablar del odio y mala voluntad de los fariseos contra Jesús, expresándose severamente contra ellos. Jesús le reprendió su dureza, se expresó disculpándolos y se pasó a otro asunto. Al día siguiente Jesús preparó en el hospital y luego junto a la fuente a los que iban a bautizarse. En el hospital varios bautizandos le confesaron privadamente sus pecados. Jesús mandó apartar agua en varios baldes para el bautismo de estos enfermos. En la fuente donde iban a ser bautizados se había reunido mucha gente, entre ella numerosos paganos. Algunos ya habíanse puesto en camino hacia este lugar durante la noche. Jesús enseñó debajo de una tienda, hablando de su misión, de la penitencia, del bautismo y de la oración del Padrenuestro.

XXXII

El jefe romano de Salamina

Mientras estaba Jesús enseñando llegó un soldado pagano y habló al jefe de los ancianos diciendo que el gobernador romano deseaba hablar con el nuevo Maestro y lo invitaba a verlo. Dijo esto con cierto aire de queja porque no le hubiesen presentado antes al recién venido Maestro Jesús. Por medio de un discípulo se lo hicieron saber a Jesús en una pausa en la predicación. Contestó que iría y siguió enseñando. Al concluir se dirigió con los suyos y algunos ancianos adonde los llevaba el mensajero. Hicieron un camino como de media hora, por el sendero recorrido por Jesús desde el puerto hasta la puerta principal de Salamina, que era un arco con hermosas columnas. Cuando pasaban, desde los muros y jardines miraban los pa-

ganos curiosamente hacia Jesús; otros se asustaban y se escondían entre las matas o tras las casas. Llegados a Salamina se dirigieron hacia una plaza amplia. Muchas personas miraban curiosamente desde las galerías, puertas y ventanas. En algunos ángulos de las calles había madres con sus hijitos, paganas que se inclinaban, veladas, al pasar Jesús, y los niños salían de en medio de ellas y presentaban al Señor y a sus acompañantes pequeños regalos consistentes en cajas de perfumes, hierbas aromáticas puestas en pequeñas tortas y objetos perfumados, como estrellas y otros. Parece que era una costumbre y una muestra de respeto. Jesús quedó pocos instantes, con mirada de bondad seria ante estas demostraciones y bendecía a las criaturas tocándolas. He visto en diversos lugares imágenes de sus dioses, que no eran como en Roma y en Grecia, ídolos en figuras humanas, sino en formas aladas o con escamas, y también niños fajados, como había visto en Tiro, Sidón y Joppe. A medida que iban entrando en la ciudad se iba engrosando el grupo que rodeaba a Jesús, y cuando llegaron a la amplia plaza salieron otras gentes. En el centro de esta plaza hay un hermoso pozo, al cual se baja por escalones: en el medio de la fuente saltaba el agua. Levantaron una techumbre sobre el pozo. Alrededor hay árboles, arbustos y flores. La entrada al pozo está cerrada. La gente obtiene por privilegio el permiso de sacar agua de allí, porque es la mejor que tienen y la usan como medicina.

Enfrente está el palacio del gobernador: tiene galerías y columnas. Bajo un techo con columnas, en un espacio abierto, estaba el gobernador sobre un asiento de piedra, aguardando la venida de Jesús. El gobernador era un militar romano. Estaba vestido de blanco, con bandas coloradas; una túnica que terminaba en borlas y tiras, y tenía las piernas cruzadas con correas. Llevaba un manto corto y sobre la cabeza un sombrero como la bacía de un barbero. Era un hombre robusto, bien formado, de barba negra, corta y ensortijada. Detrás de él y a los lados había soldados romanos. Todos los paganos estaban admirados de su respeto delante de Jesús. Al llegar Jesús, bajó de su asiento, tomó la mano de Jesús con un pañuelo y la apretó con la otra mano que tenía al cabo del pañuelo, mientras se inclinaba un poco. Luego subió con Jesús a la terraza, donde, lleno de alegría, le hizo una serie de preguntas curiosas. Por ejemplo: que había oído decir que era un Maestro muy sabio; que Él guardaba la ley de los judíos; si era cierto que había hecho tan grandes maravillas como contaba la gente. ¿Quién le daba poder para

hacer tales cosas? ¿Era acaso el Consolador, el Mesías prometido de los judíos? Ya que los judíos esperaban un rey, ¿acaso era Él ese rey? ¿Con qué fuerzas contaba para inaugurar su reino? ¿Tenía en alguna parte sus soldados? ¿Acaso quería juntar gente en Chipre para su reino? ¿Aún pasaría mucho tiempo antes de mostrarse en todo su poder? Todas estas preguntas hizo el gobernador con cierta ansiedad y marcado interés, lleno de cierto temor y reverencia. Jesús respondía sólo con generalidades, sin precisar, como solía hacer generalmente con las autoridades. Como: "Tú lo dices. Así se cree. El tiempo de la promesa está por cumplirse. Los profetas lo anuncian así". A la pregunta sobre su reino y sus soldados, contestó que su reino no era de este mundo. Los reyes de la tierra necesitan soldados. Él reunía las almas de las gentes para el reino de su Padre celestial, que es el Creador del cielo y de la tierra. Mezcló así muchas palabras, llenas de profunda significación, y el gobernador quedó muy admirado de sus palabras y de su modo de ser. Había mandado traer un refresco junto al pozo y convidó a Jesús y a los suyos a acompañarlo. Miraron la fuente y tomaron algún alimento que depositaron sobre una mesa de piedra con mantel. Había allí varias tazas de un jugo oscuro, en las cuales mojaban sus tortas. Comieron confituras y lonjas de queso largas como de un codo, frutas y pasteles en formas de estrellas y de flores. Pusieron también pequeños vasos de vino. Otros recipientes parecidos a los de Caná, pero pequeños, fueron llenados con el agua de la fuente. El gobernador habló de Pilatos, de su crueldad en el templo y de su modo de obrar con disgusto; se refirió también a la ruina de las obras del acueducto de Silo. Jesús tuvo una conversación con él sobre el agua y las diversas fuentes, claras o turbias, amargas o salobres; de la gran diferencia de sus virtudes y como se reúnen en los pozos; y así vino a hablar de los paganos y judíos, del agua del bautismo y del renacimiento del hombre por la penitencia y la fe, y cómo de esta manera se hacen todos hijos de Dios. Fué una conversación admirable que me recordó la mantenida con la Samaritana. Sus palabras produjeron profunda impresión en el gobernador, el cual es amigo de los judíos, y desde ahora desea oír con frecuencia a Jesús. No había aquí tanta separación entre judíos y paganos; los judíos más inteligentes y los discípulos de Jesús tomaban alimento con los paganos, aunque lo hacían siempre en sus recipientes particulares.

A la vuelta saludaron a Jesús muchos paganos, más reverentes aún que al principio, puesto que el gobernador les había dado el ejemplo. Hay en el país muchas flores; veo que hacen también flores artificiales de seda, algodón y plumas de colores. Ahora veo a los niños, a quienes había bendecido Jesús, presentarse adornados de flores. Las niñas y los niños estaban con vestiduras cortas y escasas; algunos niños pobres no tenían más que una tela en torno del cuerpo. Las niñas de familias más acomodadas tenían vestidos amarillos con flores multicolores; en la cabeza como coronas de flores artificiales. Debe haber aquí también una industria de sedería, pues veo muchas moreras con gusanos de seda.

XXXIII

Jesús en casa del padre del discípulo Jonás

Cuando Jesús llegó a la casa del esenio, padre de Jonás, estaban allí sólo sus discípulos y algunos maestros. Fué recibido con el lavado de los pies. Pasó aquí todo muy llanamente, en contraste con los servicios anteriores. Forman estas familias esenios que se casan, pero viven muy sencillamente y son muy continentes. Las mujeres viudas eran casi todas hijas del anciano esenio, y vivían en la casa de éste. Jonás fué el último de sus hijos: la madre había muerto en su nacimiento. Por eso el anciano amaba mucho a este hijo y había estado muy preocupado durante la ausencia de Jonás en un año entero. Ya lo lloraba por muerto, cuando Cirino, en uno de sus viajes a Palestina, se encontró con él y llevóle noticias a su padre. Jonás había viajado como peregrino para ver los lugares santos y había estado en la Judea con los esenios. Visitó el sepulcro de Jacob en Hebrón y el de Raquel entre Jerusalén y Belén, que entonces estaba casi en el camino: ahora está a un lado. Visitó a Belén, el monte Carmelo y el Tabor. Oyendo hablar de Jesús escuchó su enseñanza en la montaña antes que el Señor entrase en el país de los gergesenos. Más tarde estuvo con los hijos de Cirino en Dabrath y en Gabara, recibido allí como discípulo por Jesús y ahora había vuelto con Él a su patria, Chipre.

La comida tuvo lugar en un jardín, en torno de una elevación cubierta con mantel. Los divanes y asientos se habían acomodado con tapices y alfombras. La comida consistió en tortas, jaleas, hierbas en salsa, carne de cordero, frutas y bebidas en

vasos pequeños. Las mujeres estaban aparte, pero más familiarmente que en Palestina. Después de la comida escucharon sentadas, a cierta distancia, las enseñanzas de Jesús. Creo que este jardín es un lugar de oración para los judíos. Forma toda la familia como una comunidad de esenios. Viven de la agricultura, del ganado, del hilado y del tejido. Jesús se dirigió hacia la fuente de bautismos, donde preparó a muchos judíos con una enseñanza sobre la penitencia. He visto bautizando a Barnabás, Santiago y Azor. Antes del bautismo he visto que Jesús echó un poco del agua del Jordán donde Él había sido bautizado, que habían traído los discípulos, y luego bendijo la fuente. Después del bautismo se recogió el agua sobrante y los nuevos bautizados se vistieron mantas pequeñas de color blanco.

Más tarde he visto a Jesús entre jardines y paredes donde lo esperaban algunos paganos, preparados por Cirino, que pedían ser bautizados. Jesús apartaba a algunos del grupo para hacerle conocer sus pecados y luego unos treinta fueron bautizados por Barsabás dentro de esos jardines, con agua que Jesús había bendecido antes. Además de las dos calles ocupadas por los judíos, hay en Salamina un barrio completo de judíos. A un lado de la ciudad hay como una fortaleza, y en la ciudad muchos templos, especialmente uno muy grande. Se puede subir a él por dentro y por fuera: adentro hay muchas columnas y una tan gruesa que tiene en su interior escalones hasta arriba. A unas horas de Salamina veo otra ciudad importante. Al Oeste veo acercarse una tropa de gente, que estaba acampada en tiendas. Deben haber venido de otros países, quizás de Roma. Hay mujeres entre ellos; tienen bueyes con anchos cuernos y cabezas más bajas que los nuestros: llevan cargas en los lomos. Creo que han venido por motivo de la cosecha, trayendo mercaderías para cambiar por trigo y alimentos. Al día siguiente por la mañana Jesús dió un largo sermón a judíos y paganos junto a la fuente bautismal.

Con ocasión de la cosecha, de la multiplicación de los granos de trigo, habló de la ingratitud de los hombres que no piensan en estas maravillas de Dios, y cómo esta ingratitud y olvido de Dios en los hombres será castigada a semejanza de la paja que se arroja al fuego. Les enseñó que así como de unos pocos granos y de uno proceden otros muchos y aún toda una cosecha, así todo viene de Dios Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, Padre de todos los hombres, su Bienhechor, Premiador de los buenos y Castigador de los malos. Les reprochó que en lugar

de dirigir sus preces al Dios único, adoraban ídolos, y que olvidando a Dios y a sus obras maravillosas, admiraban y honraban a cualquier charlatán obrador de artificios mágicos. Su enseñanza se extendió a los dioses que adoraban y a la confusión y perversidad de donde se originaron estos falsos dioses. Pasó a hablar en particular de algunos dioses que ellos veneraban. Dijo: "¿Quién es éste? ¿Quién es aquél? ¿Quién es aquel otro? ¿Quién es el padre de éstos?" Les fué enumerando toda la perversidad, confusión y maldad de estos llamados dioses y su origen, y como todo esto proviene del reino del error y del padre de la mentira. Les declaró muchas cosas que ellos no sabían y aspectos que ignoraban completamente. La enseñanza fué severa, pero dada con tanta gracia y buen modo, que todos estaban admirados, y no suscitó protesta. Habla a los paganos siempre más bondadosamente que a los judíos. Se refirió al llamamiento de los paganos al reino de Dios y cómo muchos extranjeros ocuparían los puestos que los hijos del Padre de familia habían rehusado, rechazando la salud.

Se hizo una pausa cuando Jesús tomó algún alimento, y el pueblo comentaba entre sí la enseñanza oída. Se adelantaron entonces algunos filósofos paganos para preguntar cosas que no habían entendido y otras que sabían de sus antepasados, sobre Elías, que había estado en la isla de Chipre. Jesús les aclaró lo que deseaban saber y luego habló del bautismo y de la oración en relación con la cosecha y el pan de cada día. Muchos paganos estaban conmovidos y pensativos; otros se retiraron porque no les convenía oír lo que Jesús hablaba. Más tarde he visto bautizarse muchos judíos junto a la fuente donde Jesús había bendecido el agua. Iban adelantándose; había siempre tres cerca la fuente: el bautizador, el bautizando y el padrino; estaban en el agua hasta medio cuerpo.

Jesús se dirigió después con los suyos y algunos maestros a media hora más al norte, a la ciudad de los judíos. Le siguieron muchos oyentes y Él hablaba con uno u otro grupo. El camino subía a veces; había valles y praderas. Hay árboles muy grandes y frondosos en cuyas ramas se puede descansar al fresco. En lontananza se ven varias aldeas y las mieses que amarillean. Otras veces el camino cruza por los lugares donde hay cuevas cavadas en las rocas habitadas por trabajadores del campo. Delante de esa población judía hay un albergue y un recreo donde entró el acompañamiento de Jesús. Los demás se volvieron por su camino. Los apóstoles lavaron los pies a Jesús

y luego se arreglaron los vestidos de viaje para entrar en la población. Mientras se lavaban los pies, yo vi a un lado de la calle principal un gran galpón donde había una cantidad de mujeres judías y doncellas que separaban frutas, ordenándolas y guardándolas. Parecían esclavas u obreras que hacían este trabajo con las frutas que otros traían de los huertos. Había toda clase de frutas grandes y pequeñas: separaban las buenas de las malas, las dividían y a otras las ponían sobre el algodón. He visto otras mujeres ocupadas en la cosecha y trabajo del algodón. Las mujeres iban siempre por la calle cubiertas con velo. En el galpón había varias divisiones: parecía un negocio para este trabajo, y separaban también el diezmo y lo que debían dar a los pobres. Había un activo comercio.

Jesús se dirigió con los suyos a casa de los rabinos junto a la sinagoga. El más anciano lo recibió cortesmente, pero con marcada reserva. Le ofreció una bebida y habló de la fama de su nombre y de su visita a esta comarca.

La presencia de Jesús se conoció pronto y los enfermos pedían su ayuda. Jesús se dirigió con los rabinos a la casa de aquéllos y sanó a muchos de ellos, los cuales le seguían alabando a Dios y a Jesús. Jesús no lo permitía y les mandaba que callaran las alabanzas. En la calle se le acercaban las mujeres con sus criaturas, pidiendo que las bendijera. Algunas madres traían a sus hijos enfermos, y Jesús los sanó. Así pasó la mañana, y por la tarde los rabinos lo invitaron a una comida en su honor, que coincidía con la fiesta del principio de la cosecha. Fueron servidos los pobres y los obreros. Jesús les alabó esta bella costumbre. Eran traídos por grupos del campo y recibían el alimento en mesas largas que parecían de piedra. Jesús les servía a veces con sus discípulos, mientras los instruía con parábolas y breves comparaciones. Había varios maestros judíos; pero en general no eran tan sinceros y sencillos como los judíos que lo albergaron en Salamina. Tenían algo de farisaico: cuando se vieron más confiados le preguntaron si no le hubiese sido más cómodo quedarse en Palestina, qué buscaba entre ellos, y si pensaba quedarse largo tiempo. Tocarón también otros puntos de su enseñanza y de su misión y viajes, cosas que los fariseos de Palestina le solían reprochar. Jesús les respondía, según convenía, a veces severo, pero cortésmente, como lo habían recibido. Les dijo que había venido para ejercer las obras de caridad como su Padre celestial quería. Sus palabras eran severas: mientras alababa en ellos lo que era caridad con

los pobres y obreros, reprobaba lo que era hipocresía. Era ya muy tarde cuando Jesús volvió con los suyos. Los rabinos lo acompañaron hasta la puerta de la ciudad.

XXXIV

La sacerdotisa Mercuria. Los sabios paganos

Cuando Jesús regresó al albergue se presentó un sabio pagano, y lo invitó a dar unos pasos con él en un jardín, donde lo esperaba una persona que invocaba su necesidad. Jesús se dirigió con los suyos a ese sitio, y como viese a una mujer pagana allí, entre la pared y el camino, que se inclinaba ante Él, dejó un poco atrás a su acompañante y preguntó a la mujer qué deseaba. Era una mujer muy particular: sin instrucción, muy metida en las cosas del paganismo y en los cultos abominables de los dioses paganos. Le había sobrevenido una inquietud en presencia de Jesús: tenía el sentimiento interior de que estaba en el error. Pero carecía de fe sencilla y tenía un modo singular de culparse. Dijo a Jesús que había oído contar que había sanado a la Magdalena, y a la mujer enferma de flujo con solo que ella hubiese tocado el ruedo de sus vestidos; y pedía ella también ayuda pues no quería permanecer al servicio de la diosa del lugar. Reconocía que las exigencias de ese culto pagano eran perversas. Pedíale que la sanara y mejorara; pero añadía que quizás no podía recibir salud porque su enfermedad no era corporal. Dijo que estaba casada y tenía tres hijos, de ellos uno fuera del matrimonio, y que tenía relaciones con el gobernador. Dijo que cuando ayer estuvo Jesús con el gobernador romano, ella, que miraba a través de una ventana, vió un resplandor en torno de la cabeza de Jesús, y que por esto se había sentido cambiada en su interior. Pensó que esto tal vez sólo fuera admiración o amor a su persona, pero que se había sentido desfallecer, y al volver en sí, había visto de pronto toda la perversidad de su mal proceder y ya no podía encontrar paz ni tranquilidad. Añadió que había preguntado de su Persona y sabía que había mejorado a Magdalena y sanado a Enue, la mujer de flujo de sangre de Cesarea de Filipo. Ahora pedía, si le era posible, la sanara de su mal. Jesús le dijo que Enué había tenido una fe sencilla; que sin hablar ni pedir se había acercado y tocado la orla de su vestido con fe firme, y sanó: su fe la había salvado. Esta tonta volvió a preguntar cómo pudo saber Él que le habían tocado y que había sanado la mujer;

no tenía idea alguna del poder de Jesús; con todo, pedía de corazón remedio para su mal. Jesús la despachó, diciéndole dejara su mala vida; le habló de Dios Todopoderoso y le recordó el mandamiento: no fornicar. Le habló de la perversidad del culto de su llamada diosa, que hasta su conciencia se rebelaba y le dijo cosas tan serias, al mismo tiempo con tanta bondad, que la mujer se alejó llorando y llena de arrepentimiento. Esta mujer se lamaba Mercuria, era bien formada y de unos 25 años de edad. Estaba envuelta en un gran manto blanco; blancos eran también sus demás vestidos y tan estrechos que parecen formar parte de su persona.

Al día siguiente hubo bautismos todo el día junto a la fuente. Los apóstoles bautizaban y Jesús enseñaba y preparaba a los bautizandos. Les habló en parábolas de la cosecha, del pan de cada día, del maná, del pan de la vida que vendría más tarde y de la unidad de Dios. He visto luego a Jesús enseñando a los obreros que se turnaban en los trabajos de la cosecha. Muchos judíos habían venido por oírle y vivían ahora bajo tiendas. Habían traído en sus cabalgaduras a sus enfermos que estaban bajo los árboles en las cercanías del lugar donde predicaba Jesús. El Señor sanó allí a unos veinte enfermos de varias dolencias. Cuando llegó cerca de la fuente fué interrogado por algunos de los sabios paganos que habían oído su predicación. Pidieron explicaciones diversas, hablaron de sus dioses, especialmente de su diosa que había surgido del mar y de otro de sus dioses que tiene cuerpo de pez, que llaman Derketo. Preguntaron también sobre lo que contaban de Elías, que había estado en la isla, el cual había observado una nube que se levantaba del mar y todos decían que era una Virgen; que ellos querían saber donde está esa Virgen puesto que ellos saben que de Ella debe venir el Salvador y el reino del Universo: según sus cálculos había llegado el tiempo de su aparición. Mezclaban con esto la creencia de una estrella que su diosa había dejado caer sobre Tiro: si esa era aquella nube anunciada. Uno de ellos añadió que había oído decir que en Judea hay ahora un agitador que aprovechando estas cosas se despacha como si fuese ese rey. Jesús no dijo que era Él, sino sólo que ese hombre de que hablaban no era ningún agitador; que se decían muchas cosas falsas de Él y que el que ahora preguntaba sobre ello estaba muy mal enterado. Añadió que ya era el tiempo en que se cumplían las profecías.

El hombre que preguntaba era algo mal intencionado y charlatán; no sospechaba siquiera que estaba hablando con el

mismo Jesús del cual hablaba mal: hablaba sólo de lo que había oído contar mal a otros. Estos filósofos sospechaban algo de la verdad y tenían cierta creencia en sus dioses, de los cuales pretendían explicar diversas significaciones. Pero todas las personas relacionadas con sus relatos de dioses estaban mezcladas y hasta la nube vista por Elías era confundida con la Madre de Dios. Llamaban a su diosa Derketo y la tenían por reina del cielo. Decían que de ella había venido toda ciencia y alegría a la tierra, que había predicho todas las cosas y que se había arrojado al agua para aparecer luego como pez y estar con ellos para siempre: que todo esto había sucedido en realidad. A la hija de esta Derketo, tenida durante el culto sagrado, la llamaban Semíramis, la omnipotente reina de Babilonia. Era cosa admirable que yo viera entretanto la vida entera de Derketo y Semíramis como habían vivido en realidad, y estaba allí impaciente por decir a esos filósofos todo su error y sus falsas creencias. Me parecían estos filósofos tan estúpidos porque no viesan todo esto como había sido, y me parecía entonces todo tan claro que lo podría contar como lo había visto. Luego pensaba yo: "Tú no debes meterte con ellos; son sabios y sabrán mejor que tú". Con estos y otros pensamientos estuve varias horas.

Jesús les declaró todo su error y sus extravagantes suposiciones. Les contó la historia de la creación del mundo, de Adán y Eva, del pecado, de Caín y Abel, de los hijos de Noé, de la torre de Babel, de la separación de los malos y del aumento de su corrupción, y cómo luego, llevados del deseo de unirse y vincularse con Dios, inventaron tantos ídolos e introdujeron la diosa Sira. Les dijo que la promesa de la simiente de la mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente, se había mezclado y confundido en mil formas y que de esa fuente impura ellos habían bebido sus conocimientos fragmentarios y confusos. Les habló de la vocación de Abrahán, del pueblo elegido por Dios, de los hijos de Israel, de los profetas, de Elías y su profecía, y de la época presente que era el tiempo del cumplimiento de la promesa. Les habló tan fácil, sencilla y naturalmente que varios de ellos comenzaron a entender muchas cosas, mientras otros no salían del enredo de sus conocimientos confusos y fragmentarios.

Jesús estuvo hablando con ellos hasta la una de la tarde. Algunos se convertirán. Están tan envueltos en sus creencias y fábulas que no encuentran salida. Jesús les dejó alguna luz en sus

mentes, haciéndoles comprender cómo aun en las peores aberraciones, queda siempre algún rastro de los designios de Dios con los hombres. Les mostró cómo en medio de los peores errores de los hombres, Dios había conservado una raza elegida para formar un pueblo de donde debía salir más tarde el Salvador de la humanidad. Les dijo que el tiempo había llegado y que era hora de hacer penitencia y de hacerse bautizar para renacer a una nueva vida espiritual.

Antes de esta conversación con los filósofos, Jesús había enviado a Barnabás con otros discípulos a Cythrus, donde vivía la familia de Barnabás. Jesús permaneció con el discípulo Jonás y otro de Dabrath, y con ellos fuése a una comarca, a media hora, muy fértil, donde había obreros ocupados en la cosecha. La mayoría eran judíos, cuyas chacras estaban en esta región. La comarca es muy hermosa, cultivada algo diferente de lo que se acostumbra entre nosotros. El trigo crece en ciertos lugares altos y hay praderas con frutales y olivares y ganado. Almacenan el agua en los valles. Veo vacas negras, sin cuernos, y toros con jibas, de andar pesado y anchos cuernos: los usan para llevar mercaderías; hay muchos asnos, grandes ovejas y carneros. Las casas y galpones están desparramadas en las praderas. Tienen una muy hermosa escuela y cátedra pública para la enseñanza y un maestro. Acudió gente a la fiesta del Sábado, en la sinagoga de Salamina, junto al albergue, donde enseñó Jesús. El camino es muy ameno. Cuando ven a Jesús, a quien ya conocen, dejan el trabajo, sus instrumentos de labranza y su sombrero de corteza con que se precaven del sol y acuden en grupos. Se inclinan reverentes ante Él; algunos se echan de bruces al suelo. Jesús los saluda, los bendice y ellos vuelven a su trabajo. Como se acercara a la escuela, el maestro le salió al encuentro con algunos principales de la ciudad, llevó a Jesús junto al pozo, le lavó los pies, sacudió y limpió su manto y le ofreció bebida y comida. Con estos hombres y otros que habían venido de Salamina, Jesús pasó de campo en campo, enseñando con parábolas sobre la siembra y la cosecha y la separación del trigo de la cizaña y de la mala hierba que se echa al fuego. Cuando terminaba en un grupo, éste volvía al trabajo, y Jesús pasaba a otro.

Los hombres cortaban los haces de trigo y los alcanzaban a las mujeres, que venían detrás de ellos: éstas los ataban y los transportaban a un lugar destinado. Las mieses más bajas, quedaban en pie; pasaban luego mujeres pobres del lugar, que las

cortaban y las guardaban, como también las que caían en el suelo durante el trabajo de los segadores. Estas mujeres llevan la cabeza cubierta o no, según sean casadas o doncellas, y se protegen contra el sol con un sombrero de corteza. Jesús anduvo así hasta media hora de camino entre estos labradores; después regresó a la fuente de la escuela donde les ofrecieron, a Él y a los suyos, una especie de jugo, miel, panecillos, frutas y bebidas en pequeños recipientes. El pozo de agua es verdaderamente muy bello, y está rodeado de hermosos árboles. Se bajaba a él por muchas gradas y había un fresco muy agradable a pesar del calor del estío. En sitio aparte vivían las mujeres que preparaban la comida a los trabajadores; venían cubiertas con su velo. Jesús les enseñó el Padrenuestro, explicando sus peticiones. Por la tarde se reunieron los segadores en la escuela, donde Jesús explicó las parábolas antedichas, hablando del maná, del pan de cada día y del pan del cielo. Luego visitó con un maestro y otros las casas de los enfermos, sanando a muchos que yacían en pequeñas piezas pegadas a las viviendas habitadas.

De este modo llegó Jesús a casa de una mujer enferma de hidropesía. Su casa era tan pequeña casi como la cama donde estaba tendida. El techo era desarmable. Se acercaron hombres y mujeres y sacaron el techo. Jesús le preguntó: "Mujer, ¿quieres sanar?" Ella contestó con humildad: "Como el Profeta lo quiera, lo quiero yo también". Jesús le dijo: "Levántate, tu fe te ha salvado". Se levantó la mujer y dijo: "Señor, conozco tu gran poder; muchos han querido sanarme y no han podido". Dió gracias con los de su familia, y alabó a Dios, y muchos vinieron y se admiraban de verla sana. Jesús volvió al lugar de su enseñanza.

Mientras tanto he visto en Salamina a Mercuria en gran agitación, paseándose de un lado a otro en el interior de su casa. Lloraba, se estrujaba las manos y permanecía largo tiempo abismada en un rincón. Su marido, que parece un tanto retardado, y su sirvienta, la tenían ahora por loca. Pero Mercuria está llena de arrepentimiento y piensa cómo podrá abandonar esta su vida y juntarse con las santas mujeres de Palestina. Tiene una hija de ocho años, otra de nueve y un niño de cinco. Su casa está junto al templo, es grande, con gruesas murallas, muchas habitaciones para la servidumbre, con terrazas y jardines. La llaman para que vaya al templo, pero ella se resiste diciendo que se encuentra enferma. El templo es un edificio grande, con columnas, cámaras para sacerdotes y bóve-

das. Adentro hay una enorme figura de la diosa, que brilla como oro: es un cuerpo de pez, con cabeza y cuernos como de vaca; tiene delante de sí otra figura sobre cuya espalda ella pone su corto brazo. El ídolo está sobre una altura y tiene aberturas donde se quema incienso o cosa parecida. Se ofrecen niños mal conformados. La casa de Mercuria es la que fué un día la vivienda del padre de Santa Catalina, que se llamaba Costa. Santa Catalina nació y se crió allí. Su padre era descendiente de un príncipe de Mesopotamia, premiado por sus servicios en la guerra, con posesiones en Chipre. Estando en Chipre se casó con la hija del sacerdote pagano, a la cual pertenecía Mercuria. Desde niña Catalina estaba llena de ciencia, tenía visiones y era guiada por el cielo. No podía ver ni tolerar a los ídolos y los ocultaba como podía. Por esta causa fué reprendida y encerrada por su padre. Las ciudades de aquí no están formadas como entre nosotros. Hay edificios muy grandes, con terrazas y muros muy gruesos, donde cavan viviendas las gentes pobres. A veces hay sobre los muros caminos y sendas; y hasta se ven árboles sobre ellos. Reina en Salamina mucho orden. Cada clase de habitante tiene sus barrios y calles propias. Hasta a los niños de la escuela los veo reunidos principalmente en algunas calles. En otras calles sólo andan animales de carga. Los filósofos tienen una casa grande para sí, con terrazas y jardines y los veo caminar casi siempre en sus propias calles. Andan reunidos, de a cuatro o cinco, envueltos en sus largos mantos y discuten entre ellos. Veo también que los que vienen toman todos por una calle y los que van lo hacen por otra. Esto lo observo en todas las calles de la ciudad. Aquel lugar donde el gobernador romano recibió a Jesús, es elevado y se sube a él por escalones. Se ven allí tiendas de mercaderes; a un lado está el mercado donde veo árboles muy altos que terminan en punta y en sus ramas anchas suelen sentarse los hombres para descansar. El palacio del gobernador mira en esta dirección.

XXXV

Jesús enseña en la ciudad de Cythrus

Cuando al día siguiente Jesús pasaba de nuevo de un campo a otro enseñando a los trabajadores, vi que una niebla espesa cubría la comarca de modo que casi no se veían entre sí los labradores. El sol apareció como una placa blanca sin penetrar

la espesa niebla que cubría la tierra. Veo muchas gallináceas, codornices y palomas de abultado pescuezo. Hay muchos manzanos con fruta diferente de la nuestra. Jesús volvió a enseñar, en parábolas, del pan de cada día, y sanó a varios niños enfermos que yacían en unas bateas hechas con pieles de animales.

Como algunos se desataran en grandes alabanzas por sus palabras, Jesús les dijo: "A aquél que tiene se le dará y a aquél que no tiene se le quitará aún". Los judíos estaban llenos de dudas y Jesús les aclaraba lo que preguntaban. Temían ellos no tener parte en la Tierra prometida. Decían también que Moisés no necesitó andar por el camino que anduvo en el desierto: que había otros mucho más cortos. Jesús les dijo que la Tierra prometida no está sólo en Canaán; que el reino de Dios podían conseguirlo sin necesidad de andar tanto tiempo por el desierto; que si ellos murmuraban de Moisés por haberlos llevado tanto tiempo por el desierto, se cuidasen ahora de no andar en el desierto del pecado, de la incredulidad y de la murmuración, y tomasen, en cambio, el camino corto de la penitencia, del bautismo y de la fe. Estos judíos se habían mezclado con los paganos de Chipre, de modo que muchos paganos se hicieron judíos de religión. Con su andar a través de los prados, llegó Jesús con sus acompañantes al camino principal que lleva, desde el puerto de Chipre, del Noroeste al Este, a algunas horas de distancia de Salamina. Había aquí un gran albergue para los judíos, donde descansaron. No lejos veíanse galpones y otro albergue con un pozo para las caravanas de los infieles. Este camino está siempre lleno de majeros. Después que lavaron los pies a Jesús y le dieron un refresco, llegaron los otros discípulos que habían quedado en Salamina para bautizar. Los que acompañaban a Jesús eran unos veinte. Jesús enseñó al aire libre a los obreros que volvían de su trabajo. Le trajeron a algunos enfermos que ya no podían ganarse el pan, y como los vió llenos de fe, los sanó, y los mandó a trabajar.

Hacia la tarde llegó una caravana de árabes. Venían con bueyes cargados, que caminaban lentamente, unos detrás de otros por el sendero angosto. Traían también asnos y camellos cargados con fardos de algodón. Eran gentes de la región donde habitó Jetró, de color más oscuro que la gente de Chipre y habían venido con las naves trayendo mercaderías. La habían vendido cambiándola con cobre y otros metales y regresaban ahora con sus nuevas mercaderías para embarcarse. Las bestias venían con sus pesadas cargas de cobre y metal para cambiar

con otras mercaderías. Las mujeres eran hacendosas y se ocupaban de tejer e hilar, cuando plantaban sus tiendas, sacando el algodón de los fardos de sus bestias de carga. Cuando hubieron descargado sus bestias, saludaron a Jesús y le pidieron permiso para escuchar su enseñanza. Jesús alabó su diligencia y su trabajo y les preguntó con qué fin trabajaban tanto. Con esto los llevó a la noción de Dios Creador y Dador de todo bien, al deber de gratitud para con Dios y a la bondad de Dios que va en busca, como un pastor, de la oveja descarriada y perdida. Les habló con mansedumbre y bondad. Estaban tan contentos que querían regalarle toda clase de objetos. Bendijo a sus criaturas y luego se dirigió con sus acompañantes al Norte, hacia Cythrus, como a cuatro o cinco horas de camino de aquí y a seis de Salamina. El camino iba subiendo.

Veo en la comarca olivares y plantaciones de algodón y de otra planta de la cual hacen una especie de seda. Hay por todas partes un arbusto con flores amarillas que dan un hermoso aspecto al paisaje. A la izquierda se contemplan altos árboles sobre las alturas de la montaña. Veo muchos cipreses y arbustos con especia de resina olorosa. A la izquierda de la montaña veo correr un torrente formando cascada. Veo que en las montañas van cavando cuevas, de donde sacan cobre, bronce y un metal blanquizco como plata. Creo que aquí también derriten metales, pues solían decir esas gentes que los montes ardían. Después de cuatro horas de camino, llegó Jesús a un albergue, a media hora antes de Cythrus. Entraron y el padre de Barsabás y otros hombres recibieron al Señor y le prestaron los acostumbrados servicios. Jesús descansó, enseñó y en compañía de los suyos tomó parte en una comida.

Cythrus está en el fondo de un valle. Jesús entró por la parte donde se ven talleres de metales. La ciudad tiene habitantes judíos y paganos. En torno se ven muchas casas en medio de huertas y jardines. Yo estaba muy afligida del gran trabajo de Jesús en Cythrus y en otras partes, porque de esto no había noticia alguna en la Sagrada Escritura, como me lo asegura el Peregrino, como tampoco de lo mucho que han hecho después Pablo y Barnabás allí en la isla. Tuve entonces una visión sobre esto, de lo que aún recuerdo lo siguiente. Entre judíos y paganos ganó Jesús en Chipre 570 almas. He visto que la pecadora Mercuria siguió a Jesús con sus hijos, llevándose dinero y cuanto pudo consigo. Se juntó a las santas mujeres y ayudó mucho a las primeras cristiandades y a los primeros diáconos. Vi que

fué muerta como mártir en la primera persecución que se levantó contra los cristianos, antes de la conversión de Saulo, mientras éste andaba de camino a Damasco. Después de la partida de Jesús, muchas otras familias judías y otros convertidos emigraron de Chipre, llevándose cuanto podían; por esto se originaron entre ellos disgustos y comenzaron a despreciar a Jesús, llamándolo embaucador. Tanto judíos como paganos estuvieron de acuerdo en esto y se prohibió hablar más de Jesús. Apresaron a mucha gente y la azotaron, y los sacerdotes de los ídolos obligaban a los paganos convertidos a ofrecer incienso a los ídolos. El gobernador romano, favorable a Jesús, fué destituido y llamado a Roma; y vinieron soldados romanos que custodiaron las puertas, no permitiendo embarcarse ni salir a nadie de la isla. Con la crucifixión de Cristo se perdió del todo su memoria. Si se hablaba de Él era como de un rebelde e impostor y los creyentes que aún quedaban dudaron y se avergonzaron de Cristo. Once años más tarde Saulo y Barnabás no encontraron ningún rastro de fe en Cristo. No permanecieron mucho tiempo allí, y se llevaron a algunos de la isla.

De camino a Cythrus, Jesús enseñó a algunos obreros de las minas, que estaban alquiladas por judíos y paganos. Los mineros tenían un aspecto demacrado, pálido y miserable y se vestían de pieles. Jesús enseñó con parábolas del artífice que purifica el oro y los metales en el crisol. Los paganos judíos trabajaban en dos lados de la mina y oían la enseñanza de uno a otro lado. Había entre ellos algunos endemoniados que trabajaban sujetos con sogas: éstos comenzaron a gritar, a agitarse y a declarar quién era Él y que venía a atormentarlos. Jesús les mandó callar y se aquietaron. Acudieron mineros judíos a quejarse de haber sido robados por otros mineros paganos, y pedían a Jesús que decidiese la cuestión. Jesús hizo cavar sobre terreno judío y se llegó a aberturas de los paganos. Había allí restos del metal blanco, plata o cinc: esto los había atraído. Jesús habló de los bienes ajenos y del escándalo. Los paganos estaban convictos, pero como no estaban presentes los jefes y capataces, nada se hizo en definitiva y los paganos se retiraron murmurando y quejándose.

Cythrus es una ciudad hermosa, de mucho movimiento. Viven judíos y paganos y se tratan con más familiaridad que en otros lugares, aunque tengan calles separadas. Los judíos tienen dos sinagogas y los paganos varios templos. Hay también entre ellos casamientos, pero siempre con la condición de que

el infiel abrazaba la ley judaica. Desde la ciudad vinieron ancianos y maestros judíos al encuentro de Jesús y dos filósofos paganos que querían, conmovidos ya, escuchar de nuevo la enseñanza de Jesús. Después que lo llevaron a una casa a propósito para lavarle los pies y darle algún refresco y alimento, le rogaron por algunos enfermos que deseaban su visita. Jesús se dirigió a la calle de los judíos y sanó a unos veinte enfermos puestos afuera. Había estropeados que andaban con muletas y otros tan deformes que eran llevados. Los sanados y sus parientes cantaban las alabanzas de Jesús con frases de los salmos: los apóstoles procuraban acallarlos y despedirlos. Jesús se dirigió entonces a la casa del jefe de la sinagoga donde estaban reunidos hombres ilustrados, entre ellos algunos de la secta de los recabitas. Vestían éstos con ropas diferentes de los demás judíos y tenían costumbres más severas, aunque en muchas cosas andaban relajados. Tenían para ellos solos una calle y vivían del trabajo de las minas. Eran de la tribu de aquéllos que vivían en el reino de Bazán en Efrón, donde también se ocupaban en trabajos de la montaña. Jesús fué invitado por el jefe a una comida dispuesta para después de la fiesta del Sábado; pero como Jesús había prometido estar con el padre de Barnabás, invitó a ellos a ir con Él allá, y que la comida preparada se sirviese a los mineros y a los obreros pobres del lugar después de la enseñanza en la sinagoga. Ésta se llenó de judíos; los paganos oían desde fuera y desde la terraza. Jesús habló del III libro de Moisés, del sacrificio y de Jeremías, tratando del tiempo de la salud. (III Moisés, 25-26; Jeremías, 23, 6-8). Cuando habló del sacrificio vivo y del sacrificio muerto, ellos preguntaron la diferencia. Después enseñó sobre las ocho Bienaventuranzas.

Estaba en la sinagoga un rabino anciano y piadoso, desde mucho tiempo enfermo, que se hacía llevar y ocupaba su lugar. Cuando estaban discutiendo con Jesús, de pronto exclamó el rabino: "Callad, dejadme hablar". Como callaran todos, dijo: "Señor, Tú has ayudado a muchos; ayúdame también a mí; manda que yo vaya a Ti". "Como crees, levántate y ven a Mí". Se levantó de inmediato el viejo y exclamó: "¡Señor, yo creo!" Sintióse bien, subió las gradas y fué ante Jesús dándole rendidas gracias. Todos los presentes alabaron a Jesús, quien salió de la sinagoga y se dirigió a la casa de Barnabás. El jefe de la casa reunió entonces a los obreros pobres para servirles la comida que Jesús y los suyos habían dejado.

XXXVI

La casa paterna de Barnabás

El padre de Barnabás vive en las casas desparramadas al Oeste de la ciudad, formando barrios cercanos a Cythrus. Tiene una casa hermosa con terraza; las paredes son oscuras como pintadas al óleo, o con resina, o cosa parecida. Hay plantas y arcos de flores y ramas; y una galería en torno de la casa con columnas. Veo viñedos alrededor y en un sitio madera de construcción amontonada. Algunos árboles son muy gruesos. Todo está en perfecto orden, de modo que se puede andar entre estos materiales que creo son para construcción de naves. Veo carros muy largos y angostos con ruedas de hierro para transportar las maderas. Estas carretas son arrastradas por bueyes. No lejos se ve de aquí un bosque sobre una altura. El padre de Barnabás es viudo. Una hermana y algunas criadas atienden al orden de la casa y la comida. Los paganos y los filósofos que acompañaron a Jesús no están en la mesa porque era Sábado. Paseando en los pórticos cercanos comen y oyen la enseñanza de Jesús. La comida consistió en panes, miel, frutas, aves y peces. Había también fuentes con carne, hierbas y ensaladas. Jesús habló de los sacrificios, de la promesa y del cumplimiento de las profecías.

Durante la comida llegaron algunos grupos de niños pobres, de cuatro a seis años, apenas vestidos. Traían en canastillos hierbas y frutas, ofreciéndolas a los presentes a cambio de pan o de otros alimentos. Estaban cerca de donde se hallaba Jesús con los suyos. Jesús se levantó, tomó sus canastillos, los vació y los volvió a llenar de alimentos, y bendijo a los niños. Fué una escena tierna y conmovedora en extremo. Todo el día siguiente enseñó Jesús detrás de la casa de Barnabás, donde había una colina muy cómoda con un sitio de enseñanza. Se va a ese lugar por entre caminos de viñedos y parrales. Habló primero a los trabajadores y mineros, luego a los paganos, y por último, ante numerosos judíos casados con paganos.

Muchos enfermos paganos habían pedido a Jesús que les permitiera escuchar su enseñanza. La mayoría eran obreros estropeados llevados en sus camillas para escuchar a Jesús. Éste les habló de la oración del Padrenuestro, del crisol que separa la escoria del bronce, y cómo los paganos deben ser podados de la idolatría, como los árboles y la vid, deben ser podados e injertados. Ellos debían reconocer un solo Dios. Les habló del hijo de la familia y del hijo de la sierva y de la voca-

ción de los gentiles a la fe. Habló de los casamientos mixtos, que no deben ser favorecidos, sino sólo tolerados, y esto para convertir a la otra parte y no para perderse: sólo pueden tolerarse cuando ambos contrayentes tienen los mismos sentimientos. Habló más en contra que en favor, alabando a los que se mantenían alejados de los casamientos mixtos. Habló de la responsabilidad de los judíos en la educación de los hijos en la piedad, de la aceptación del tiempo de la salud que había llegado, de la penitencia y del bautismo. Después sanó a los enfermos y comió en la casa de Barnabás.

Lo llevaron a la otra parte de la ciudad donde había gran cantidad de cajones con abejas en medio de multitud de árboles y flores. Veo un agua surgente y un lago que se forma allí. Luego fueron a la sinagoga de la ciudad, donde enseñó del sacrificio y la proximidad de la promesa. Estaban de paso algunos judíos sabios que le hicieron toda clase de preguntas y dudas, y Jesús salvó sus dificultades. Se veía que tenían mala intención. Las preguntas se referían a los casamientos mixtos, y a Moisés que había hecho matar a muchos con ocasión del becerro de oro que les hizo Aarón y al castigo por esa causa. El día siguiente me pareció de ayuno o de fiesta para los judíos, pues a la mañana hubo plegarias y enseñanza en la sinagoga. Después salió Jesús fuera de la ciudad por el Norte. Llegaron algunos maestros judíos y recabitas. Era como un centenar de personas. Anduvieron como una hora hacia el lugar que era el centro industrial de la apicultura. A mucha distancia se extendían al sol, a la altura de un hombre, los cestos de mimbres donde hacen sus panales las abejas. Cada grupo de ellos tenía su jardín de flores.

Todo estaba cercado y el conjunto parece una aldea. La parte de los paganos se distingue en seguida por los numerosos nichos donde estaban sus ídolos en forma de niño fajado terminando en pez. La aldea consistía en pequeñas casas de los cuidadores de las abejas, donde guardaban los utensilios de su labor. El albergue era un edificio grande con muchas divisiones. Había muchos estrados y colchonetas para descansar. El jefe pagano de los trabajadores proporcionaba a cada uno lo necesario. Los judíos tienen sus lugares aparte y sus reuniones para la oración. Creo que en esta casa tan grande preparan y elaboran la cera y la miel, y es como un depósito de la cosecha. Veo muchos arbus-tos de hermosas flores amarillas. Las hojas son más bien amarillas que verdes y las flores caen al suelo en tal cantidad que lo

tapizan de amarillo. Veo que ponen lienzos debajo de los arbustos para juntar las flores, que luego exprimen para hacer colorantes. Los cultivan en tarros y a veces en los huecos de las rocas con tierra. Los veo también en la Judea. Hay aquí mucho algodón. No lejos, quizás una media hora de camino al norte de Cythrus, corre un torrente desde la montaña, atraviesa la ciudad y los alrededores por donde vino Jesús. Unas veces corre al aire libre, otras entubado: creo que echa sus aguas en el acueducto de Salamina. Al principio es un verdadero lago pequeño. Se hablaba ahora de bautizar en este lugar. Veo una gran cantidad de flores silvestres por todas partes. A lo largo del camino hay árboles de naranjas, higueras y pasas de Corinto.

Jesús había venido a este lugar para poder hablar y enseñar sin molestias, especialmente a los paganos. Lo hizo durante el resto del día bajo los árboles y entre los jardines. Por momentos estaban sentados, por momentos de pie; Jesús les habló mucho de la oración del Padrenuestro y les explicó las Bienaventuranzas. Habló a los paganos de la crueldad y obscenidad de sus dioses, y cómo se introdujo la idolatría: cómo fué separado Abraham por esta causa para mantener la unidad de Dios en su pueblo. Habló claramente y con severidad a veces. Le escuchaban unos cien hombres. A intervalos se alejaban algunos para tomar alimento en sus casas: pan, miel, fruta y queso de cabras de forma alargada. El dueño de la casa era pagano, pero muy atento y humilde. Por la noche los judíos estaban separados. Jesús enseñaba y rezaba con ellos. Pasaron la noche aquí todos. En Cythrus hay más movimiento que en Salamina, donde se concentra en el puerto y en algunas calles. En la parte donde llegó Jesús hay una gran feria de animales y aves, y en las calles de la ciudad se ven pendientes de los comercios toda clase de telas, mantas y géneros y diversos artículos en venta. En la parte opuesta viven los mineros: se oye el golpear y el martillar. de modo que no se puede escuchar la palabra del vecino. Esto ocurre mayormente en las afueras de la ciudad. Fabrican toda clase de recipientes, generalmente de formas ovaladas, con asas y a veces con tapa. Los tuercen, son puestos luego en el fuego y soplados por medio de largos caños. Por fuera son amarillos y por dentro blancos. En estos recipientes despachan toda clase de jugos de frutas, miel y Sirup. Los transportan por agua sobre maderas cruzadas o los llevan arracimados sobre pértigas a su destino.

Al día siguiente volvió Jesús a enseñar en el lugar de las abejas. El número de los oyentes fué creciendo hasta algunos centenares. Como Jesús les reprochaba el culto de sus falsos dioses, pintándoles sus modos, formas y significaciones detestables, algunos paganos que habían llegado con sus bastones de caminantes, al escuchar estas cosas contra sus divinidades se irritaron y se marcharon murmurando. Jesús dijo que los dejaran: "Es mejor que se vayan; no sea que de lo que oyen decir se fabriquen algún ídolo más". Habló proféticamente de la devastación de esta hermosa tierra, de sus ciudades y templos y del juicio que vendría sobre todos estos países. Anunció que cuando la perversidad llegara a su colmo, el paganismo caería en ruinas. Habló también del castigo de los judíos y de la destrucción de Jerusalén. Estos paganos recibían estos avisos con mejor disposición que los judíos, que siempre solían hacer objeciones a las proféticas amenazas de Jesús. Éste aludió a los pasajes de los profetas, los aplicó al Mesías y avisó que había llegado su cumplimiento. Añadió que el Mesías se levantaría en medio de los judíos, que no lo reconocerían, se burlarían de Él, y que cuando Él les dijera claramente que lo era, lo apresarían para matarlo. Esto no gustó a muchos. Jesús les mostró lo que ellos habían hecho antes con todos los profetas, lo que ahora habían hecho con el anunciador y lo que harían después con el Anunciado por Juan Bautista.

Los recabitas hablaron a solas con Él sobre Malaquías, al cual estimaban mucho y del cual decían y creían que había sido ángel y no hombre. Narraban cómo se había presentado como niño y recibido por personas piadosas; como desapareció después, de modo que se ignora si ha muerto. Hablaron de sus profecías, sobre el Mesías, y el nuevo sacrificio. Jesús aplicaba todo esto a los tiempos presentes y a un futuro cercano. Desde el lugar de las abejas fué andando Jesús con mucho acompañamiento a la casa de Barnabás y en el camino, de varias horas, se apartaban muchos para ir a sus casas. Muchos de los acompañantes eran jóvenes que se iban a embarcar para ir a Jerusalén a las fiestas de Pentecostés.

Quedaban aún muchos en compañía de Jesús. Delante del jardín se habían reunido treinta o cuarenta mujeres y doncellas paganas y unas diez doncellas judías para saludar a Jesús y mostrarle su adhesión. Unas tocaban flautas, cantaban himnos de alabanza y traían guirnaldas de flores y ramos que echaban a su paso; extendían sus mantas, se inclinaban profundamente

y ofrecían botellitas y cajitas con perfumes, coronas de flores, hierbas aromáticas y diversos regalos. Jesús agradecía estos obsequios y hablaba con ellas. Le acompañaron hasta la entrada de la casa de Barnabás y depositaron sus regalos en la sala de reuniones. Todo estaba adornado con guirnaldas y flores. Fué un recibimiento semejante al Domingo de Ramos, pero todo más tierno y más familiar. Después se retiraron, porque ya oscurecía. Me llamaron la atención los trajes de esas doncellas: traían unas gorritas tan curiosas, que me recordaban las canastillas que yo, cuando era niña, solía tejer con mimbre. Sobre las gorritas algunas tenían flores y otros adornos que caían sobre la frente. En el cuello llevaban diversos adornos. Tenían varios vestidos muy livianos, de modo que aparecía uno más largo que otro, de colores amarillo, oro, blanco, azul, con rayas o floreados. Los cabellos caían largos sobre los hombros, al final recogidos y con algún adorno. Calzaban sandalias. Las madres alzaban a sus criaturas. Hacía tres horas que estas mujeres esperaban allí a Jesús para obsequiarlo.

En la casa de Barnabás hubo una comida, aunque no se sentaron a la mesa, sino que presentaban a cada uno una bandeja con alimentos diversos. Estaban reunidos bastantes ancianos, entre ellos el viejo curado en la sinagoga. El padre de Barnabás es un hombre de recia contextura; se echa de ver que es un trabajador en maderas. A los hombres de aquel tiempo los veo mucho más recios y sanos que los de nuestros tiempos. Después vi a Jesús junto a la fuente, cerca de Cythrus, enseñando en un sitio: preparaba allí a los catecúmenos, mientras los discípulos bautizaban primero a los judíos y luego a los paganos. Jesús habló con los maestros judíos y les dijo, respecto de la circuncisión, que no lo impusiesen a los paganos que se convertían, si no lo pedían ellos; pero que con todo procurasen no dar ocasión de escándalo a los demás judíos del pueblo y no dejarlos juntarse con los judíos en la sinagoga; que en lugar de la circuncisión material, exigiesen a los paganos que se convirtan, la mortificación de las pasiones de la carne, del corazón y de los malos deseos. Añadió que les daría a ellos enseñanza aparte, enseñándoles el modo de orar.

XXXVII

Jesús en Mallep

Junto al pozo de Cythrus, donde los discípulos bautizaron, vi varios hombres que, muy reverentes, se acercaron a Él. Esta multitud de seguidores estaban ahora por separarse, tanto los recién bautizados como los demás oyentes. Algunos permanecieron aún en el lugar y a los nuevos les decían que el profeta había enseñado toda la mañana hasta ahora. Jesús se había encaminado a la gran aldea de Mallep en compañía de sus discípulos y de siete recién bautizados filósofos de Salamina. Mallep está habitada por solo judíos, quienes han levantado esta población. Está edificada sobre una altura, desde donde se ve un espléndido panorama hasta el mar. Tiene cinco calles que convergen en el centro, donde han cavado en la roca viva una fuente que recibe agua desde Cythrus. En derredor del pozo hay cómodos asientos y está rodeado de hermosos árboles. De aquí se miran los alrededores, llenos de quintas y árboles frutales. Rodea a la ciudad una doble muralla: la exterior alta y la interior más baja. Muchas viviendas están cavadas en la viva roca y las praderas verdean de flores y de árboles frutales. Es tiempo de cosecha. Los hombres viven del comercio de la fruta seca. También fabrican mantas, alfombras, esteras, y canastos y canastillos para el despacho de las frutas secas.

Cuando llegó Jesús le salieron a recibir los maestros de la escuela con los alumnos y muchos del pueblo. Todos estaban vestidos de fiesta. Los niños cantaban y tocaban en sus flautitas y traían guirnaldas de hojas y de flores. Las niñas estaban delante de los niños. Jesús pasaba entre los niños, bendiciéndolos. Luego fué llevado por los maestros y otras personas, unas treinta, a una galería donde le lavaron los pies. Mientras tanto habían colocado a los enfermos, unos treinta, delante de la puerta de las casas, donde Jesús, al pasar, los sanó de sus dolencias, mandándoles que le siguiesen hacia el pozo, en el centro de la población, adonde Él se encaminó. Todos se dirigieron con sus parientes, cantando alabanzas a Dios, al lugar señalado, donde Jesús habló del Padrenuestro, del pan cotidiano y de la obligación de dar gracias a Dios. De aquí pasó a la sinagoga donde habló de la petición: "Venga a nos el tu reino". Dijo que ese reino era espiritual, que ya estaba entre ellos, que no era como el reino terreno y que lo pasarán mal quienes no

lo quieren recibir. Los paganos que lo habían acompañado se mantenían aquí más retirados que en otras poblaciones mixtas. Después tomó parte en una comida que le habían preparado los maestros, en un edificio desocupado expresamente para Él y sus discípulos.

Había allí un jefe que proveía lo necesario. A la mañana siguiente volvió Jesús a enseñar en la hermosa sinagoga. Habló del sembrador, de los campos diversos, de la cizaña y del grano de mostaza que da tantos árboles y frutos. Tomó ocasión de la vista de un arbusto que allí crece en abundancia y es de mucha utilidad. El fruto es colorado y negro, y lo exprimen para usarlo como colorante. Los paganos bautizados no entraron en la sinagoga, sino que escuchaban desde afuera. Cuando más tarde estaba Jesús sentado a la mesa con los principales del pueblo, vinieron tres niños ciegos, de unos diez a once años, traídos por sus compañeros. Tocaban unos instrumentos que tenían en la boca y modulaban los tonos con los dedos. No eran flautas, sino instrumentos que daban como un zumbido agradable. Cantaron dulces melodías. Sus ojos estaban abiertos, pero no veían. Jesús les preguntó si deseaban ver, si serían buenos y usarían bien de la vista. Ellos, muy contentos, respondieron: "Si Tú quieres, Señor, puedes ayudarnos. Ayúdanos, como Tú quieras". Jesús les dijo: "Dejad vuestros instrumentos". Atrajo a los niños delante de Sí, púsoles sus dedos sobre los ojos y levantando una fuente de frutas, les preguntó: "¿Veis esto?" Los bendijo y les dió de esas frutas. Ellos, de pronto, vieron; quedaron como aturdidos, y luego, llorando de alegría, se echaron a los pies de Jesús. Se despertó una alegría sin término al ver a estos niños con vista. Volvieron éstos trayendo a sus padres y amigos, que se allegaron contentos a Jesús, tocando y cantando himnos en acción de gracias. Jesús habló a todos diciendo que la acción de gracias es una preparación para recibir nuevas gracias, tan bueno es el Padre celestial.

Después de la comida anduvo Jesús con los suyos y con los filósofos paganos en torno de los hermosos alrededores, enseñando a los filósofos y a algunos oyentes. Otros discípulos enseñaban a grupos de personas. Por la tarde volvió Jesús a enseñar en la sinagoga. Al día siguiente visitó a los padres de los niños curados de la ceguera. Eran judíos de la Arabia, del lugar donde había vivido Jetró, suegro de Moisés. Olvidé sus nombres. Habían viajado y estado en Cafarnaúm, donde escucharon la predicación de Jesús y estaban bautizados. Estas familias,

una veinte personas, con las mujeres y los niños, eran comerciantes viajeros que se detenían donde podían trabajar. Solían quedarse algún tiempo en este lugar donde tenían un albergue con sus herramientas de labor los hombres y de tejeduría las mujeres. Los niños ciegos seguían a sus padres, y tocando y cantando se ganaban algunos centavos. Jesús les dijo que no debían llevarlos en sus viajes, sino dejarlos allí y mandarlos a la escuela. Les indicó algunas familias buenas que se harían cargo de los niños. Esto lo había arreglado ya Jesús ayer mismo. Los padres prometieron hacer como Jesús lo indicaba.

XXXVIII

Jesús enseña a los filósofos paganos

Jesús anduvo con los suyos y los siete filósofos bautizados por las hermosas praderas que se extienden desde Mallep hasta el pueblo de Sanifa, por el Sur hacia la montaña. De ese punto, desde Cythrus, viene un torrente, casi oculto en la montaña, cruza Sanifa y va por las praderas en dirección de Mallep. No es el agua que va al pozo del centro de Mallep. Es indescriptible la hermosura de la región comprendida entre estas aguas. Desde Mallep se extienden las casas desparramadas hasta Sanifa. Todo es verde, lleno de árboles frutales y de flores. Jesús anduvo por la parte izquierda del torrente hasta Sanifa. En el camino habló con unos hombres que estaban por embarcarse para la fiesta de Pentecostés en Jerusalén. Les dijo que saludasen a Lázaro y que, fuera de él, no hablasen con otros de su estadía en Chipre. Llegó a la parte norte del torrente y cruzó por una aldea llamada Jeppe. La cosecha había terminado y veo a la gente haciendo montones de haces que luego regalarán a los pobres.

Jesús habló a los filósofos, ya caminando, ya sentados a la sombra de algún árbol. Les habló de la perversión de los hombres antes del Diluvio, de la salvación de Noé y de la nueva perversión; de la vocación de Abrahán y de la guarda de esa raza hasta el tiempo del cumplimiento de la promesa en que el Consolador había venir entre ellos. Los filósofos preguntaban muchas cosas y traían los nombres de algunos de los dioses y héroes antiguos y los grandes hechos que de ellos se contaban. Jesús les dijo que todos tienen algunos dones de la naturaleza y con ellos pueden obrar y hacer cosas útiles; pero que sus

hechos estaban mezclados con muchos pecados y cosas perversas. Les mostró la perversión de esos pueblos, que en parte habían desaparecido, y cómo se habían originado esos ridículos ídolos que ellos llamaban dioses, mezclados con previsiones y falsos prodigios obrados por virtud de los demonios; engaños que después pasaban como verdaderos. Los filósofos hablaban de un anciano y sabio rey que había venido de la India, llamado Dsemschid, el cual, con una daga de oro, recibida de Dios, había repartido muchas comarcas y hecho muchas bendiciones: preguntaron a Jesús qué pensaba de ese personaje. Jesús les dijo que Dsemschid había sido un hombre de natural prudente y sabio en las cosas de la tierra, un guía de pueblos que al separarse después de la torre de Babel había guiado a algunas tribus a ciertas comarcas, donde las había repartido por tribus y familias. Les dijo que semejantes guías de pueblos los hubo y que la raza que guió él no había decaído tanto como otras. Por otra parte mostró que muchas cosas que se decían de él eran invenciones y falsedades, que apenas había sido una imagen del verdadero guía de pueblos que en ese tiempo era Melquisedec. Agregó que debían mirar a Melquisedec y a la estirpe de Abrahán. Al moverse los pueblos y dispersarse, Dios mandó a Melquisedec para que guiara las mejores tribus, les enseñase a hacer sus viviendas y se conservasen puras en medio de la depravación general, y hacerse dignas de que de ellas naciera un día el Mesías. En cuanto a lo que fuera Melquisedec lo podían ellos entenderlo: era figura de Aquél que había de venir; que ahora era el tiempo de la promesa y que el sacrificio de pan y vino que ofreció Melquisedec era figura del sacrificio que pronto se cumpliría para durar hasta el fin del mundo. Jesús habló tan claramente y con seguridad de Dsemschid y de Melquisedec que estos filósofos quedaron estupefactos y dijeron: “¡Señor, eres un sabio. Parece que Tú hubieras vivido con ellos en aquellos tiempos y los conoces mejor de lo que se conocieron ellos mismos”. Jesús refirióse luego a los profetas mayores y menores, especialmente a Malaquías.

Al entrar el Sábado, Jesús fué a la sinagoga con ellos y enseñó del III libro de Moisés, del año del jubileo y del profeta Jeremías. Dijo que cada uno debe cultivar bien su campo para que nuestro hermano, que lo reciba de nosotros, reconozca en ello el amor que le tenemos. Al día siguiente continuó hablando del año jubilar, del cultivo del campo y del profeta Jeremías. Después, con los suyos y muchos acompañantes, judíos y paga-

nos, dirigióse hacia el Sur, a un lugar de baños de las aguas de Cythrus. Había allí una hermosa cisterna y asientos en torno, bajo una techumbre de ramas. Todo estaba dispuesto para los bautismos. Muchos acompañaron a Jesús a un sitio de enseñanza, entre ellos siete novios que habían venido con sus acompañantes y parientes. Enseñó de la caída del primer hombre, de la perversión de la humanidad, de la promesa de la redención, de la depravación, y cómo Dios apartó a algunas razas menos malas. Les dijo que cuidasen de los casamientos, que hereden las virtudes de los padres y cómo debían santificar el estado del matrimonio por las virtudes y la continencia. De este modo vino a hablar del novio y de la novia y de una clase de plantas que hay en la isla, las cuales son fecundadas por otras lejanas y aun fuera de la isla. Así la esperanza, la confianza en Dios y el ansia de la salud mesiánica, y la humildad y la continencia, madre de la promesa. De este modo llegó a la significación misteriosa del matrimonio: la unión del Consolador de Israel con su pueblo, diciendo que el matrimonio era un gran misterio. Habló tan hermosamente que no puedo expresarlo. Trató de la penitencia y del bautismo que purifica y quita la mancha de la separación y hace a todos capaces para tomar parte de la salud mesiánica.

Jesús se apartó con algunos de los bautizandos para oír su confesión; les perdonó sus pecados y les impuso algunas obras buenas y mortificaciones como penitencia. Santiago el Menor y Barnabás, mientras tanto, bautizaban. La mayoría eran ancianos y algunos paganos; se bautizaron también los tres niños curados de ceguera, que no lo habían hecho con sus padres en Cafarnaúm. Después de la conclusión del Sábado preguntaron algunos filósofos si era realmente necesario que Dios mandara el Diluvio sobre la tierra; por qué había tardado tanto Dios en enviar al Consolador, al Mesías. Él podía haber cambiado las cosas enviando alguno que lo arreglara todo. Enseñó Jesús que eso no estaba en los designios de Dios: que Dios creó a los ángeles con libre voluntad y con dotes celestiales, y que, a pesar de todo, se apartaron de Dios por soberbia, cayendo en un reino tenebroso: que el hombre también estuvo con libre voluntad entre este reino tenebroso y el reino de la luz, y que, sin embargo, se echó en el reino de las tinieblas por la fruta prohibida. Ahora debe el hombre cooperar para que Dios lo ayude a atraerse ese reino de la luz, y Dios se lo conceda. El hombre quiso ser como Dios gustando de la fruta prohibida, y no es posible que

reciba ayuda, si el Padre no enviara a su propio Hijo entre ellos, para que por Él sean de nuevo reconciliados con el Padre. El hombre está ahora tan pervertido en todo su ser que necesita de gran ayuda y especial misericordia, para establecer el reino de Dios en la tierra que habita, pues el reino de las tinieblas se esfuerza en todas formas por desechar a este reino de la luz. Les dijo que no era el suyo un reino temporal, sino una renovación, una regeneración y reconciliación del hombre con Dios Padre, y la unión de todos los buenos en un Cuerpo Místico.

Al día siguiente enseñó nuevamente en ese lugar. Estaban allí las siete parejas y algunos paganos que habían abrazado la circuncisión, ya que debían casarse con doncellas judías. Otros paganos que simpatizaban con los judíos habían obtenido permiso de escuchar la enseñanza de Jesús. Primero enseñó Jesús, en general, sobre los deberes de los casados, especialmente los deberes de la mujer: que miren a los ojos de su marido y cierren sus ojos a otras personas. Habló de humildad, obediencia, continencia, del trabajo doméstico y de la educación de los hijos. Mientras se apartaban las mujeres para preparar la comida, Jesús dispuso a los hombres para el bautismo. Habló de Elías y de la gran sequía que hubo en sus tiempos y de la nube que trajo la lluvia por la oración de Elías. También hoy había una espesa neblina sobre el campo, como hace unos días: casi no se veían los alrededores. Jesús habló de esa sequía como castigo por la idolatría del rey Acab. La gracia y la bendición se habían alejado: había también sequía y dureza en los corazones. Habló del escondite de Elías, junto al arroyo Karith, a quien el cuervo le traía el pan; cómo llegó hasta la viuda de Sarepta y cómo la ayudó; luego de su victoria sobre los sacerdotes de los ídolos en el Carmelo y de la nube que se deshizo en agua y regó esa tierra. Comparó esa lluvia con el bautismo de ahora, exhortándolos a convertirse y a no permanecer en la dureza y en el pecado como Acab y Jezabel, después de esta lluvia del bautismo que recibían. Mencionó a Ségola, piadosa mujer pagana venida de Egipto, y que, establecida en Abila, había hecho mucho bien y obtenido de Dios gracia y bendiciones. Explicó cómo deben los paganos esforzarse para santificarse y conseguir la gracia de Dios. Estos paganos sabían mucho de Elías y de Ségola.

Después del bautismo de los novios, fué conducido Jesús con los suyos, los novios y los rabinos a una comida en la aldea de Jeppe, al Oeste de Mallep, invitados por el maestro de los judíos del lugar, cuya hija era novia de uno de los filósofos

de Salamina. Había éste escuchado la enseñanza de Jesús y se había hecho judío, recibiendo la circuncisión. El camino hasta allí iba subiendo; luego se bajaba en medio de una galería de árboles y de plantas. Por Jeppe pasaba el camino que llegaba hasta la población y el puerto de Cirinia, como a dos horas de allí. El otro camino, donde Jesús habló con los árabes, va hacia el puerto de Sapithus, más al Oeste. En Jeppe viven los paganos en una hilera de casas a lo largo de la senda principal. Veo comercio e industria aquí. Los judíos viven separados y tienen una hermosa sinagoga. Veo en los jardines de los paganos ídolos de niños fajados, y en lugar público, en el camino, un ídolo grande con cabeza de buey. Entre los cuernos tiene como un haz; está sentado sobre sus piernas y sus manos delanteras cortas cuelgan por delante. La comida fué muy sencilla: aves, peces, miel, panes y frutas. Las novias y sus doncellas estaban sentadas aparte, con sus velos. Vestían trajes largos; sobre la cabeza tenían coronas con adornos de plumas de color y algodones variopintos. Jesús enseñó, durante y después de la comida de bodas, sobre la santidad del matrimonio; dijo que los hombres debían tener una sola mujer, pues había aquí cierta facilidad en divorciarse para tomar otra mujer. Habló sobre esto con severas palabras, y contó parábolas del banquete nupcial y de los viñadores perversos que maltratan al hijo enviado por el rey. Los tres niños sanados tocaban y cantaban con otros; luego hubo diversos juegos.

Anochece cuando Jesús con los suyos volvió a Mallep. Desde una altura del camino se veía un hermoso panorama, que llegaba hasta el mar de luciente y tranquila superficie. En Mallep todo era movimiento por las bodas de las siete parejas. Parecía que toda la ciudad tomaba parte en la fiesta, pues la gente vive aquí como si fueran hermanos. Pobres del todo no se ven: los que hay viven aparte y son atendidos por la comunidad.

XXXIX

Las fiestas de bodas en Mallep

La ciudad estaba edificada con orden y concierto. Parecía una gran torta dividida en cinco partes iguales. Las cinco calles terminan en el centro donde hay una hermosa fuente rodeada de árboles y terrazas. Cuatro partes de la ciudad están cruzadas

por dos sendas transversales que van a parar también al centro de la ciudad. En una de estas calles circulares hay un gran edificio donde viven las viudas o personas ancianas que no tienen sostén. Son mantenidas por la comunidad: las que pueden dan enseñanza a los niños y cuidan de los huérfanos. Hay otra casa para viajeros pobres y para extranjeros, mantenida por la comunidad.

En las otras partes hay edificios públicos y por el medio corre el acueducto que lleva el agua al centro. Se ve allí un mercado público, albergues y una casa para vigilar a los endemoniados, a los cuales no se les deja vagar sueltos. De éstos Jesús sanó a algunos que le habían traído con los enfermos. En otra parte de la ciudad se levanta el gran salón de fiestas, junto a la fuente, formando su techumbre igual altura que la fuente central. La entrada a esta sala no mira a la fuente del centro, sino a otra dirección, donde se encuentra el pórtico de la sinagoga. A este lugar no pueden concurrir cuando quieren los habitantes sino con permiso, en las fiestas establecidas. Toda la mañana estuvieron arreglando y adornando la sala. Jesús estaba en el albergue y acudían a Él hombres y mujeres en busca de consejo, consuelo y enseñanza, pues debido a la convivencia con los paganos se daban muchas ocasiones de dudas y escrúpulos en la conducta práctica. También vinieron las parejas y estuvieron largo rato escuchando sus enseñanzas. Recibió luego a las novias una por una; a quienes confesaba y daba normas de conducta. Les preguntaba por qué se casaban, si habían pensado en los hijos y en su educación, que es fruto del temor de Dios, de la continencia y moralidad. Sobre estas cosas no estaban instruídas.

En los caminos se pusieron arcos de ramas, coronas de flores y de frutos y alfombras, y se levantaron galerías y palcos desde los cuales se podía ver la fiesta. Delante de la sinagoga había unos arcos de ramajes con hojas y flores. He visto traer a la casa de banquetes utensilios para la comida: los que contribuían con algunos objetos tenían derecho a tomar parte en la fiesta. Traían los alimentos sobre tablas que luego servían de mesas; eran como ramas o mimbres tejidos: sobre ellos se extendía el mantel y debajo ponían los comestibles que se extraían por los lados. Los comensales estaban como echados sobre alfombras, apoyados en almohadas. Bajo la glorieta donde estaban los casados habían corrido una techumbre de tela. Jesús fué rogado de ir allí con los suyos y como había entre los no-

vios algunos ex paganos, los filósofos y otros paganos se mantuvieron a cierta distancia. Las siete parejas vinieron de distintas direcciones con sus acompañantes, músicos y cantores: niños y niñas coronadas de guirnaldas de flores. También venían los parientes del novio y de la novia. Los novios vestían grandes mantos y fajas anchas con letras e inscripciones: traían calzado blando y en las manos pañuelos amarillos. Las novias tenían vestidos largos adornados con piedras y perlas. Traían velo y sobre la cabeza coronas hechas de seda con plumas de color. Los velos eran de seda y muy vistosos. Llevaban antorchas bastante largas, que sostenían en las manos con un pañuelo oscuro, y calzaban botines o sandalias blancas.

En estos casamientos hechos por los rabinos, he visto usos y prácticas diversas cuyo orden no recuerdo. Leyeron en numerosos rollos, oraciones y las fórmulas del contrato. Las parejas se adelantaban bajo el dosel, y al terminar, los parientes arrojaban sobre ellos granos de trigo con palabras de bendición y de prosperidad. El rabino hería levemente al novio y a la novia en el dedo meñique y mezclaba algunas gotas de la sangre de ellos en un vaso de vino, que luego bebían los esposos. Al concluir el esposo entregaba el vaso por detrás y era puesto en una fuente con agua. De la herida hecha en el dedo corría alguna gota en la palma de la mano y se daban la mano frotando sobre esa sangre. La herida se cubría con una venda blanca y luego se cambiaban los anillos. Creo que tenían dos anillos, uno en el meñique y otro en el anular. Luego ponían un lienzo bordado sobre la cabeza de los esposos. La novia volvía a tomar con el paño oscuro la antorcha que había entregado al acompañante y con la derecha la ponía en la mano derecha del novio, el cual la pasaba a su mano izquierda y de allí a la izquierda de la novia. Por último la devolvían a los acompañantes. En estas ceremonias he visto que bendecían un vaso de vino, del cual tomaban todos los parientes. Cuando estaba casada, la acompañante le quitaba la cinta de la cabeza y le ponía el velo. Entonces vi que el conjunto del adorno del cabello era postizo. Esta ceremonia la hacían entre tres rabinos y duraba tres horas. Luego se dirigía la comitiva de la esposa hacia la sala de fiesta, a través de la galería de ramajes. Los hombres iban detrás mientras los presentes decían palabras de felicitación y augurios. Después de la comida se pasaba a los jardines, junto al acueducto y allí se divertían.

Por la tarde hubo en la sinagoga una enseñanza para los recién casados. Después que hubieron hablado los rabinos, pidieron que Jesús dirigiese su palabra a los recién casados. Al día siguiente volvieron las siete parejas al salón de fiestas, entre música y acompañados de todos los invitados. Los discípulos de Jesús estaban entre ellos, pero hicieron esta vez la parte de servidores en las mesas. Presentaron a los esposos tortas y frutas en hermosas fuentes, con adornos de manzanas de oro y hojas doradas entremezcladas con flores. Intervinieron coros de niños y niñas con canto y música: eran extranjeros y trabajaban a cambio de panes y otros comestibles. Luego cantaron los tres niños sanados y otros coros de la ciudad; y por último se inició un movimiento de danza muy particular en una glorieta cuadrada con piso de hojas y flores. Parecía que hubiera tablones movibles sobre un piso vacío. Todo estaba cubierto de hojarasca y de musgo. Los danzantes se tocaban con los pañuelos. Su danza eran movimientos rítmicos y las mujeres y las novias tenían el velo recogido. Se sirvieron algunos refrescos en los cuatro ángulos de la glorieta. Luego entre música y cantos salieron afuera para caminar por los jardines cerca de la fuente. Se inició una serie de juegos, consistentes en carreras, saltos y tiros de objetos al blanco. Los hombres jugaban separados de las mujeres. Se daban premios a los ganadores y penas a los perdedores. Los objetos eran monedas, correas, pañuelos y telas que llevaban al cuello. El que no tenía consigo nada debía obtenerlo de un mercader estacionado en las cercanías.

Lo que ganaban los vencedores como lo que perdían los otros, era entregado a los ancianos que lo repartían a los pobres que estaban allí mirando. Las novias y doncellas jugaban por premios de anillos y brazaletes. Las que corrían carreras se ceñían los vestidos, cubriendo sus piernas con otras telas y recogiendo los velos por atrás. Eran ágiles y esbeltas. A veces se sujetaban con la mano izquierda a la faja de la compañera, formando un círculo que se movía: con la derecha una arrojaba a la otra una manzana amarilla que debía barajar la compañera, y si no lo conseguía debía inclinarse hasta recogerla del suelo sin salirse de la fila. Por último jugaron un desafío entre hombres y mujeres: un círculo de mujeres arrojaba al de hombres frutas amarillas que, al encontrarse y chocar en el aire, reventaban, provocando la risa de unos y otras. Hacia la tarde volvieron a sus casas con acompañamiento festivo. Esta vez los esposos fueron paseados en asnos muy adornados; las mujeres

se sentaban de lado. Acompañados de música, canto y aclamaciones volvieron a la sala de fiesta, donde se sirvió la cena.

Los novios se dirigieron a los rabinos y pronunciaron en la sinagoga su voto de continencia para determinadas fiestas o ayunos. Se les imponía una penitencia si quebrantaban ese voto. Prometían velar en la noche de Pentecostés y pasarla juntos en oración. Desde la sala de fiestas cada pareja fué llevada a su casa. La persona que llevaba al matrimonio a la casa propia, estaba de pie delante de ella, y los parientes llevaban al otro desde la sala de fiestas a la casa dando antes tres vueltas alrededor. Los regalos de bodas eran llevados jubilosamente a la casa y los pobres del lugar recibían una parte de ellos.

XL

La fiesta de Pentecostés. Visión del pasaje del Mar Rojo

En Mallep todo son preparativos para la fiesta, limpiando, adornando y preparando los baños para las purificaciones. La sinagoga y muchas casas están adornadas con enramadas, hojas, festones y flores, y los pisos con hojas y flores. La sinagoga fué también perfumada e incensada y los rollos de las Escrituras están adornados con coronas de flores. Delante están cociendo los panes para esta fiesta y los rabinos bendicen la harina que se emplea. Dos panes tienen que ser de la cosecha del presente año. Para los otros panes y especies de tortas delgadas y largas que se rompen con los dientes, se usa harina que anticipadamente han traído de la región donde Abrahán asistió al sacrificio que ofreció Melquisedec. Esta harina fué enviada hasta aquí en tarros: la llaman la semilla de Abrahán. Estos panes eran ácidos y debían estar listos para las cuatro de la tarde. Había además ciertas hierbas, que eran bendecidas por los rabinos.

A la mañana siguiente enseñó Jesús delante de los paganos bautizados y de los judíos ancianos sobre la fiesta de Pentecostés, la ley de Sinaí y el bautismo, diciendo cosas muy misteriosas. Habló mucho de los profetas: de los panes santos que se bendecían en Pentecostés, del sacrificio de Melquisedec y de sacrificio anunciado por Malaquías. Dijo que la institución de ese sacrificio estaba cerca y que cuando volviera esta fiesta, vendría una gracia nueva sobre el bautismo, y que todos los bautizados que habían creído en el Consolador, serían partici-

pantes de sus dones y gracias. Como se suscitara entre ellos discusión sobre las cosas dichas, Jesús tomó aparte a unos cincuenta de los mejores dispuestos a creer, despidiendo a los demás para hablarles en otra ocasión. Anduvo con ese grupo selecto por los alrededores de la ciudad y del acueducto, enseñando y aclarando su doctrina. A veces los veía detenerse y formular ellos toda clase de preguntas. Jesús contestaba y a veces levantaba el dedo, como señalando. He visto que cuando hablan, ellos lo hacen con muchos visajes y ademanes con las manos o los dedos. Cuando les habló de la gracia que vendría y de la salud que se consigue sólo por el bautismo y de aquel sacrificio único que se iba a instituir, preguntaron si el bautismo tenía esa gracia que les anunciaba. Les dijo que sí, si perseveraban en la fe y reconocían ese sacrificio que instituiría. Les dijo que hasta los Padres antiguos, que no habían tenido este bautismo, pero que deseaban y esperaban al Mesías en espíritu, recibían ayuda y redención por esa fe en el futuro sacrificio y en este bautismo. Les habló de la oración perseverante, en esta fiesta, que los piadosos israelitas observaron siempre pidiendo el cumplimiento de la promesa del Redentor y Consolador de Israel. Jesús dijo en estas ocasiones cosas muy profundas que ya no me es posible reproducir. He visto luego que trajeron a Jesús y a los suyos alimentos, desde la sala de fiestas al albergue y que más tarde volvió con sus discípulos. Los paganos venidos de Salamina se volvían ahora, y Jesús los acompañó durante un trecho. Los exhortó a no dejarse enredar de nuevo en el culto de sus dioses y a no entregarse a la especulación y que, cuando pudiesen, abandonaran esta tierra de paganos para vivir entre judíos: oí en esta ocasión que les habló de las comarcas de Jerusalén, de la Judea, entre Gaza, Hebrón y Jericó. Les recomendó que viesen a Lázaro, a Juan Marcos, al sobrino de Zacarías y a los padres del discípulo Manahem, a quien había dado la vista. Antes del Sábado, los niños de la escuela fueron a recibir solemnemente a los rabinos para acompañarlos a la sinagoga. Lo mismo hicieron las doncellas con las recién casadas y los jóvenes con los esposos. Jesús fué también con los suyos a la sinagoga. En este culto no hubo predicación: sólo se leía, se oraba y se cantaban salmos. Los panes benditos fueron partidos y distribuidos en la sinagoga. Los conservaban en las casas como cosas benditas contra enfermedades, daños e influencias diabólicas.

Muchos judíos, entre ellos los siete esposos, pasaron toda la noche en la sinagoga, en oración. Numerosas personas de la ciudad salían en grupos de diez o doce y se iban a orar al aire libre, a las colinas o a los jardines. Llevaban una antorcha sujeta a un palo largo y a su luz pasaban la noche cantando salmos y rezando. Los discípulos y los paganos bautizados hicieron lo mismo, mientras Jesús se retiró para hacer oración solo. Las mujeres se reunían en sus casas para rezar.

El día de Pentecostés se pasaba toda la mañana en la sinagoga en la oración, en el canto y en la lectura de la Tora. También se hacía una especie de procesión. Los rabinos, tomando a Jesús entre ellos, pasaban por los alrededores de la sinagoga, acompañados del pueblo; y, deteniéndose en los cuatro puntos cardinales, pronunciaban bendiciones sobre los campos, sobre la mar y sobre los elementos, hacia todas las regiones. Después de una pausa de dos horas, regresaban a la sinagoga y continuaban la lectura, la oración y el canto. En algunas de estas pausas Jesús preguntaba: “¿Habéis entendido lo leído?” Y explicaba el sentido de lo que se leía. Se leyó desde el pasaje del Mar Rojo hasta la llegada de Israel al monte Sinaí.

Yo he visto este hecho y contaré lo que aún recuerdo. Los israelitas estaban acampados en un valle profundo, como a una hora del Mar Rojo. Allí el mar era bastante ancho y había varias islas, como de media hora de camino en su anchura. Faraón los había buscado más al Norte, y como había enviado exploradores, venía ahora sobre ellos, creyendo tenerlos seguros en su poder. Los egipcios estaban muy irritados por haberse llevado los israelitas sus utensilios, muchos ídolos y secretos de su culto idolátrico. Cuando los israelitas los divisaron se llenaron de temor mortal. Moisés oró, les dijo que orasen a Dios y luego les mandó que lo siguiesen. De pronto la nube que siempre los acompañaba, se puso detrás de ellos, tan tenebrosa, que los egipcios no podían verlos. Moisés se adelantó al mar con su vara, que tenía dos brotes y arriba otro, oró, y con su vara hirió las aguas del mar. De pronto aparecieron delante del ala media del ejército, a derecha e izquierda, dos grandes columnas de luz, que parecían tener su raíz en el mar y que terminaban arriba en una llamarada, al mismo tiempo que un viento impetuoso dividía las aguas a lo largo del campamento como hasta una hora de camino. Moisés se adelantó y entró por la bajada suave del fondo del mar, y todo el ejército de los israelitas lo siguió detrás en un ancho como de cincuenta hombres a la vez. Al principio encon-

traron el fondo un tanto resbaloso; luego caminaron sobre un suelo muelle de hierba. Las columnas de fuego los alumbraba como en plena luz de día. Lo mejor fué que de las islas que estaban allí, como jardines llenos de árboles y de animales, pudieron hacer gran provisión de frutas y animales, pues de otro modo hubieran sufrido escasez de alimento en esos lugares.

Las aguas del mar habían quedado a ambos lados, no precisamente como murallas levantadas, sino parecían más bien convertidas en algo semejante a gelatina. He visto que al pasar los israelitas lo hacían con andar apresurado, casi llevados, como quienes bajan una pendiente. Era la medianoche cuando entraron en el mar. El arca con las reliquias de José iba en medio del ejército. Las columnas de luz parecían nacer de las aguas, y se movían allí y en derredor de las islas, iluminando todo el paso a plena luz. Después se perdieron en las alturas en un resplandor. He visto que el agua no se apartó de repente, sino que iba haciéndolo ante Moisés, abriéndose en cuña, hasta el paso completo de los israelitas. Las columnas de fuego reflejaban en las aguas los árboles, los frutos y los animales que había en las islas para que los israelitas se proveyeran. En tres horas pasaron todos milagrosamente, pues hubieran tardado naturalmente nueve horas. A unas seis o nueve horas más arriba se veía una ciudad en la orilla, la cual pereció más tarde en las aguas. Después de tres horas llegó también Faraón con su ejército a la orilla del mar y por la oscuridad y la neblina tuvo que retroceder de nuevo. Finalmente encontró el vado; sin más se metió con sus hermosos carros y detrás de él todo su ejército. Cuando Moisés, que estaba ya en la orilla opuesta, mandó a las aguas volver a su lugar, el ímpetu de las aguas, la neblina y el fuego de las columnas, acabaron con Faraón y su brillante ejército. El pueblo de Israel cantó el himno de alabanza a Dios cuando vió a la mañana el desastre completo de los egipcios. Las dos columnas de fuego volvieron en la orilla a juntarse en una sola nube, que los guió luego a través del desierto. No me es posible describir la belleza de toda esta escena.

Al día siguiente fué Jesús con sus discípulos a dos lugares de la ciudad donde no había estado aún. Se lo habían rogado muchos que vivían allí. Sanó a enfermos, hombres y mujeres, que estaban en lugares preparados para ellos. Consoló y exhortó a algunos atacados de melancolía, a los cuales devoraba una aflicción muy grande. En Mallep estaba todo tan bien organizado que cualquiera que padeciera una desventura podía encon-

trar allí un refugio sin desmedro del honor de su familia. Algunas mujeres preguntaron cómo debían conducirse: sus maridos les eran infieles y ellas no querían acusarlos por temor al deshonor y a la pena severa que les esperaba. Jesús las consoló y exhortó a la paciencia; les dijo que pensasen lo que les convenía más para no dar sospechas a sus maridos: si preferían que los exhortase Él o alguno de sus discípulos extranjeros. También le trajeron a muchas criaturas para que las bendijera. Por la tarde fué a una gran casa donde habían reunido, en grupos separados, bastantes hombres y mujeres enfermos, de condición distinguida. Había algunos que padecían tan gran melancolía, que lloraban inconsolables. Sanó a unos veinte y les enseñó lo que debían comer o beber y cómo purificarse en las aguas. Después juntó a las mujeres, dándoles una enseñanza, y a los hombres, separadamente, hasta la tarde. Al terminar se dirigió a la sinagoga.

XLI

Jesús predica severamente en la sinagoga

La lección versó acerca del libro III de Moisés, 26, y de Jeremías, 17, sobre las maldiciones de Dios a los que no observan sus mandamientos: de los diezmos, de la idolatría, de la profanación del Sábado. La prédica de Jesús fué tan severa que muchos lloraban y gemían. La sinagoga estaba abierta y el timbre de su voz resonaba en las afueras en modo imposible de expresar.

Habló de los que esperan en las criaturas y ponen en ellas su confianza, esperando ayuda y contento. Habló de la atracción diabólica de los adúlteros de unos a otros, de la maldición de los que faltan a la santidad del matrimonio, de las consecuencias que recaen sobre los hijos, siendo los padres los mayores culpables. Las gentes estaban tan conmovidas, que muchos decían: "Habla como si el día del juicio fuera inminente". Habló contra la astucia de los que se creen sabios y de sus maquinaciones. Se refirió al proceder de aquéllos que frecuentaban las escuelas principales, de las cuales había una allí, donde se aprendían estas argucias y falsa ciencia.

Después de esta prédica tan severa vinieron muchos a ver a Jesús al albergue, pidiendo consejo y reconciliación de sus pecados. Había algunos doctores y alumnos de estas escuelas, los cuales preguntaban cómo debían portarse en adelante en sus estudios. También acudieron algunos que tenían negocios y tra-

tos prohibidos con los paganos, porque vivían cerca de donde ellos moraban. Estuvieron aquellos hombres de los cuales se habían quejado sus respectivas mujeres, y otros más. Venían uno por uno ante Jesús, se echaban a sus pies, confesaban su culpa y obtenían el perdón de los pecados. Estaban especialmente preocupados, temerosos de que las maldiciones de sus mujeres pasaran a sus hijos por su culpa, y preguntaban cómo podían impedir el efecto de estas maldiciones. Jesús les dijo que eso se remediaba con el amor y la reconciliación de las que habían dicho esas imprecaciones y con la penitencia de los que habían dado motivo. Tales maldiciones deben ser reconocidas delante del sacerdote y remediadas, para recibir la bendición que ellos pronuncien. Les dijo que las maldiciones no alcanzan al alma, pues el Padre dice: "Todas las almas son mías". Toca sólo al cuerpo y a los bienes materiales. La carne es la casa y el instrumento del alma, y un cuerpo maldecido refluye en el alma y aumenta el peso ya de por sí tan grave.

En esta ocasión he visto, en efecto, cómo obra la maldición diferentemente según la intención del que maldice y según el ser de los hijos. Muchos de los que están poseídos y sufren convulsiones tienen su origen en estas maldiciones. Los hijos ilegítimos los veo especialmente con estas fallas e inclinaciones malas tanto en lo material como en lo espiritual. Tienen en sí algo de aquello que yo veía que tenían los hijos de Dios que se unían y casaban con las llamadas hijas de los hombres. A menudo son hermosos, despiertos; pero llenos de codicia, de malos deseos; quisieran atraerlo todo a sí mismos, no reconocen sus fallas naturales. Llevan el sello de su origen malo en su propia carne y así su propia alma se contamina y está en peligro de perderse.

Después que Jesús atendió en particular a cada uno de estos hombres, tuvieron ellos que traerle a sus mujeres. A cada una de ellas les anunció el arrepentimiento de sus maridos y cómo debían reconciliarse con ellos y retirar las imprecaciones que habían pronunciado. Si esto no lo hacían de corazón, vendría sobre ellas la culpa de una mayor caída. Las mujeres lloraban, dieron gracias y prometieron remediarlo todo. A varios de ellos el Señor los reconcilió hoy mismo, llamándolos a su presencia, pidiéndoles su consentimiento, juntándoles las manos, poniendo su estola encima y bendiciéndolos. La mujer de un adúltero reconciliado, quiso quitar solemnemente el efecto de sus maldiciones de la cabeza de los hijos de su infiel marido, cruzando

sus manos con las de su marido sobre las cabezas de los hijos habidos con una mujer pagana, y en presencia de Jesús bendijo de corazón a los hijos de su marido infiel. Jesús imponía alguna penitencia a los adúlteros, como una limosna, un ayuno, continencia y oración. El hombre que había pecado con la pagana estaba ahora muy arrepentido. Invitó a Jesús a una comida y Jesús fué a su casa con los suyos. Estaban presentes algunos rabinos, los que, como todos, estaban maravillados de lo que veían, pues ese hombre era tenido por liviano, mundano e indiferente de los sacerdotes y profetas. Era hombre rico, tenía campos que cultivaban sus siervos y su casa no estaba lejos de aquella gran sala donde Jesús había sanado a sus enfermos. Durante la comida vinieron dos hijitas de la casa, las cuales se acercaron y derramaron un precioso ungüento sobre la cabeza de Jesús.

Después de la comida fué Jesús con los demás a la sinagoga para terminar la festividad del Sábado. Jesús siguió su predicación de ayer, pero ya no tan severo, y dijo que Dios nunca abandona a los que en Él confían y le invocan. Después habló de la demasiada afición a los bienes terrenos, y los exhortó, si creían de veras a su palabra, que cuanto antes volvieran a Palestina, dejando la compañía peligrosa de los paganos y siguieran la verdad entre las gentes de su misma nación. Añadió que la Judea era suficientemente grande para mantenerlos a ellos también, aun cuando tuvieran que habitar bajo tiendas antes de establecerse mejor. Añadió que era preferible abandonarlo todo antes que perder el alma con sus aficiones a las buenas casas y comodidades, bienes que conducen al pecado. Para que el reino de Dios venga a ellos era necesario que ellos le fueran al encuentro. Que no se gloriaran de sus cómodas casas y bienes terrenos en este alegre lugar, porque la mano de Dios muy pronto los alcanzaría y perderían todo lo que tenían y sus viviendas serían destruídas. Sabía Él, añadió, que su religión era más de apariencias, que descansaba sobre las comodidades y las riquezas y la indiferencia por las cosas de Dios. Buscaban riquezas de los paganos y trataban por medio de la usura, del comercio, de los trabajos en las minas y de casamientos de atraerse a los paganos. Añadió que todo lo perderían muy pronto. Adivirtiósles de los peligros de esos casamientos con los paganos, porque luego se tornaban indiferentes a las cosas de religión y buscaban sólo dinero, bienestar y vivir con más libertad y más licencia de costumbres. Todos estaban conmovidos y muchos pidieron hablar luego con Jesús a solas.

Al día siguiente estuvo Jesús en muchas casas amonestando, consolando y reconciliando a los desavenidos. Estuvieron con Él algunas mujeres que se acusaron de tener hijos fuera del matrimonio. Jesús hizo llamar a sus maridos y los volvió a unir con ciertas ceremonias. Los mismos hijos fueron recibidos por el marido y bendecidos, aunque ignoraban la razón de la ceremonia que se hacía con ellos. Para las mujeres fué una gran penitencia tomar a su cargo a los hijos que sus maridos infieles les habían traído; pero lo hicieron de corazón y esto fué motivo de que los hombres tomasen para sí y bendijesen a los hijos que le traían algunas mujeres infieles. De este modo se llegó a una cordial reconciliación, se evitó el escándalo y se quitó el mal ejemplo.

Muchas personas fueron a ver al Señor con motivo de las palabras severas y de las exhortaciones que habían hecho de que se fueran a Judea. Les había gustado su predicación y se consideraban como judíos de la Diáspora; pero eso de abandonar el lugar y volver a la Palestina no les agradaba. Estaban tranquilos, con vida cómoda, con mucho comercio y teniendo parte en las ganancias de las minas. Se enriquecían, decían ellos, a costa de los infieles; no eran molestados por los fariseos ni oprimidos por Pilatos. Estaban en las mejores condiciones, aunque expuestos a grandes peligros morales por vivir en medio de los paganos. Los campos y posesiones de los infieles lindaban con los de los judíos y las hijas de los paganos se casaban mejor con los judíos, porque éstos no trataban como esclavas a sus mujeres, como era costumbre entre los infieles. Por este motivo las doncellas paganas trataban de ganarse la voluntad de los jóvenes judíos con regalos, visitas y toda clase de seducciones. Aunque se hacían judías, no lo hacían de verdad, sino de conveniencia, y así traían la indiferencia religiosa y la disolución de costumbres en las familias de los israelitas. Los judíos de aquí, no eran tan francos ni hospitalarios como en Palestina: estaban mejor provistos de comodidades y no eran tan recios y decididos: así tenían toda clase de excusas para no salir. Jesús les dijo que también sus padres en Egipto habían tenido campos y casas y que todo lo habían dejado; les repitió sus predicciones de que serían más adelante infelices en este lugar. Los discípulos entretanto, especialmente Barnabás, andaban por los alrededores enseñando y amonestando a la gente. Con Barnabás tenían más confianza y familiaridad; por eso estaba siempre rodeado de grandes grupos de gentes.

XLII

Jesús visita a los mineros de Cythrus

Desde Mallep se dirigió Jesús a Cythrus acompañado de los suyos, y del discípulo de Naím y los hijos de Cirino que habían llegado en estos días. Eran unos doce. Se encaminaron a una aldea de mineros y excavaciones haciendo un largo rodeo, como de siete horas, para tener ocasión de hablar más tiempo con sus discípulos. Se detuvo en casa de varios de ellos para prepararlos a recibir la salud. Jesús había sido invitado por medio de Barnabás y de otras personas de Cythrus, porque los mineros judíos celebraban una festividad y recibían parte de la cosecha y del fruto de su trabajo. Jesús pidió al discípulo de Naím que contara las noticias que traía. Aunque sabía lo Jesús todo, se portaba como los demás mortales, para no molestar a los que vivían con Él.

La víspera de Pentecostes, este discípulo, después de haber ofrecido sus dones, antes que sucediera en Jerusalén la matanza de los soldados de Pilatos, había salido para Naím, de aquí a Nazaret y a Ptolemaida, y habíase embarcado para Chipre. Contó a Jesús que María su Madre y las santas mujeres, con Juan y otros discípulos, habían celebrado las fiestas de Pentecostés tranquilamente en Nazaret, y que su Madre y los amigos lo saludaban y le pedían se quedase algún tiempo más en Chipre, para que se sosegaran más los ánimos excitados contra Él. Los fariseos decían que se había escapado a tiempo, y que Herodes lo quería hacer ir a Maqueronte, con el pretexto de hablar sobre el asunto de los presos librados en Thirza y que una vez allí lo tomaría preso como a Juan. Contó lo sucedido el día antes de Pentecostés cuando los soldados de Pilatos asaltaron a los que habían ido al templo a ofrecer sus dones. En esta matanza perecieron algunos amigos de Jesús, servidores del templo y algunos parientes de Zacarías. Jesús lo sabía y se había entristecido. Estas noticias lo llenaron nuevamente de pesar, como a los que estaban con Él. Pilatos había salido el día antes de la ciudad manteniéndose retirado con algunas tropas en una casa que poseía en el camino a Joppe. Esperaba poseer el dinero recogido de las ofertas al templo para hacer un acueducto que venía de bastante lejos, y para este fin había hecho colgar de unas columnas, a la salida del templo, unos edictos que llevaban encima una imagen de bronce del César

en que se hablaba del destino de esos dineros. Como el pueblo estaba muy irritado por la figura del César puesta en las columnas del templo, los herodianos incitaron a un grupo de galileos, partidarios de Judas el Gaulonita, que se amotinaron y perecieron en la matanza. Herodes permanecía en Jerusalén en el mayor secreto y sabía todo lo que pasaba en el templo. Los amotinados fueron locamente, la víspera, al lugar de los edictos, bajaron las tablas con ellos; uno injurió y rompió las imágenes del César, arrojando los trozos del edicto y de la imagen a la explayada del pretorio, gritando: "Ahí tienes el dinero que exiges de las ofrendas". Luego se separaron sin dar mucha importancia al hecho. Cuando a la mañana siguiente quisieron salir del templo, encontraron las puertas guardadas por soldados romanos. Como hicieran fuerza para salir, se levantaron los soldados romanos ocultos en el templo y con sus espadas cortas, guardadas entre sus vestidos, ultimaron a los que se resistieron a entregar el dinero que exigía Pilatos. Aumentó el tumulto y como acudieran los dos guardianes de templo, fueron ultimados ellos también. Los judíos acudieron a la defensa y los soldados romanos se refugiaron en la fortaleza Antonia.

Jesús habló mucho durante el camino sobre los habitantes de Mallep: de su afición al dinero, y de lo costoso que se les hacía abandonar este sitio y volver a la Judea. Habló de los filósofos paganos que querían seguirle y enseñó cómo debían portarse con ellos en Palestina cuando se encontrasen en su compañía. Parece que no congeniaban los discípulos con estos filósofos. A la tarde llegaron a la aldea de los mineros, a media hora de Cythrus, en las cercanías de las minas, en una altura con muchas viviendas cavadas en las rocas. Se ven jardines y un sitial rodeado de árboles frondosos. Han hecho escalones que conducen a esa altura, desde la cual se ve la aldea. Jesús se retiró al albergue del capataz de los trabajadores, encargado de proveer los víveres y pagar los salarios. Los mineros lo recibieron con grandes muestras de contento. Las entradas a la aldea, como la vivienda del capataz, estaban adornadas con festones y arcos de triunfo con ramas, hojas y flores. Llevaron a Jesús a una casa donde le lavaron los pies y le ofrecieron un refresco. Después se dirigió al sitial de enseñanza. Se sentó y todos se acomodaron en torno de El. Habló de la dicha que procura el trabajo y la pobreza; les dijo que eran más dichosos que los judíos ricos de Salamina: que delante de Dios sólo es rico el virtuoso, y que ellos tenían menos tentación y seducción

al pecado. Les dijo que venía a ellos porque no los despreciaba, sino los estimaba y amaba. Habló hasta la noche sobre las peticiones del Padrenuestro, en parábolas y comparaciones. Desde Cythrus habían traído géneros, telas, comidas, bebidas y trigo. Al día siguiente llegaron Barnabás, su padre, sus hermanos, varios hombres principales dueños de las minas y algunos rabinos de Cythrus. Después de depositar lo que traían en la plaza de la aldea, se reunió el pueblo en torno. Se repartió trigo en baldes, grandes panes, miel, frutas, vasos, vestidos de cueros, mantas y utensilios familiares.

Las mujeres recibían trozos de género muy grueso, como alfombras. Mientras se hacía el reparto, Jesús y los suyos presenciaban la escena. Después enseñó desde la altura: habló de los trabajadores de la viña, del samaritano caritativo, de la suerte del trabajo y de la pobreza, del pan de cada día y de la oración del Padrenuestro. Se preparó una comida al aire libre, bajo los árboles, donde Jesús, los suyos y los principales servían a los mineros. Los niños y las niñas tocaban en flautas y cantaban. Después de la comida se desarrollaron juegos sencillos: carreras, saltos, buscar con los ojos vendados y otros juegos parecidos. Hubo también una danza rítmica, con inclinaciones, pases y abrir y cerrar filas. Por la tarde se dirigió Jesús con unos diez niños de seis a ocho años hacia las minas. Estos niños estaban vestidos de fiesta con coronas de flores y presentaban un hermoso aspecto. Mostraban a Jesús los mejores lugares de las minas y contaban a su modo todo lo que sabían. Jesús les enseñaba haciendo reflexiones sobre todas las cosas que mostraban. A veces les proponía una adivinanza y les contaba parábolas. Los mineros son en sus casas limpios y aseados, a pesar de su trabajo pesado y bastante sucio. Después he visto a Jesús acompañando al discípulo de Naím al puerto, que está a cinco horas de allí. Unos caminaban delante, otros detrás y Jesús en el medio con los suyos. Jesús bendijo al discípulo que partía y los otros lo abrazaron. Después volvió a la aldea de los mineros. El discípulo se embarcó en un lugar de mucho sol, junto a Citium. El puerto no estaba tan distante del poblado como en Salamina. El mar entra bastante y parecería que la ciudad está en el mar. No lejos se ve una montaña muy alta y allí cerca una mina de sal. En el puerto sólo se ven pequeñas embarcaciones. Hay mucho tráfico de madera que transportan por agua.

XLIII

Jesús se dirige a Cerynia y visita la familia de Mnason

Cuando Jesús abandonó la aldea de los mineros pasó la montaña en dirección Norte hacia el puerto de Cerynia. Mallep quedaba a la derecha. Caminaron por el valle Lanisa, a través de Leppe. De camino se detuvo Jesús en una altura sombreada, y allí enseñó. Hacia las cuatro de la tarde llegaron cerca de la ciudad donde fueron recibidos por la familia de Mnason y otros judíos principales. Esta familia vive a media hora fuera de la ciudad, en un recodo del camino. El padre de Mnason es un hombre delgado, anciano, de larga barba, muy recio y movido. Tiene dos hijas y tres hijos y varios emparentados que viven con él desde hace unos diez años. Había sido comerciante viajero. Recibieron a Jesús con gran alegría y llenos de humildad; lavaron los pies a los viajeros y les ofrecieron una refección. Había una terraza que era el lugar de oración, donde Jesús enseñó hasta la noche sobre el bautismo, las peticiones del Padrenuestro y las Bienaventuranzas. Después acompañó al padre de Mnason, que se llama Moisés, y a los hermanos hasta la casa, donde le salieron al encuentro cuatro hijitos de Mnason, a los cuales bendijo. La madre y otras hermanas se acercaron a Jesús cubiertas con el velo, y Jesús les habló. Hubo una comida con la familia en un lugar sombreado. La gente trajo lo mejor que tenía: panes, miel, aves, frutas que colgaban de las ramas. Jesús enseñó de nuevo. Fueron hospedados en un lugar amplio, dividido por tabiques, sombreados de ramas y juncos, donde habían acomodado los lechos.

La madre de Mnason es una mujer robusta. El padre es de la tribu de Judá, aunque sus antepasados se habían mezclado en la cautividad de Babilonia y no habían vuelto de ella. Hizo vida errante, dirigió caravanas de mercaderes y vivió un tiempo en Arabia, cerca del Mār Rojo; finalmente, ya empobrecido, se asentó aquí con su familia. El hijo fué a la escuela de Mallep y luego a Palestina para estudiar, donde conoció a Jesús y se hizo su discípulo. El padre vive con sus hijos mayores, de los cuales Mnason es el menor. Sus habitaciones son varias chozas. No tienen campos de cultivo, sino sólo quintas de árboles frutales detrás de la casa. Antes había sido él conductor de caravanas y ahora hospedaba a las que pasaban por aquí y Cerynia. El anciano Moisés tiene algunos asnos y bueyes, con los cuales lleva las

mercaderías de las caravanas a los pueblos vecinos. Es pobre, pero vive moderadamente al modo de los antiguos israelitas. No hay mucho tráfico hacia Cerynia, porque el camino principal, que va a Sapithus, pasa a pocas horas al Oeste.

Cuando Jesús, al día siguiente, volvió al lugar de enseñanza, estaban algunos judíos de Cerynia y gentes de pequeñas caravanas, quienes se alegraron mucho de ver a Jesús de nuevo, pues le habían conocido en Cafarnaúm, y estaban ya bautizados. Jesús enseñó severamente contra la usura, la sed de riquezas y el ansia de enriquecerse con los paganos. Luego habló del bautismo, del Padrenuestro y de las Bienaventuranzas. Al mediodía hubo comida en común. Jesús servía y enseñaba, y muy poco se sentó Él mismo a la mesa. Una de las hermanas casadas de Mnason no apareció porque anteayer se le había muerto una hijita. Estaba sentada junto al cadáver, envuelta en su velo y lloraba. La niña no había podido ser enterrada ayer, no sé por qué causa. Hoy esperaban a los cuatro rabinos de Mallep para llevarla, pues allá tienen su cementerio. La criatura era ya crecida, pero siempre enfermiza. No podía hablar bien, ni casi caminar, a pesar de que entendía todo. Mnason, que había estado aquí, habló a Jesús del caso, quien le anunció que moriría pronto y cómo debían prepararla para la muerte. Esto lo había cumplido Mnason en momentos en que la madre no estaba presente. Le había hablado del Mesías y cómo debía creer en Él, que debía tener dolor de sus pecados, esperanza y fe en la salvación. Había rezado con la criatura y la había ungido con el óleo bendecido por Jesús. De este modo murió esta criatura santamente. La he visto en su camilla junto a la madre, fajada como una momia y cubierta la cara. Tiene una corona de flores y hierbas aromáticas en torno. Sus manos y brazos, aunque cubiertos, se distinguían: tenía en los brazos una vara blanca y en la punta un ramillete con un haz de trigo, una vid, una rama de olivo, una rosa y otras hierbas del país. Vinieron varias mujeres y se lamentaban con ella de la desgracia. He visto que ponían junto a ella varios juguetes, como dos flautitas, un cuerno retorcido y un arco pequeño con su flecha. Tenía además otro bastoncito dorado con un botoncito arriba. Cuando vinieron los rabinos para trasladar el cadáver, ataron la tapa del ataúd, sin clavarla, y cuatro hombres lo llevaron en andas. Tenían una lámpara sobre un palo y una tropa de adultos y niños acompañó a los conductores. Jesús y los suyos estaban delante de la

casa mirando el acompañamiento. Jesús consoló a la madre y a los presentes y les recordó la resurrección final.

La festividad del Sábado la celebraron en Cerynia, que tiene tres caminos que van al mar: el del medio es muy ancho y hay otros dos que atraviesan a estos tres principales. La ciudad tiene una muralla muy gruesa donde se ven las casas de los pocos judíos que viven afuera. En torno de estas viviendas hay también un vallado. Aquí viven los judíos separados por las murallas de los paganos que están adentro. En la ciudad veo como unos diez templos de ídolos. Los judíos son pocos, no son ricos, aunque tienen sus casitas en orden, con ciertas comodidades. Tienen escuela, sinagoga y viviendas para los rabinos y los maestros. Están en una altura y cuentan con un arroyo y el brazo de otro río que han apresado para formar una fuente para beber y un depósito de agua para baños.

Los maestros recibieron a Jesús con mucha reverencia y lo acompañaron al local de la escuela y a la sinagoga, donde habían colocado a siete enfermos en sus camillas para que escucharan la doctrina. Había como cien hombres. Dejaron que enseñase a Jesús sólo. Se leyó el II libro de Moisés, I, 4-21, la enumeración de los hijos de Israel y un trozo del profeta Oseas, I, 10; II, 21. Jesús habló severamente contra la idolatría. Se leyó el pasaje donde Dios manda a Oseas que tome a una ramera y tenga hijos, a los cuales se dan nombres especiales. Preguntaron sobre esto a Jesús y les declaró la explicación. El profeta tenía que representar con su cuerpo y su vida el estado de la alianza de Dios con la casa de Israel y los nombres de los hijos significaban los castigos que Dios había de mandarles. Añadió que a veces sucede que los mejores tengan que casarse con otros malos, para deshacer el germen del pecado. Esta unión de Oseas con una ramera y los diversos nombres de los hijos, son testimonio de las muchas bondades de Dios y de la perversidad de los hombres. Habló severamente, exhortando a la penitencia y al bautismo; habló de la proximidad del reino de Dios, del castigo de aquéllos que lo rechazan y de la destrucción de Jerusalén.

Mientras duraba la prédica, los enfermos clamaron: "Señor, creemos en tus palabras; pero ten piedad de nosotros. Ayúdanos". Cuando vieron que estaba por dejar la sinagoga, se hicieron llevar afuera. Los pusieron en el pórtico en dos hileras y clamaban: "Señor, haz con nosotros lo que Tú puedes hacer. Señor, lo que se te ha concedido, hazlo con nosotros". Jesús no los

sanó en seguida, y como los rabinos también le rogaran, preguntó Jesús a los enfermos: "¿Qué es lo que yo puedo hacer con vosotros?" Ellos contestaron: "Señor, ayúdanos en nuestra enfermedad". "¿Creéis que Yo puedo hacer eso?", preguntó Jesús. Todos contestaron: "Sí, Señor, nosotros creemos que Tú lo puedes hacer". Mandó entonces Jesús a los rabinos traer algunas Escrituras y orar sobre ellos. Trajeron los rollos y rezaban. A los discípulos les mandó poner las manos sobre las cabezas de los enfermos y así lo hicieron: a unos sobre los ojos, a otros sobre el pecho, y a otros en distintos sitios. Jesús preguntó nuevamente: "¿Creéis, y queréis ser sanos?" Ellos contestaron: "Sí, Señor, creemos que Tú puedes ayudarnos". Jesús les dijo: "¡Levantaos; vuestra fe os ha ayudado!" Los siete se levantaron al punto, y dieron gracias a Jesús, que les mandó purificarse. Algunos estaban hinchados por la enfermedad. Su enfermedad estaba curada, pero al salir de allí estaban aún débiles y se apoyaban en sus bastones. Esta manera de sanar mediante la oración de los rabinos la he visto usar por Jesús varias veces en Chipre, en Cythrus, en Mallep y en Salamina. En razón de que los rabinos y los maestros eran buenos, los hacía Jesús participar en las curaciones, como a sus discípulos, para despertar la confianza del pueblo en las oraciones de los mismos. Esta manera de obrar en Chipre la usó para dar ejemplo a sus discípulos y porque muchos rabinos de aquí formaban parte del grupo de las 570 almas que ganó Jesús en su estadía en la isla.

Los enfermos sanados fueron bautizados con otros judíos en un lugar arreglado en casa del anciano Moisés, padre de Mnason. Se trajo agua de una fuente vecina, pues la casa de Moisés estaba sobre una altura, y allí no había agua; pero tenía depósitos que se llenaban y de allí partían canales para surtir a las necesidades de la casa. En el depósito había agua clara. En los canales solían lavar la ropa y los pies. Tenían otro depósito para dar de beber a los animales y para regar las plantas. Los bautizados ponían los pies en el agua. Primero enseñó Jesús sobre la penitencia y la purificación por medio del bautismo. Los hombres usaban largas vestiduras blancas, con fajas de inscripciones y manípulos. Además de los siete sanados, había ocho hombres que se hicieron bautizar con ellos.

Había hablado antes cada uno con Jesús, en particular, confesando sus pecados. Jesús les dijo que aprovechaban el momento de la gracia y llenaban la ley según el sentir de los profetas; pero que no debían vivir como esclavos de la ley, pues

la ley se les había dado a ellos y no ellos entregados a la ley. Les fué dada la ley para que merecieran por ella la gracia. Entre los bautizados estaban los hermanos y cuñados del discípulo Mnason. Su padre, aunque piadoso, era obstinado en su manera y no se dejó persuadir. Mnason se había ocupado todo este tiempo en prepararlo, y aún Jesús habló hoy con él; pero este anciano testarudo no se dejó convencer. Alzó los hombros, movió la cabeza y puso toda clase de objeciones diciendo que tenía la circuncisión, que le bastaba. Mnason se entristeció tanto por esto, que comenzó a llorar. Jesús lo consoló diciendo que su padre era anciano y algo testarudo; que por otra parte había vivido siempre como creyente piadoso; que al fin lloraría su ceguera en otro lugar y allí vería claro. Jesús había bendecido antes el agua del bautismo, mezclando un poco de la del Jordán que llevaban los discípulos consigo. Después del bautismo lo sobrante fué sacado del recipiente y enterrado.

Durante el bautismo dirigióse Jesús a una altura, detrás del sitio de doctrina donde le esperaban treinta o cuarenta mujeres judías en una quinta de árboles frutales. Estaban cubiertas con el velo y al ver a Jesús se inclinaron profundamente. Muchas de ellas estaban angustiadas pensando que sus maridos seguirían a Jesús y las abandonarían. Pedíanle que sus maridos no las desampararan. Jesús les dijo que si los hombres abandonaban este lugar, debían ellas seguirlos: que en la Palestina encontrarían medios de vida. Les contó el ejemplo de las santas mujeres y les dijo que el tiempo era demasiado precioso para pasar la vida tranquilamente: que no eran estos tiempos de buscar comodidades; que importaba mucho ir al encuentro de la gracia y del reino y prepararse para recibir al Esposo. Habló de la moneda perdida, y de las vírgenes prudentes y necias. Algunas mujeres le pidieron dijera a sus maridos que no fueran con las doncellas paganas, ya que había hablado tan severamente explicando a Oseas, contra las uniones y seducciones de las hijas de los infieles. Algunas estaban atormentadas por el celo. Jesús les preguntó sobre su propia conducta con sus maridos, y las exhortó a ser buenas, humildes, pacientes y obedientes: que no se entregaran a las críticas contra ellos y a las charlas con las vecinas. Después cerró la enseñanza de la sinagoga de Cerynia y se dirigió a Mallep.

XLIV

Partida de la isla de Chipre

En Mallep tuvo Jesús todavía una gran prédica junto a la fuente de la ciudad. Habló de la proximidad del reino, de ir al encuentro del mismo, del desapego, del poco tiempo que aún quedaría en la tierra, del terrible final de su vida, de las consecuencias de esto y de su seguimiento. Habló de la futura destrucción de Jerusalén, como también de los que rechazan el reino de Dios, no hacen penitencia y no se convierten, sino que quieren permanecer apegados a sus bienes terrenos y a sus pasiones. Dijo que aquí todo parecía bien y felicidad, pero que todo esto no era sino un sepulcro blanqueado por fuera y podredumbre y suciedad por dentro. Los exhortó a que se examinasen en su interior: cómo les iba en su alma en medio de toda esta apariencia de bienestar exterior. Les habló de la usura que practicaban, de su avaricia, de su sed de dinero, de su codicia que se manifestaba en sus mezclas y casamientos con los paganos. Les afeó su apego a la tierra, a su apariencia de vida devota: que mirasen todas estas cosas perecederas y estas comodidades que serían pronto destruídas, y que llegaría un tiempo en que ningún israelita podría ya permanecer y vivir en esta isla. Habló claramente de su Persona y de la voz de los profetas, aunque pocos entendieron lo que les quería decir. Mientras duraba esta severa exhortación se iban cambiando los grupos, de modo que se acercaban a su sitio por turno, los hombres, los jóvenes, los ancianos, las mujeres y las doncellas. Todos estaban muy conmovidos y sollozaban silenciosamente.

Se dirigió Jesús con los suyos y otros de Mallep al Sur, a un lugar donde le habían invitado y donde ya había estado, donde tenían un sitio de enseñanza lleno de sombra. El discípulo de Naím había estado aquí para comunicar y tratar acerca de los preparativos de su partida de Chipre. Jesús enseñó aquí, en despedida, como lo habían hecho en Mallep. Fué después a varias chozas, donde sanó a los enfermos que le habían rogado. Al punto de volver a Mallep, se presentó un anciano labrador pidiéndole ayuda para su hijo ciego. Había en la casa tres familias, compuestas de doce personas: abuelos y dos hijos casados ya con varios hijos. La madre, cubierta con el velo, trajo ante Jesús al niño ciego, que ya hablaba y caminaba. Tomó al niño y con los dedos de la mano derecha puso saliva sobre los

ojos, los bendijo, dejó al niño en el suelo y le mostró algo ante los ojos. El niño extendió sus manos hacia el objeto, y luego, al llamado del padre y de la madre, cayó en los brazos de uno y otra. Los padres se acercaron con el niño a Jesús, se hincaron delante y dieron gracias al Señor, llorando, llenos de contento. Jesús abrazó al niño y se lo dió a los padres mandándoles que cuidasen de educarlo en la verdadera luz para que no cayese en la ceguera más peligrosa del alma. Bendijo también a los otros niños y a toda la casa. La gente lloraba de emoción y cantaba sus alabanzas. En Mallep hubo una comida en la gran sala de fiestas, en la que tomaron parte todos. Los pobres fueron agasajados y recibieron regalos. Jesús habló largamente sobre la palabra *Amén*. Dijo que era el resumen y compendio de toda la oración. Quien la pronuncia con ligereza echa a perder todo lo que expresó en su oración. La oración es un llamado a Dios, nos une con Dios, y nos atrae su misericordia; con la palabra *Amén* bien dicha recibimos el don de Dios, agradecidos. Habló admirablemente de la fuerza y significado de la palabra *Amén*. La llamó principio y fin de todas las cosas y dijo que Dios hizo el mundo entero en fuerza de esa palabra. Dijo un *Amén* sobre todo lo que había enseñado, sobre su partida y sobre el cumplimiento de su misión, y terminó solemnemente con la palabra *Amén*. ¡Así sea! Habló hasta entrada la noche. Bendijo a todos: todos lloraban y se despedían a voces de su Persona.

Jesús abandonó la ciudad con sus discípulos. Barnabás y Mnason le siguieron unos días después. Dejaron a Cythrus a la derecha y tomaron un camino entre matorrales y rocas. Jesús pagó el hospedaje, pues el discípulo de Naím había traído algún dinero de las santas mujeres. Como no quisieran recibir esa paga los hospederos, la suma fué repartida entre los pobres. Los caminos que parten de Mallep, Cythrus y Salamina y que deben tomar los que regresen a Palestina, fueron distribuídos así: unos saldrán por la parte Noreste de Salamina, y otros, que tienen negocios en Tiro, saldrán a través de Salamina. Los paganos bautizados se dirigen en su mayor parte hacia Gessur. En Salamina se alojaron Jesús y los suyos en la casa-escuela donde a su llegada se habían hospedado. Vinieron por el Noroeste dejando el acueducto a la derecha y la ciudad judía a la izquierda. Los he visto aún ceñidos de tres en tres sentados en un pórtico delante de la casa-escuela: ponían sus pies en unos recipientes de agua cavados allí a ese efecto. Para cada tres había una toalla larga para secarse los pies. No siempre se dejaba Jesús lavar los pies

por otros: la mayoría de las veces lo hacía cada uno por sí mismo. Los esperaban allí y les ofrecieron alguna refección. Había algunos hombres de confianza y delante de ellos habló Jesús durante algunas horas. Después tuvo una larga conferencia con el gobernador romano, el cual le presentó a dos jóvenes paganos que juntamente con él pedían el bautismo. Confesaron con lágrimas sus pecados y Jesús se los perdonó. A la tarde fueron bautizados secretamente por Santiago en un lugar de la escuela. Estos jóvenes piensan seguir a los filósofos bautizados y establecerse en Gessur.

También Mercuria pidió ver a Jesús en un lugar junto al acueducto. Jesús siguió al criado de Mercuria hasta el sitio señalado. Se acercó cubierta con el velo trayendo de la mano a sus dos hijitas vestidas extrañamente. Llevaban vestidos solo hasta la rodillas y estaban envueltas en telas transparentes donde había lana y coronas de plumas; los brazos desnudos, los pies con cintas y los cabellos sueltos. Parecían a los ángeles que entre nosotros se suelen pintar en los Nacimientos. Jesús habló larga y bondadosamente con Mercuria. Ella lloró mucho y se manifestó muy afligida de tener que dejar a su hijo, de que sus padres mantenían alejada de ella a su hermana menor y por eso permanecería en su ceguera espiritual. Lloraba también sus propios pecados. Jesús la consoló y le aseguró nuevamente del perdón de sus culpas. Las dos hijas miraban a la madre, sin comprender, lloraban y se apretaban contra ella temerosas. Jesús bendijo a las niñas y volvió a la casa-escuela.

Con Mnason llegó también uno de sus hermanos que quiere seguirlos a Palestina. Después de una comida de despedida se fueron al lugar donde el gobernador romano tenía dispuestos algunos criados con asnos para los viajeros. Todos subieron. Jesús se sentó de lado sobre un asiento dispuesto con apoyo cómodo. El gobernador romano los quiso acompañar y ocupó su asno. Cabalgaron a través del acueducto, llegaron detrás de Salamina y pasaron el Río Pedius. Tomaron un camino vecinal más corto, pues que el real pasa más cerca del mar. He visto al gobernador romano viajando esa noche casi siempre al lado de Jesús. Delante iba un grupo de doce, después otro de nueve, entre ellos Jesús y el gobernador, y detrás otro grupo de doce. Fuera del domingo de Ramos y de esta vez nunca vi a Jesús cabalgando.

Cuando comenzó la aurora y faltaban aún tres horas para llegar al mar, se despidió el gobernador de Jesús, para no llamar

la atención. Jesús le dió la mano y lo bendijo. El gobernador había bajado del asno y quería abrazar los pies de Jesús: se inclinó profundamente delante del Señor, y después de dar unos pasos, nuevamente, según creo era costumbre en el país. Volvió a montar en su asno y dió la vuelta. Los dos nuevos bautizados volvieron con él a la ciudad. Jesús siguió cabalgando y cuando estuvieron como a una hora de la playa, bajaron todos y los criados se llevaron las cabalgaduras de regreso.

Llegaron, atravesando una montaña de sal, a un edificio amplio donde encontraron a los tripulantes de la embarcación que los esperaban. Era un lugar solitario junto al mar, con pocos árboles y un largo vallado de plantas y hierbas. Hacia el mar había habitaciones donde vivían algunas pobres familias paganas y judías. Adentro había tres embarcaciones que esperaban a los viajeros. Hay buen puerto y desde aquí se despacha la sal a las demás ciudades de la costa. Comieron pescados, miel, pan y frutas. El agua es muy mala: la tienen que purificar y para eso he visto que ponen adentro algo que me pareció frutas. Llevan el agua en odres y en otros recipientes. Siete judíos de los buques fueron bautizados en un recipiente. Jesús iba de casa en casa, consolando, dando regalos a los pobres y sanando a heridos y enfermos, que elevaban sus manos suplicantes hacia Él. Jesús les preguntó si creían que Él podía sanarlos y respondieron diciendo: "Sí, Señor, nosotros lo creemos". Jesús los sanó. Fué pasando por todas esas casas, también las de los paganos, que lo recibían temerosos y retraídos. Bendecía a los niños y enseñaba. Aquí estuvo el discípulo de Naím esperando a otros dos discípulos, con los cuales se embarcó antes para anunciar en la Palestina el arribo de Jesús.

La compañía de Jesús era de veintisiete hombres. Al caer la tarde levaron anclas en tres embarcaciones. La nave de Jesús era la menor y estaban con Él cuatro discípulos y los remeros. En todas estas embarcaciones había en torno del mástil una altura con divisiones para poder descansar y dormir. Fuera de los remeros no se veía a nadie en las barcas. La de Jesús tomó la delantera, y me extrañó que las otras tomaban diferente dirección. Después he visto, cuando era oscuro, a la distancia y ya apartados de la costa, que encendían antorchas en los mástiles en señal de pedir ayuda. Mandó entonces Jesús a sus remeros dar la vuelta e ir hacia los extraviados. Se acercaron primero a uno, le echaron una soga y con esta nave atada fueron al encuentro de la otra, a la cual también echaron sogas.

Así sujetas, navegaron siguiendo detrás de la barca del Señor. Jesús les reprochó su pretensión de saber mejor el camino, su obstinación, y habló de su seguimiento. Se habían encajado en un remolino en medio de bancos de arena. A la tarde del siguiente día, ya cerca de la amplia ensenada entre Ptolemaida y Hepha, al pie del Carmelo, vi a las tres embarcaciones entrar en la mar.

En la entrada de la ensenada se veía una embarcación grande y otra pequeña en lucha con otras embarcaciones. La embarcación mayor salió victoriosa y he visto que echaban al mar a varios muertos en la refriega. Cuando Jesús llegó cerca de los combatientes se separaron unos de otros. No veían quizás la barca de Jesús, que se detuvo a cierta distancia. Era una pelea que ya había tenido comienzo en Chipre por cuestión de mercaderías. Las embarcaciones pequeñas esperaron a la barca grande en este lugar. Se herían con largas picas con tanto furor que parecía no quedaría ninguno con vida, pues esto duró varias horas. Al fin la embarcación grande tomó prisioneras a las pequeñas y las arrastró en pos de ella. Jesús desembarcó en la desembocadura del Kisón, al oriente de Hepha, que está junto al mar.

En la orilla lo recibieron algunos apóstoles y discípulos, entre ellos Tomás, Simón, Tadeo, Natanael Chased y Heliachim. Se manifestaron sumamente contentos, abrazando a Jesús y a sus acompañantes. Caminaron algún tiempo a lo largo de la costa, pasaron un torrente que se echa cerca de Ptolemaida en el mar, sobre un puente largo que parecía una calle amurallada. Este puente llega hasta el pie de la altura detrás de la cual está el pantano Cendevia. Subieron por allí hacia la ciudad de levitas Misael, que está en una vuelta de la ladera. La parte anterior de la ciudad tiene vistas al mar por el Oeste, hacia el Sur, a un hermoso valle y el Carmelo. Allí hay un albergue y se ve un camino que lleva a las alturas. Aquí vino al encuentro de Jesús una tropa de gente con niños que cantaban y tocaban junto a una fuente. Los niños llevaban palmas de las cuales colgaban aún los dátiles. Vivía aquí Simeón de Libnath, con toda su familia, quien después del bautismo se había retirado, pues sus hijos no le dejaban en paz hasta que no se hubiese reconciliado con los judíos. Este recibimiento lo había organizado y costado él mismo. Cuando llegaron al albergue vinieron nueve levitas desde Misael para saludar a Jesús.